



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

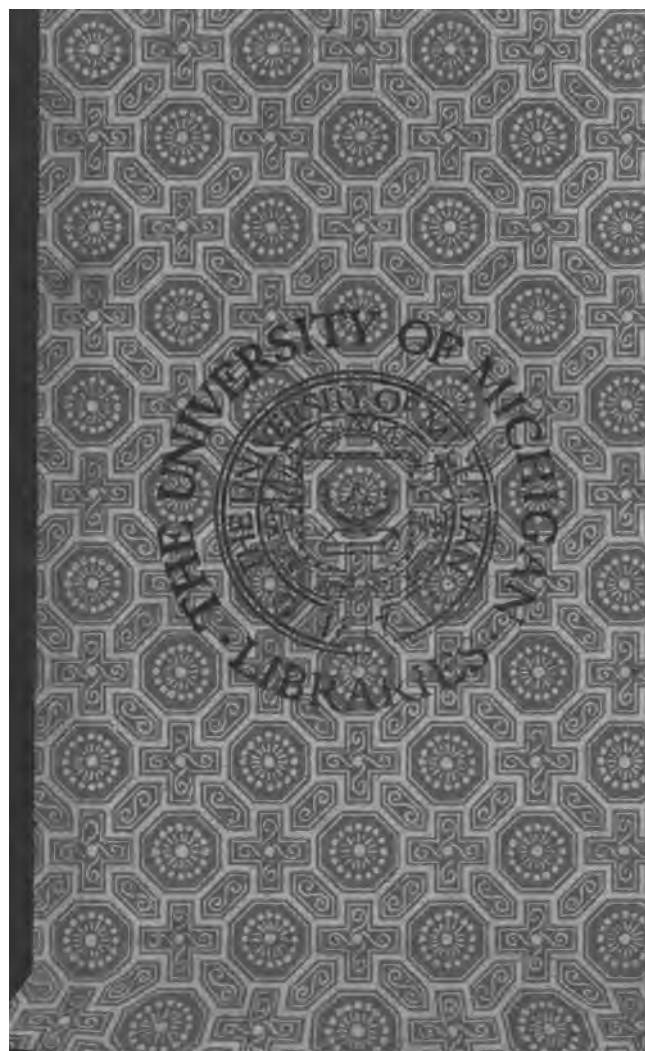
R.P. FR. JOSÉ COLL

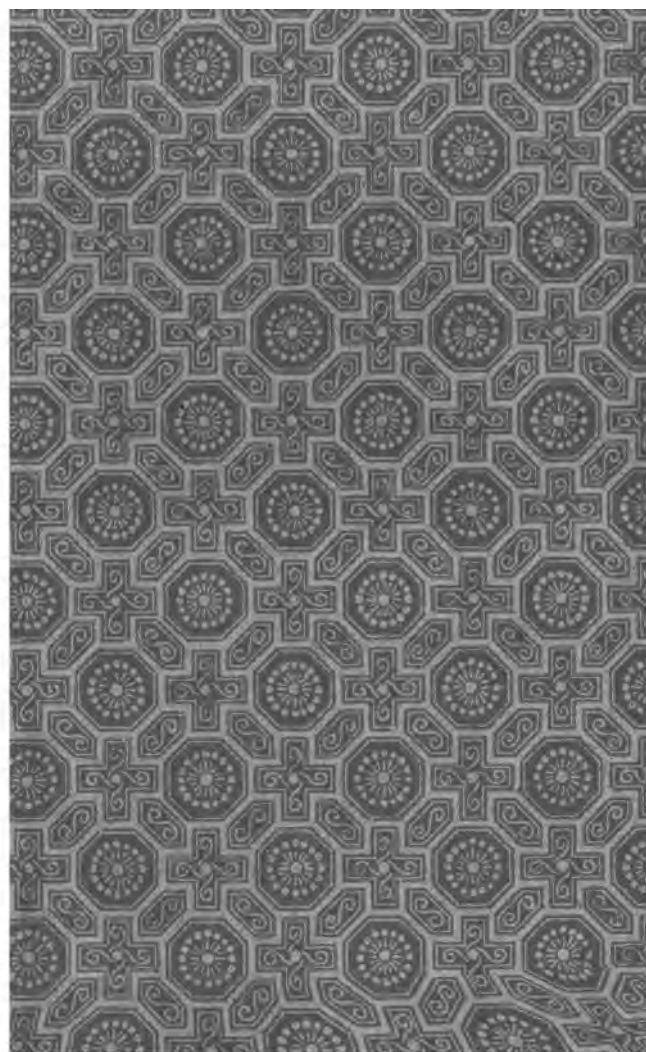
BX
4700
.I73
C82
1896

A 460279

DUPL

Sta. Isabel de Aragon
REINA
DE
PORTUGAL







SANTA ISABEL DE ARAGÓN

REINA DE PORTUGAL

A la Excm^a. Mesa,
de la Real Cofradía,
de la Reina Santa Isabel:

Homenaje modestísimo
de un respetuoso e inútil servidor

José José Coll

A la Excm^a. Mesa,
de la Real Cofradía,
de la Reina Santa Isabel:

Homenaje modestísimo
de un respetuoso e inútil servidor

José José Coll



RETRATO AUTÉNTICO DE STA. ISABEL
REINA DE PORTUGAL,
TERCIARIA FRANCISCANA



~~ΑΝΤΙΣΤΗΝΤΕΣ ΑΕ ΙΔΙΟΪΗ~~

ΑΝΤΙΣΤΗΝΤΕΣ ΑΕ ΙΔΙΟΪΗ



RETRATO AUTÉNTICO DE STA. ISABEL
REINA DE PORTUGAL,
TERCIARIA FRANCISCANA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO



SANTA ISABEL DE ARAGÓN

REINA DE PORTUGAL

ESPEJO DE DONCELLAS, CASADAS Y VIUDAS

POR EL

ILMO. P. FR. DAMIÁN CORNEJO

Cronista general de la O. de S. Francisco y Obispo de Orense

ADICIONADA Y CORREGIDA

por

EL P. FR. JOSÉ COLL, O. M.

SEGUNDA EDICIÓN

~~~~~  
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS  
~~~~~

MÁDRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.

1896

BX :

4700

178

082

1724

0008017170

Véndese esta obra en la librería de D. Gregorio del Amo, calle de la Paz, 6, Madrid, y en Santiago en el Colegio de Padres Franciscanos.

En las mismas se hallarán las siguientes

OBRAS DEL M. R. P. FR. JOSE COLL

Biografía del Cardenal Jiménez de Cisneros (edición agotada).

El Protestantismo refutado por la Biblia: 2 pesetas en rústica y 3 encuadernado.

Ejercicio práctico del Santo Via Crucis, seguido de las Cinco Llagas y las Siete Palabras: 40 céntimos.

Colón y la Rabida, con un estudio acerca de los franciscanos en el Nuevo Mundo: segunda edición, 3 pesetas.

El Purgatorio y la devoción á las benditas almas: un tomo en 8.º prolongado, de 490 páginas: segunda edición, 1,50 pesetas.

Recopilación de las indulgencias de las tres Ordenes de Nuestro Seráfico P. San Francisco: un tomo, 75 céntimos.

El Via Crucis considerado bajo el triple aspecto histórico, místico y canónico: 50 céntimos.

Instrucciones sobre el Via Crucis, aprobado por la S. C. de Indulgencias: 30 céntimos.

Un desengaño á los vivos y un obsequio á los difuntos: 50 céntimos.

Las Misas de San Gregorio: tercera edición; un opúsculo, 25 céntimos.

Indulgencia de la Porciúncula: décima edición, 10 céntimos.

Asociación del Via Crucis perpetuo: 5 céntimos.

Regla y vida de los Terciarios franciscanos: 20 céntimos.

El Treintanario de San Gregorio Magno: 5 céntimos.

EN PREPARACIÓN

Mes de Noviembre en sufragio de las benditas almas del Purgatorio: un opúsculo.

TERMINADA Y PENDIENTE DE CENSURA

Clamores de Ultratumba: un tomo en 8.º de más de 400 páginas.

bese, en fin, al Ilmo. P. Cornejo, la hermosa amenidad del estilo, en el que ha sabido juntar dos perfecciones tan casi nunca entendidas, elevación y claridad; y hermosea la narración con advertidas sentencias, que han sabido ser documentos, sin llegar á parecer digresiones. Todo esto se le debe á su Ilustrísima; y por todo esto le debe estar agradecida la Historia, por lo que de nuevo la ilustra, la Sabiduría, por lo mucho que con sus noticias la enriquece, su Religión seráfica por la gloria singular que la acrecienta, y la Cristiandad toda por los sagrados ejemplos con que la incita,, etc., etc.

Con la eficacia de este salvoconducto y autorizadas recomendaciones, se le franquearon ¡cómo no! las debidas licencias, y en su virtud procedió el esclarecido autor á la publicación de la referida cuarta parte de las Crónicas, en la que, según dijimos, está incorporada la presente vida de Santa Isabel.

Sirva todo esto de respuesta anticipada, que damos á quien quiera que pueda interpelarnos, poniendo tal vez en tela de juicio alguno de los maravillosos sucesos narrados por nuestro Ilmo. P. Cornejo. Autor es éste reputado por sus contemporáneos de exacto y verídico, dotado de virtudes eximias, y de una sabiduría eminente; títulos todos que constituyen una garantía la más respetable y legítima á favor de la verdad, de que el autor da tan claro y elocuente testimonio.

Tan sobresaliente es el mérito de esta vida escrita por la inimitable pluma de nuestro gran cronista, que no hay en ella un solo período que no cautive dulcemente el corazón y arrebate el ánimo con el imán de sus encantos. Y como esta preciadísima joya de la literatura patria se contiene y encierra en infolios, si difíciles de adquirir por su muy subido precio, más difíciles de hallar por haberse agotado en los públicos comercios hasta el

último ejemplar de ellos, es visto que había llegado á ser una necesidad grandemente sentida por cuantos conocen esta portentosa vida, la inmediata reproducción de la misma, sin parar mientes en cualesquier género de sacrificios.

Hoy, pues, que realizamos este ideal, bien podemos decir que amanece para nosotros un día que nos conviene dejar señalado con piedra blanca; pues en este día logramos el tan suspirado consuelo de dar nuevamente á luz aquella interesantísima vida de nuestra gloriosa paisana Santa Isabel, flor la más bella y de exquisita fragancia que se crió jamás en los verjeles de la Corona de Aragón. Y publicamos esta obra, no ya intercalada con las demás vidas de Santos, como hubo de hacerlo su egregio autor, sino segregada de ellas, formando por sí sola un volumen, ni del todo diminuto, ni mucho menos abultado; un tomo manuable, cual se requiere para que pueda alcanzar la

circulación á que, si el amor propio no nos engaña, está realmente destinada.

Antes de concluir, hemos de consignar la siguiente declaración. Por más que nos habíamos propuesto el dar nuevamente á la estampa esta vida con toda su original integridad, sin añadir ni quitar en ella *jota unum, aut unus apex*, ni una tilde, ni un ápice, como nada hay en el mundo que no envejezca, nos vemos en la ineludible precisión de variar desde luego su ortografía, que tanto difiere de la que hoy tiene consagrado el uso. Seguidamente dejamos también modificadas algunas, muy pocas cláusulas, cuya construcción, propia de otros siglos, produciría en algunos de sus lectores cierta obscuridad; y, finalmente, sustituímos por otras un corto número de voces, las cuales, sin ser rigurosamente de procedencia del siglo de oro, no suenan en nuestros días con la armonía y suave rotundidad que allá en los últimos años del siglo XVII.

En una palabra: admiradores del talento y virtudes de nuestro doctísimo Padre Cornejo, y respetando con profunda veneración el caudaloso torrente de doctrinas con que en esta obra levanta bandera contra muchos achaques de la vida de los pueblos y de las familias, incluso aquéllas que ciñen sus sienes con la regia diadema, hemos procedido en esta labor con toda la sobriedad que nos ha dictado la conciencia, sin alterar la belleza de la forma, ni tocar en lo más mínimo en la virtud y esencia de su texto.

Por esta misma razón las Notas que creímos conveniente añadir, no las incluimos en el cuerpo de esta vida, sino al fin. Por lo que toca al Apéndice, como parte accesoria de la obra, ocupa desde luego el lugar que le corresponde, inmediatamente después de la vida escrita por el P. Cornejo.

¡Plegue á Dios que este nuestro pobre trabajo se vea retribuído por la reforma

moral de alguno de sus lectores, el cual, desnudándose de sus aviesos hábitos, se ajuste en adelante á las costumbres de Santa Isabel, ejemplar perfectísimo en todos y cada uno de los estados de la vida social, como soltera, casada y viuda; y prescindiendo de los votos claustrales, que el amor á su pueblo y la tierna compasión á los pobres no le permitieron hacer, aún como Religiosa.

Colegio de Santiago de Galicia para Misiones de Tierra Santa y Marruecos, festividad de la Adoración de los Santos Reyes, á 6 de Enero de 1896.

FRAY JOSÉ COLL,
Definidor General Franciscano.





VIDA ADMIRABLE
DE LA
GLORIOSA SANTA ISABEL

INFANTA DE ARAGÓN Y REINA DE PORTUGAL

*Honor lustroso de la V. O. Tercera de Penitencia
de nuestro Seráfico Padre San Francisco.*

~~~~~  
CAPÍTULO PRIMERO

DE SU NACIMIENTO Y SU NIÑEZ



HABIENDO de historiar la vida de la gloriosa Santa Isabel, reina de Portugal, con quien nació á los reinos de Aragón, Portugal y Castilla la deseada paz y concordia, se me ofreció al pensamiento el iris, como elegante jeroglífico y símbolo propio de sus virtudes admirables. Al iris, arco celeste que en vistoso semicírculo gira las nu-

bes, no es dudable que en la república de luminosos meteoros se le deba el imperio y la corona por la variedad y hermosa mezcla de sus colores, con que supera á todos en la belleza. El supremo Autor de la naturaleza le formó bella ilusión de los ojos, lisonjero engaño de la vista, agradable atractivo de las áttenciones, gustosa tarea de los discursos, vistoso enigma en quien las apariencias conspiran á ser verdades, y en quien la verdad engaña dulcemente con las apariencias.

Varios epítetos le dieron los filósofos antiguos, pero ninguno es tan adecuado como el que le adjudicó el Autor de la naturaleza, diciendo que pondría su arco en las nubes del cielo, en señal de paz y de confederación con los hombres. Éste es el más propio significado del arco iris, es éste el mayor elogio de Santa Isabel.

Fué iris de paz, arco celeste, glorioso trofeo del Sol de justicia, Artífice primoroso de las luces de la gracia, de cuyas eficacias, herido su pecho con variedad de santas inspiraciones, formó el hermoso cúmulo de tantos colores, cuantas son sus heroicas y admi-

rables virtudes, que en lo alegórico tienen también fundado colorido; siendo de la fe lo azul celeste, de la esperanza el verdor, de la caridad la púrpura, y á esta proporción los demás colores á las demás virtudes.

Arco celeste fué, que de la aljaba de su ardiente corazón disparó flamantes flechas que penetraron los cielos, los cuales padecieron fuerza á la dulce violencia de sus oraciones con que arrebató sus tesoros. Arco fué, que puso Dios en el mundo para señal de paz, pues como el iris, apagó repetidas veces el furioso incendio de las guerras con las aguas mansas de su llanto.

Pudiera dilatarme en este discurso, pero baste apuntar el jeroglífico, y pase por travesura académica este prólogo á la historia.

Nació Isabel el año del Señor de 1271, gobernando la nave de San Pedro el santo Pontífice Gregorio X. Su patria fué la ilustre ciudad de Zaragoza. corte y metrópoli del reino de Aragón. Es tradición que naciese en el suntuoso palacio llamado Aljafería, que habiéndolo sido de los moros, mejoró de fortuna su grandeza, pasando á ser con más

ostentosa suntuosidad habitación digna de Reyes católicos. Los que hoy registran con curiosidad su grandeza, miran con veneración una pieza que llaman «el tocador de la Reina», donde es tradición que salió á ver la luz del mundo del lóbrego seno de su madre, esta prodigiosa Infanta.

Una mujer que había de ser prodigio de santidad, salió del claustro materno envuelta en maravillas, que fuesen como pronóstico cierto de la felicidad que en ella le nacía al mundo. Salió, pues, del vientre de su madre cubierta y cerrada en aquellas túnicas de carne en que viven las criaturas en el útero materno. Nacía un gran bien para el mundo, y la naturaleza, como en recomendación de su inestimable valor, se lo regateó, usando de la providencia que observa en las cosas más preciosas que produce, escondiendo las perlas en sus nácares, y en la profundidad de la tierra los metales de oro y plata. La madre, con presagiosa codicia, no le pareció que debía despreciarse como acaso lo que tenía visos de singular providencia, y mandó que en un cofre de plata muy precioso, s

guardase aquella túnica, si no como reliquia, como despojo de la felicidad de su parto.

En las sagradas aguas del Bautismo se le dió, después de porfiadas conferencias, el nombre de Isabel, en reverencia y obsequio de Santa Isabel, reina de Hungría, su abuela, cuya memoria era entonces tierno asunto de la devoción, colocada ya en el catálogo de los Santos. En la sangre y en el nombre tuvo Isabel dos gloriosos títulos que la empañaron en la santidad, para que su virtud diese realces á su nobleza, y sus santos procederes mayores veneraciones á su nombre.

Luego que se dejó ver en el cielo de la Iglesia este animado iris, se empezaron á sentir sus admirables efectos de paz en las familias de su abuelo el rey D. Jaime, y del príncipe D. Pedro, su padre. Estaban padre é hijo desavenidos, porque el hijo casó con doña Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia, contra el gusto de su padre; acaso porque Manfredo, aunque rey coronado, é hijo de Federico II, emperador de Alemania, no era legítimo. Por esta causa vivían padre é hijo en palacios diversos, mal satis-

fechos; el padre dándose por ofendido de la inobediencia del hijo, y el hijo mortificado de los desdeñosos retiros de su padre.

Esta desavenencia se participaba á la corte, camaleón que vive al viento de sus esperanzas, y viste los colores que según las circunstancias más se adaptan á sus particulares intereses; y más en un tiempo que miraba en el rey D. Jaime á un sol cercano al Ocaso, y en el príncipe D. Pedro á un sol vecino al Oriente. La razón del Estado, que para sus intentos tiene siempre sobradas máximas políticas, tenía divididos en varios dictámenes y pareceres á los áulicos y señores. Justificaban unos el enojo del Rey, dándole por árbitro legítimo en la boda de su hijo, culpando en éste que hubiese vencido el ardor del gusto á la razón de Estado, debiendo ser en todo caso, por aforismo político, la razón de Estado la invencible.

Hallaban otros disculpa en el hijo, fundada en la vehemencia de una pasión amorosa, que en una boda busca el descanso de toda una vida; y que fuera un linaje de tiranía querer privar á un Príncipe de su libertad

en negocio tan suyo y de su primera importancia, sobre todo cuando su elección ni era perjudicial al Estado, ni á su grandeza indecorosa. Que el Príncipe—segúan diciendo éstos—había casado con hija legítima de los reyes de Nápoles y de Sicilia, y nieta del emperador de Alemania, donde ni había perdido de vista las conveniencias de su rango, ni había desdorado las barras de Aragón, y sólo se acriminaba el gusto, quitándole á éste aquella noble exención que goza de no admitir disputa. Que ya los enojos del Rey—así continuaban—pisaban en la raya de injustos, y aun en la de perniciosos al bien público; pues era muy peligrosa política tener quejosa á una parentela tan ilustre como la de la Princesa, señora que merecía por sus relevantes prendas de hermosura, discreción y honestidad toda estimación, y muy ventajosa por su dichosa fecundidad.

Esta encontrada variedad de dictámenes corría de uno á otro palacio en traje de chismes, siendo la ambición y la envidia las que fomentaban el incendio de la discordia. Era esto muy natural: los políticos maleantes

que no cesan de manejar las armas de la intriga, saben bien que en los tiempos revueltos todo anda trastrocado, pasando el interés propio plaza de celo público, y vistiendo la traición la vistosa capa de lealtad. Era en el Rey la aversión á su hijo tan grande, que siendo los nietos el amoroso hechizo de los abuelos, abominaba de ellos como de frutos de la inobediencia de su padre, y testigos de su real respeto desatendido.

En este lastimoso estado se hallaba la corte de Aragón, no sin recelo prudente de algún rompimiento escandaloso, cuando nació la infanta Isabel, de cuya singular hermosura noticiado el Rey, su abuelo, quiso deber la verdad de su celebrada belleza al informe de los ojos, teniendo acaso por encarecimiento el de los oídos. Tomó á la niña en sus brazos, y robóle con admiración los afectos. La inocente risa de aquella nueva aurora desterró las sombras melancólicas de su enojo: apareció en el cielo de su frente el iris, calmáron las borrascas de la ira, y entró á tomar posesión de las almas la paz.

Corrió el Rey á visitar á la madre de la

recién nacida con caricias amorosas de padre, y sin los ceños rigurosos de suegro: admitió á su gracia al Príncipe su hijo; dióle á besar la mano, y dióle también los brazos en prenda de su paternal amor. Desapareció la funesta noche de quejas, de recelos, de desconfianzas, y amaneció alegre el día, bañando con sus luces los corazones sepultados en sombras de tristeza.

Desde este día tomaron todas las voces de palacio el idioma del contento y de la dicha; no se oían otras palabras que las de dar parabienes, siendo causa única de esta metamorfosis el nacimiento de la Infanta. El alborozado abuelo dejóse llevar del poderoso imán de la belleza de la niña tan del todo, que les arrebató la prenda á sus padres y la llevó á su palacio, tomando el cargo de su educación, para ser también, y mejor, su padre, dándola la segunda y principal vida en la enseñanza. Y aun no sé si la llevó en rehenes, para asegurar el amor y buena correspondencia de sus padres; pero bien sé de éstos, que ni se los pudieron dar más preciosos ni más seguros.

En la infancia de esta niña se vieron pronósticos muy ciertos de su futura santidad, porque la gracia que estaba en posesión de su alma purísima se daba prisa á anticiparse á la naturaleza, descubriendo sus hermosas luces en devotos ademanes, y dando las virtudes practicadas antes que conocidas. Si alguna vez se turbaba la serenidad de su rostro con el llanto de la edad primera, el medio de atajar éste era ponerla á los ojos las imágenes de Cristo y María; quedábase entonces en alegre suspensión, y olvidando el ceño descubría su complacencia con inocente risa. Estrena de sus labios fueron los dulcísimos Nombres de Jesús y María; y habiendo en ella madrugado con muy anticipadas luces el sol de la razón, era admirable la concordia armoniosa de sus palabras y operaciones, enderezadas todas al ejercicio de las virtudes y devoción.

Celébrase en los niños y niñas la discreción intempestiva, como gracejo de la edad que aun no tiene comercio con el juicio; pero en esta niña eran tan circunspectas y ponderadas sus palabras y sus obras, que no daban

lugar á que se pensase que hubiesen habido menester las perezosas lentitudes del tiempo para llegar á madurez y sazón, porque en ella hasta las flores eran frutos. Admirado el abuelo de ver tan adelantada la naturaleza en esta criatura á influjos de la gracia, decía que esta niña sería sin duda la mejor y más honrada mujer que naciese á la real Casa de Aragón; y ésta que parecía hipérbole del cariño, acreditó la experiencia por oráculo de la verdad

En la edad de los seis años la faltó el abuelo, y en esta edad quedó perfectamente instruída en todo ejercicio de virtud y noticias de las primeras letras; rezando ya el Oficio Parvo de Nuestra Señora cuando aun la lengua no tenía fuerza para pronunciar la latinidad.

Muerto el abuelo, se la llevaron sus padres á su palacio para gozar del fruto de su matrimonio, con tantas complacencias como admiraciones, viendo en aquella criatura los esmeros más primorosos de gracia y naturaleza, que amontonaron en ella sus perfecciones como á porfía. Hallábanse en ella

unidas y conformes, aquellas prendas naturales que suelen estar entre sí como reñidas: era en extremo hermosa, y tan en extremo entendida, como si fuera fea. En ella la majestad humilde, y la humildad majestuosa, hacían gloriosos sus abatimientos y más venerable y respetada á la majestad. No gustaba de las galas, pero las permitía disimulando su repugnancia, porque las tenía por pensión de su grandeza, y hallaba con el uso de ellas su mortificación, así como otras hallan su gusto.

No podía ignorar que era hermosa; pero esta prenda que en tantas engendra altiveces y desagradados, la tenía ella por motivo de sus desengaños, y usando de este don con afabilidad, agrado y modestia, dió sin querer con el arte de parecer más hermosa. No hay cosa tan propia de la niñez como la ligereza del ánimo expresada en palabras acciones; ni cosa tan extraña como la ponderación y gravedad; pero esta niña, teniendo de la niñez las ligerezas, tenía de edad perfecta las seriedades, y de ambas edades escogía lo más estimable: de la ni

la inocencia, la graciosidad y el donaire; de la edad perfecta la modestia, el juicio y la prudencia.

En el ejercicio de las virtudes, que era el empleo más principal de su corazón, nada obraba como niña, y en todo daba ejemplos á la ancianidad. De ocho años rezaba de rodillas el Oficio Mayor divino, á que le ayudaba ó su Confesor, que era un Religioso Mercedario muy docto y espiritual, ó alguno de sus Capellanes. Tenía horas señaladas de recogimiento en su oratorio, donde gozaba dulzuras del cielo, de que daban testimonio sus ojos, cuyas preciosas lágrimas eran fieles testigos de su santo amor.

Su misericordia con los pobres era admirable; sólo el no tener que darles podía turbar la perenne serenidad de su rostro con muestra de tristeza: conocían esta piadosa manía sus padres, y ponían con abundancia en sus manos el remedio. Dispensó el cariño de aquellos autores de sus días, que desahogase su espíritu en algunos ejercicios de mortificación penosa, como ayunos y disciplinas, porque les pareció que virtud tan

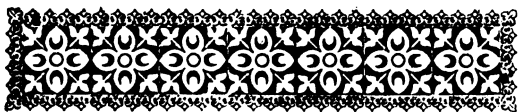
singular no debía medirse con la medida común de humana prudencia. Vióse, pues, en esta Infanta la penitencia inocente, usando de ella como de remedio preservativo de la culpa, y curándose en salud por las luces del aviso, sin los horrores del escarmiento. El Rey, su padre, con discreta ponderación de sus virtudes heroicas en edad tan tierna, solía decir que en la bondad de Isabel tenía afianzada la felicidad de su corona.

Entre las devociones suyas fué muy singular la que tuvo á nuestro glorioso y seráfico Patriarca San Francisco, ocasionada del lance que ya refiero. Cuando estaba en poder de su abuelo, llegó á Zaragoza el Ministro General de la Orden Seráfica, Fray Jerónimo de Ásculi, que llegó á ser Sumo Pontífice, con el nombre de Nicolao IV. Entró á besar la mano al rey D. Jaime, devotísimo de la Orden, y le recibió haciéndole muchas honras. Sería la Infanta como de tres años, y el Rey se la puso en brazos al General, pidiéndole que, como legítimo sucesor de San Francisco, le diese en el nombre del Santo Patriarca la bendición. Hízol

así con devota ternura el General, y logró el Rey su piadoso celo tan á satisfacción, como lo dirá el discurso de su vida, pues vestida con el hábito penitente de la Tercera Orden, como hija bendita de tan santo Padre, llenó el mundo de ejemplos, á su Religión de honores, y de glorias á la Iglesia universal.







## CAPÍTULO II

---

CASA DOÑA ISABEL CON DON DIONISIO,  
REY DE PORTUGAL



ALGUNOS de los historiadores de esta Santa escriben la grande inclinación y deseo que tuvo al estado de perpetua virginidad; punto bien creíble, porque á un alma que tenía consagrado á Dios todo su amor, se le haría muy duro haber de dividirle con un hombre. Batallaban en su corazón los afectos al celibato y los respetos á la obediencia de sus padres; y sabiendo que éstos la tenían sacrificada á las conveniencias de Estado, tuvo en suspensión sus afectos, dejándose con indiferencia al arbitrio de

sus padres, teniendo por sospechosa y menos segura cualquier resolución que naciese de su propia voluntad.

Tuvo también, para que sus impulsos no pasasen á ejecuciones, luz particular divina que la persuadía á que el sacrificio más grato que podía hacer de sí misma era el de la obediencia; dejándose con perfecta resignación en la Providencia divina; venerando sus ocultos fines, que ella ignoraba entonces y que se descubrieron con el tiempo, y fueran impracticables en otro cualquier estado fuera del matrimonio.

Crecía la infanta Isabel en la edad y en la gracia; ésta corría á los agigantados pasos de sus virtudes, y aquélla al lento curso de los años. Llegaron éstos á sazónarla para el estado del matrimonio, y como sus prendas eran tan relevantes, despertó la fama con sus voces las atenciones y deseos de los mayores Príncipes y Monarcas de Europa, que con noble ambición solicitaban enriquecer sus coronas con joya tan preciosa. Pidieron la mano de Isabel el emperador del Oriente, e rey de Francia, el de Inglaterra y el de Por

tugal con empeñada emulación, ocasionada de la preciosidad de una prenda en que aseguraban todos los intereses que se solicitan en pretensión semejante; pues en ésta las conveniencias de Estado eran seguras por la alianza con el reino de Aragón, entonces muy poderoso; las del gusto, las más deseables en la extremada belleza; las del amor, las más ciertas en la discreción, agrado y singulares virtudes de la novia.

La mayor dificultad para el ajuste de esta boda nacía del tierno y vehemente amor que sus padres tenían á la Infanta, cuya ausencia, aun sólo imaginada, era tormento intolérable de sus corazones; pero haciéndose cargo de que era pensión inevitable de la grandeza el haber de sacrificar el gusto y el cariño á la conveniencia de Estado, ofrecieron la más preciosa víctima de su amor á la utilidad pública. No pudiendo excusar el sacrificio eligieron el medio que fuese menos costoso á la ternura de su cariño, pactando las bodas con el rey D. Dionisio de Portugal, príncipe á quien sus reales prendas habían negociado altísima reputación en toda

Europa, y en cuyo reino la cercanía con el de Aragón era consuelo de la ausencia.

Despachó, pues, el rey de Aragón sus embajadores al de Portugal, dándole noticia del ajuste de las bodas. Hallábase el Rey lusitano en Alentejo, puesto en campaña para demoler las murallas que nuevamente había levantado en la villa de Vide su hermano el infante D. Alonso, con fatal anuncio de guerras civiles, porque este último vivía mal satisfecho del Rey. Recibió el Soberano portugués en Alentejo á los Embajadores aragoneses, con magnífica ostentación y excesivas demostraciones de agrado y gusto, y habiendo ratificado los tratados con toda solemnidad, los representantes del rey de Aragón suplicaron á D. Dionisio se sirviese venir á medios de paz con Su Alteza el Infante su hermano, porque sería infausto azar de sus bodas que turbase las alegrías el escandaloso estruendo de las armas.

A esta misma pretensión de ajustese interpuso la grande autoridad del principe de Castilla D. Sancho, y tuvo felicísimo efecto, habiéndose convenido los dos hermanos en

que el infante D. Alonso mandase demoler las murallas, para que en sus ruinas quedasen sepultadas sus mutuas quejas.

Los Embajadores de Aragón entraron en este negociado á instancias de su Rey, y por encargo muy encarecido que les había hecho la infanta doña Isabel, que nació para ser iris de paz, y no podía entrar en Portugal á manifestar sus celestiales encantos, sin que se viesen por medio de sus oraciones las alegres luces de la serenidad y de la concordia. Hechos y ratificados de una y otra parte los tratados, daba prisas el rey de Portugal para que se hiciesen las entregas, ansioso de hallarse en la posesión de su dicha, que, por ser tanta, en cada dilación traía consigo los recelos de desaparecida.

Era el rumbo que seguía el rey de Aragón muy contrario, y daba todas las largas que podía, siendo el amor de su hija rémora de sus resoluciones. De esta detención resultaban quejas en los Embajadores de Aragón, y murmuraciones en los estadistas de Portugal. Representaron unos y otros al Monarca aragonés que era política arriesgada

y de malas consecuencias esta dilación; y que habiendo quedado favorecido el de Portugal en la pretensión en competencia de tan grandes Soberanos, eran las dilatorias un linaje de regatear y encarecer el beneficio, con no poco desaire de la magnanimidad Real. Que no perdía la prenda que tan gustosamente amaba, dándola un empleo tan relevante, cuando hacía precisa su enajenación la razón de Estado y los públicos intereses.

Reconoció el rey D. Pedro la fuerza de estas representaciones, y á mucha costa de su dolor trató de disponer el viaje de la Infanta. Hubo también en la disposición de su avío alguna dificultad; porque si se hacía por tierra, recelábanse de algún desaire por parte de D. Sancho, príncipe de Castilla; y llevarla por mar tenía el inconveniente del peligro de la navegación. Resolvióse al fin la jornada por tierra, y salió el rey de Aragón acompañando á su hija hasta los últimos confines de su reino, donde, dando la bendición á su amada Isabel, mudos uno y otro, el padre y la hija, por lo intenso del dolor,

explicaron su sentimiento con la elocuencia de las lágrimas.

El recibimiento que doña Isabel tuvo en Castilla fué verdaderamente regio. Salieron el príncipe D. Sancho y su hermano el infante D. Jaime con magnífico aparato, y tan numerosa como lucida comitiva á encontrarse con la Infanta, á quien obsequiaron con singulares expresiones de amor y real magnificencia. D. Sancho la hizo compañía dos jornadas, y no pudiendo continuar más tiempo á su lado, por impedírselo precisas ocupaciones, despidióse con cortesanos rendimientos, encargando á su hermano que supliere su falta. Éste la fué acompañando hasta la misma Braganza; y en todo este bien cumplido cortejo se vió ser vanos los temores que el rey de Aragón tuvo, porque su hija tenía como asalariadas la concordia y la paz, sólo con dejár ver las luces de su beldad.

En Braganza la esperaba el infante de Portugal D. Alfonso; y aquí visitó el templo del glorioso San Francisco, ofreciendo las primicias de su devoción en aquel reino á su seráfico Patriarca, con feliz anuncio de que

sería uno de los más opimos frutos de su santa fecundidad. De Braganza enderezaron su viaje á la villa de Troncoso, donde la esperaba el Rey con la mayor impaciencia, alborozado con las repetidas noticias que le daban de su belleza sin par, en cuyas alabanzas ciertamente se quedaban cortas todas las ponderaciones. Quisiera S. M. adelantarse para recibirla como amante, y no podía como Rey, condenando los rigores de la razón de Estado, cuyos poderes se alargan hasta poner tasa é impedimento á las finezas; como si la majestad fuese exenta de las leyes del amor.

Despachó toda su corte para que acompañase á Isabel, con lo que tuvo su entrada toda la pompa, ostentación y grandeza de que era capaz la galantería y magnificencia portuguesa. Quedó el Rey absorto de admiración á la vista de Isabel; porque ni el pincel que en los retratos suele adelantarse lisonjero, ni la idea que en virtud de los informes había formado su imaginación, llegaban á la verdad de su hermosura, maravillosamente realzada por el pudor y modestia

virginal. Era Isabel discretísima, y apenas pudo decir palabra con concierto; pero nunca anduvo su discreción más airosa, que cuando, justamente turbada, cedió el entendimiento á la voluntad todo el triunfo.

El día de su entrada y desposorio fué el de San Juan Bautista, cuya alegre festividad fué mucho más alegre y festiva para Portugal con el fausto acontecimiento de estas bodas. Celebráronse el año 1282, siendo el Rey de veinte años y la Reina de trece no cumplidos. Además de la dote que el Rey tenía asignada á la Reina por sus escrituras de contrato matrimonial, en justa protestación de su grande amor, la mejoró con aquella villa de Troncoso, con expresión de que se la daba en prenda de su cariño. Estas escrituras pusiéronse por orden de la Reina en el archivo del monasterio de las Santas Cruces de Barcelona, de la esclarecida Orden del Císter. Hizo entrega de las mismas Fray Domingo de Portugal, religioso de nuestra seráfica familia, tomando recibo del Abad llamado Fray Jenaro.

Detúvose la Corte algunos días en Tron-

coso festejando los portugueses á sus Reyes con varias fiestas. De aquí partieron á Coimbra, donde se renovó la solemnidad grandiosa de la entrada, echando la lealtad portuguesa el resto en las manifestaciones cotosísimas de su amor, sin reparar en el gravamen que pudieran aportar al presupuesto municipal ni al particular de las familias, este tan espontáneo derroche.

En medio de aplausos y grandezas tan soberanas, hallábase Isabel interiormente humillada, asistida de las luces de sus santos desengaños, pero exteriormente con un despejo tan majestuoso, que daba bien á entender que su corazón era superior á la majestad. Los gritos de alegría y las aclamaciones de su alabanza, eran un despertador que la ponía en el vivo conocimiento de las falencias del mundo, cuyas grandezas, cuando aparecen más lucidas se desaparecen como ligeras exhalaciones; y con la fuerza de esta verdad aplicaba toda su consideración á las cosas del cielo que, sin el achaque de fallidas y caducas se gozan sin susto y alegran con satisfacción.



### CAPITULO III

---

#### REFIERENSE LAS VIRTUDES DE SANTA ISABEL EN EL ESTADO CONYUGAL

**V**EMOS ya á Santa Isabel, reina y casada, metida en el confuso laberinto del gobierno y del matrimonio, en cuyas obscuras intrincadas sendas se ha perdido tantas veces la más diestra prudencia y la discreción más atinada, dando de ojos, ó en la desconfianza, ó en el arrepentimiento. Entró en esta dificultosa empresa en edad de trece años; pero Dios, que tenía destinada á ésta prodigiosa criatura para perfecta idea de Princesas casadas, la puso en las manos el hilo de oro de su santo temor y amor, para

que, venciendo peligros y dificultades, saliese coronada de triunfos.

Amó á Dios; y sin pausar en esta santa tarea; amó también á su esposo en Dios; y amaba á Dios en sí mismo, cumpliendo con el precepto de amar y reverenciar á su esposo. Solicitaba tenerle contento y merecer sus agrados, más con las dulzuras de su trato virtuoso que con los halagos de su hermosura. Observó con prudente cautela los movimientos de la condición de su consorte, reconociendo á qué parte caían los aviesos y los peligros, y á qué parte los agrados; y siguiendo á éstos huía de aquéllos, procurando con la fuerza de su virtud y de su discreción asegurar el amoroso lazo de las voluntades, que si no tiran conformes, es preciso que se afloje ó se rompa la lazada.

Los validos que tenían la gracia del Rey, tenían también la suya, aprobando con sus agrados la elección y gusto de su marido. Con los desvalidos, ó sea con aquellos que no gozaban la privanza del Monarca, disimulaba en lo público, porque su favor no se tradujera en mal sentido; pero en secreto

lastimada de su infortunio, solicitaba mejorar su suerte. Pedía pocas mercedes, y éstas en tiempo oportuno, motivada de los informes del merecimiento ó de la necesidad, sin ambición de negociar séquito, y sólo, si, movida del generoso deseo de que no viviese el mérito desvalido ó la necesidad quejosa.

Si alguna vez veía á su esposo destemplado ó menos atento, disimulaba con el silencio su pesar; pero con entereza tan majestuosa, que no dando lugar á su desprecio, dejaba franca la puerta á su satisfacción. Si veía algunas cosas menos ajustadas, procuraba impedir las con santo y discreto celo, y si éste no surtía efecto, disimulaba con prudencia y acudía á Dios en la oración, pidiendo el remedio.

Estas virtudes cristianas, políticas y prudenciales en una edad tan tierna, eran una maravilla que tuvo al Rey los primeros años absorto en admiración, hallando apoyos más firmes para su amor en las excelentes prendas del alma de su esposa, que en su incomparable belleza; porque ésta soborna al corazón con el agrado sólo de los ojos, mien-

tras que aquéllas se entran á la posesión del alma, poniendo en dulce cautiverio todas sus potencias. Dióle Dios al Rey un nuevo fiador de sus amantes finezas en la fecundidad dichosa de su dulcísima esposa, que fué el alborozo de toda la corte y reino.

Hacíanse todos lenguas en sus alabanzas, reconociendo en su Reina una compendiosa cifra de perfecciones que la hacían amable. Miraban en ella su hermosura sin los enfadosos achaques del desdén y del melindre; la majestad toda agrado, la virtud toda verdades, la gracia sin artificio, la prudencia sin afectación, la liberalidad con ojos, la misericordia sin límites, y toda ella un hermoso cúmulo de prendas que eran hechizo de las voluntades. El Rey, ufano con su dicha, buscaba ocasiones en que manifestar el grande aprecio que hacía de las excelencias de su esposa; pero ésta, como quien lo miraba todo á la clara luz del desengaño, tenía por falaces estas felicidades, y por sospechosos estos aplausos; y, asustada su humildad con el fantasma aparente de aquella humana grandeza, daba el mejor cobro á sus pensamien-

tos despreciando los bienes del mundo y teniendo sólo cuenta con los del cielo.

Para no perderse mareada en el peligroso golfo de los aplausos y celebridades de la corte, recurrió, no sin lágrimas, al asilo de su propio conocimiento, pidiendo á Dios con muchas ansias la sacase en paz del riesgo en que la ponía el mundo con los falsos halagos de su real fortuna, que tan del gusto son de nuestro mayor enemigo el amor propio. Que conservase en su corazón viva la memoria de su afrentosa muerte de cruz, por cuya humildad se sirvió de escala para entrar en su gloria: que no permitiese que quien le amaba de corazón se perdiese en los anchurosos caminos de la prosperidad, pisando rosas, pues para darla ejemplo siendo él Príncipe de las eternidades, eligió la estrecha senda de los desprecios y baldones, pisando espinas con que tejió su corona. Que á Su Majestad divina—proseguía diciendo en su oración—eran patentes sus ansiosos deseos de emplearse toda en su imitación, y que no permitiese su clemencia que el polvo sutil que levanta el aire de la vanidad la cegase y la

hiciese perder de vista la sagrada y perfecta idea de sus virtudes, aquilatadas en el crisol de penas y trabajos.

Tal era el horror que esta santa mujer tenía á las mentidas felicidades, veneno que en dorada copa brinda la vanidad del mundo para atosigar el alma y adormecerla en peligroso letargo, con olvido de los bienes del cielo. Las castas delicias del matrimonio, las rendidas finezas de su esposo, los aplausos de la corte, las adoraciones de los vasallos, siendo sobornos del gusto, lisonjas del amor propio, eran para su corazón un tormento y continuo susto, y le servían de mortificación; sacando con rara química de las dulzuras del deleite las amarguras de la penitencia. Oyó el Señor los clamores de su sierva, y la fió el peso de grandes trabajos, aun en esta línea en que se sentía abrumada con la carga de las felicidades.

Cuando salió de Aragón á tomar posesión del reino que Dios la tenía destinado en el mundo, sabiendo muy bien que antes que éste debía tener en estimación el del cielo, llevó consigo al Reverendísimo Padre Maes-

tro Fray Pedro de Serra, de la esclarecida y Real Orden de la Merced, su confesor, varón doctísimo, y en la facultad mística muy práctico; dando á entender que su primera atención y su principal cuidado era el de la pureza de su conciencia y la hermosura de su alma. En todo lo perteneciente á la dirección de su espíritu dióle la obediencia; y en cumplimiento de sus disposiciones tanteó la voluntad de su marido cuanto á sus ejercicios espirituales, y singularmente penales, estando totalmente dispuesta á sacrificar su deseo al gusto de su esposo.

Éste, como tan discreto y tan interesado en las virtudes de su consorte, vino gustoso en la distribución del tiempo que la Reina tenía para sus santos y reales empleos. Cuanto á la permisión de penitencias estuvo detenido, receloso de que en sus rigores se desluciese ó marchitase la delicada flor de su belleza. En las limosnas y otras obras pías, como tan liberal y generoso, la dió facultad amplísima, y aun la hizo grata compañía con real magnificencia.

Con este plan y arreglo de cosas hizo Isa-

bel una vida angélica, sin que el ruidoso tráfico de Palacio turbase la quietud de su corazón, ni quebrase los silencios de su retiro, donde, entregada á la oración, gozaba las delicias del cielo, despreciando las vanidades del mundo. En el gobierno económico de su cuarto se portó con admirable prudencia, tratando á sus damas con grande benignidad, haciendo paso por el agrado para ganar sus voluntades, y con su ejemplo para persuadir las virtudes. No permitió en ellas la ociosidad, oficina donde se ingenian las invenciones de la vanidad en la novedad de las galas y extravagancias ruinosas de las modas, derivándose de los palacios á las cortes este pernicioso abuso.

Ocupábase con todas en variedad de labores consagradas al culto de los altares, y se introducía con discreción alegre y despejada en conversaciones devotas. Nacían sus palabras de la abundancia de su corazón, y como en éste estaban mano á mano las dulzuras y los ardores de la caridad, con la dulzura de sus palabras halagaba al gusto, y con el ardor encendía el afecto á la virtud.

Fué maravillosa en Palacio la fecundidad de su magisterio, porque puso mucho cuidado en su cultivo; sembraba virtudes en obras y en palabras: con las palabras se entraba en los corazones por los oídos; con las obras se venía á los ojos con el ejemplo.

No quiero disputar cuál de aquellos dos sentidos tenga mayor eficacia para mover el ánimo; pero cuando se conforman ambos en tocar unidas las obras y palabras para la virtud, no es dudable que tienen fuerza muy poderosa para rendir los voluntades á su séquito y ejercicio; y pocas veces sucederá que el que mira lo que oye de la bondad, no se aplique á gustar de lo que ve con la pia afición de lo que oye. La llaneza, la afabilidad, el agrado y la alegría con que trataba á todas, sobre dar realce á la majestad, la hacía amabilísima, y engendraba en todas ansiosos deseos de tener su gracia; la cual lograban con seguridad y gozaban sin susto, las que imitaban sus virtudes y se esmeraban más en el servicio de Dios.

¡Dibhoso alcázar, donde para el valimiento no hallaba paso el artificio de la lisonja, y

tenían franca la puerta la verdad y la virtud!

Las galas que vestía Isabel, aunque con mucha repugnancia de sus desengaños, eran preciosas y dignas de su grandeza; pero en el corte de sus vestidos era la modestia el árbitro sin perjuicio de la honestidad; y á esta proporción vestían sus damas y sirvientas; y á su imitación las señoras, y á ejemplo de éstas todo el resto de la corte. Con esto no se daba lugar á los escandalosos abusos que condenan en los trajes como incentivos de la lascivia los predicadores apostólicos, cuyas voces tuvieran mejor efecto sonando sumisas en los estrados de las señoras, que tronando violentas y desentonadas en las plazas; pues es cierto que el buen ejemplo de las damas de más elevada alcurnia persuadiera con toda eficacia la extirpación del abuso. ¡Oh, si entre los muchos y buenos ejemplos de virtud, de piedad y devoción con que las personas del otro sexo edifican al mundo, le diesen éste más, y se debiese á su virtuoso celo el remedio de este abuso, ganando gloriosos aplausos de la pública honestidad, y relegando los es-

cándalos de los trajes al teatro y á los espectáculos y representaciones de tramoya!

Ello es cierto que no hay virtud en los Príncipes que no sea máxima y que no sea muchas virtudes; porque se multiplica en los inferiores con el ejemplo, y sube en el merecimiento, siendo una pública y muy saludable enseñanza. Ver en una Reina, en la edad más florida, la hermosura sin presunción; el ornato y aseo ceñidos á los límites de la decencia, sin afectación y con lucimiento; la majestad con agrado y modestia; las virtudes despejadas sin hazañería; la devoción fervorosa sin extravagancias, era ver á la santidad en su propia fisonomía, y tener abierta una escuela donde todo el pueblo estudiase cristianas perfecciones, autorizadas con ejemplar tan soberano.







## CAPÍTULO IV

---

### TRABAJOS DE SANTA ISABEL EN EL ESTADO DEL MATRIMONIO

**M**AL contenta vimos á nuestra Isabel en el apogeo de las felicidades de su estado, recelando peligros á su humildad en las finezas de su marido y en los comunes aplausos de su reino; porque sabía con la luz de su desengaño lo mucho que pelagra la virtud en las complacencias del amor propio, y que á estos fantásticos bienes sólo sabe darles la estimación que merecen, quien sabe hacerlos preciosos con el desprecio.

Vimos también que estaba muy sedienta de penas y trabajos, que la sirviesen en tan peligroso golfo de lastre para su seguridad.

Veremos ya á su humildad sin susto en posesión de sus deseos, y á su paciencia con ejercicio batallando con los trabajos y calamidades. Amóla su esposo algunos años con todo el lleno de estimación que sus relevantes prendas merecían; y sin que en estas dotes, así del cuerpo como del alma, hubiese mudanza quepudiera resfriar su amor, divirtió su voluntad en otros amorosos empleos, faltando al respeto y á la fidelidad de quien se lo tenía todo merecido.

Esta mudanza del Rey, tan indigna, no tuvo más motivo que la mísera inquietud del corazón humano, que, dejándose llevar del soborno de la variedad, ya le cansa lo mismo que antes amaba, y haciendo señor de sus afectos al antojo, con injuria de la razón, desdeña lo bueno y lo mejor por lo nuevo: tal es de impertinente el capricho del hombre, que deja á la bondad quejosa, haciendo á la novedad privilegiada en el gusto. Una mujer por extremo hermosa, simpática, discreta, prudente, honestísima, virtuosa y á todas luces amable, era un gran bien, á cuyo merecimiento no alcanzaron ni de-

seos, ni esperanzas, y perdió por poseído aquella encarecida estimación que animaba á las esperanzas y encendía los deseos; pero era bien, aunque tan grande, caduco, en que el corazón humano no halla satisfacción, y con inquietud jamás lograda busca el descanso en otros objetos de la misma esfera, malogrando en repetidas experiencias tantos desengaños como arrepentimientos.

Soltó el Rey la rienda á sus apetitos, divertido con varias mujeres, con escándalo y abominación de su corte; y tuvo por fruto de su incontinencia seis hijos bastardos, siendo cada uno un padrón animado que condenaba sus sinrazones y publicaba los agravios de su esposa. Éranlo en la verdad los mayores que pueden ser en esta línea, pues siendo la Reina por todos títulos tan merecedora de la fidelidad y amor del Rey, ni aun por el lado del gusto tenía resquicio para la disculpa la humana fragilidad.

No podía doña Isabel ignorar estos excesos, porque son los delitos en los Reyes como en el sol los eclipses, que se llevan los ojos y las atenciones de todos; y era cosa muy na-

tural que, herido su corazón de la pasión de los celos, engendradores de furias, prorrumpliese en demostraciones de su dolor y sentimiento. No fué, empero, así; porque su corazón, embebido todo en las dulzuras de la caridad, y bañado de las luces de la gracia, era un cielo incapaz de producir tales tormentas. Amaba mucho á Dios; éste era su primero y principalísimo amor, y viendo que los desvíos de su marido eran ofensas de Dios y suyas, dando estas últimas al olvido, daba todo su sentimiento á las de Dios. Dolíase de la perdición del Rey, porque le amaba como Dios manda; dolíase del escándalo de la corte, porque recelaba su peligro, viendo que el pecado autorizado con la práctica del Jefe del Estado, es bandera que levanta séquito, con ambición de negociar agrado, y sin el freno del temor al castigo.

Tengo notado en las grandes señoras que más comunmente padecen la injuriosa calamidad de la diversión de sus esposos, la tolerancia con que llevan este trabajo; ya sea porque con cristiana paciencia perdonan su agravio, ó bien porque se esfuerzan en disi-

mular su dolor por mantener entero su punto y su respeto, y es cierto que por su paciencia y por su disimulo son dignas de alabanza; pero lo serán mucho más, si de este ejemplar de Santa Isabel copiaren el modo de hacer enteramente perfecto el sacrificio de su amor propio.

No vió el Rey en su esposa ni la más leve señal de sentimiento: tanta tempestad de ofensas no pudo turbar la serenidad apacible y risueña de su angelical rostro; todo el hielo de sus desprecios no pudo entibiar los fervores de su casto amor, ni se asomó á sus labios la queja para desahogo de tantos sentimientos. Aun pasó á ejecutar mayores rasgos de magnanimidad, como la que estaba en pacífica posesión de sí misma; sabía qué nodrizas criaban á los hijos bastardos de su marido, y regalaba á aquellas mujeres preciosas dádivas para que cuidasen de ellos con todo esmero. Algunas veces solicitaba que le trajesen á su real cámara aquellas criaturas, y las mimaba y acariciaba como á las suyas propias.

Ardía en el pecho de esta incomparable

Soberana la caridad perfecta, que como reina de las demás virtudes es la más liberal y se alarga con sus dulces afectos á más de lo que debe, comunicando sus influencias al más indigno, y contrastando con invencible vigor al odio, con lo que ahoga en beneficios sus agravios. Nada de esto ignoraba el Rey, y estaba pasmado y confuso viendo la inalterable paciencia y maravillosa prudencia de su Isabel, y aun no sé si, bien hallado en la destemplanza de sus pasiones, quisiera no verla tan insensible, y que se explicase quejosa para tener algún pretexto en su obstinación; pues enseña la experiencia que la justa queja de las mujeres en sus no merecidos desprecios, irrita y no corrige la desatención de sus maridos.

Viendo D. Dionisio que tanto cúmulo de agravios no hacían mella en la constancia amorosa de su consorte, se halló corrido y acusado de su propia ingratitud, y trató en consecuencia de restituirla enteramente todo el amor que le había robado para empleos tan inferiores y tan indignos. Vió la corte en *su Rey una ejemplar mudanza*, porque no

sólo abandonó sus diversiones, sino que reconociendo los escándalos que había dado con su mal ejemplo, pasó á celar su remedio con rigores y castigos. Así venció la Reina á la pasión más obstinada de su cónyuge; debiéndose todo el triunfo á su paciencia, á su blandura y agrado, con lo cual dejó á las mujeres casadas y ofendidas ejemplos y remedios.

Otro lance sucedió en su matrimonio, mucho más sensible, pues en el que dejo referido se reduce todo el trabajo á los desaires y desprecios de su hermosura; pero en el que ahora referiré, se tiró á manchar los cándidos armiños de su inocencia. Tenía la Reina elegido para su Limosnero á un caballero de suma virtud, para que con todo secreto corriesen por su mano cuantiosas limosnas con que socorría las necesidades de varios pobres vergonzantes, entre los cuales contábanse algunas personas principales; y para este efecto llamaba con santa sencillez al dicho Limosnero para darle sus órdenes. Tenía el Rey un paje, el cual era émulo de aquel Limosnero, y arrastrado de la poderosa fuer-

za de la envidia, que es uno de los más horribles monstruos que pisan las alfombras de los palacios, intentó la traición más fea que cabe en pensamiento humano, para acabar de un golpe con su émulo y verter de una vez toda la ponzoña de su endiablada pasión.

Buscó ocasión de hablar á solas con el Rey, y muy misterioso y ponderado, le dijo que callara de buena gana lo que no podía dejar de decir sin faltar á la ley de su amor y lealtad; mas por cuanto el temor de poner en su boca un nombre...— Y al decir esto, quedóse el muy infame dudoso y confuso, como si apretaran su garganta con un dogal.—El Rey, que ya había entrado en recelo de algún grave daño, todo sobresaltado mandóle que se explicara presto con claridad.—Señor --dijo entonces el paje:—la Reina, mi señora, es santa, en lo que no puede haber duda; pero también tiene sobrada bondad en dar lugar á que su Limosnero, que es hombre mozo, éntre en su aposento con tanta frecuencia, que da que pensar, y de ello se murmura no poco en la corte; y entiendo

que es de mi obligación dar este aviso, para que V. M., con su gran prudencia y discreción, ponga remedio.—No pudo la malicia confeccionar su veneno con mayor dulzura.

Quedó el Rey atónito con esta noticia, y siendo de natural ardiente y apasionado, lo tenía andado todo para despertar en su alma los más rabiosos celos. Obró la dorada píldora que le dió el fementido médico de honor con tanta violencia, que tomó la resolución de quitar la vida al Limosnero de la Reina con muerte atrocísima.

Con poca reflexión que hubiese hecho sobre las inapreciables prendas de su esposa, se hubiera apagado el incendio de sus iras; conociera que las inocentes luces de su hermosura descubrían y alumbraban á la imagen de la soberanía para que se le tributasen respetos y veneraciones, y que no podían alcanzar á su eminencia groseros vapores de impuros deseos. Conociera que aquella modestia llena de majestad, de cuyas virtudes había tocado milagrosas experiencias, no daba lugar á que de ella se formase siniestro juicio. Todo esto pudiera considerar

si el furor de su pasión celosa pudiera tener algún comercio con la razón.

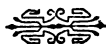
El siguiente día después de la horrible calumnia, fieramente atormentado de sus turbulentas imaginaciones, salió el Rey á dar un paseo por el campo, y al pasar por el puente de Coimbra, vió al sobrestante de unos hornos de cal que se estaban quemando no lejos de allí, y llamándole aparte le dijo con gran secreto: «Mañana muy temprano, al primer hombre que llegue á vos diciendo que va de parte mía para que ejecutéis la orden que os tengo dada, le arrojaréis al fuego, que así conviene á mi servicio, y á vos os importa la vida la ejecución y el secreto.» Hecha esta impía prevención, el siguiente día por la mañana temprano llamó al Limosnero de la Reina, que era la víctima que tenía designada para el horroroso sacrificio de su enojo y venganza, y dióle el recado para el sobrestante de la calera.

El inocente Limosnero trató de poner al instante en ejecución la orden del Rey; mas sucedió que al pasar por frente á una iglesia, oyó la campanilla que tocaba á elevar la

Hostia consagrada; entró á adorar al Santísimo Sacramento y detúvose hasta que acabó la Misa. Salieron sucesivamente con inmediación otras dos Misas en el mismo altar, y el devoto Limosnero, que tenía hecho juicio que no importaba hora más ó menos para ejecutar la orden de S. M., las oyó entrambas. Impaciente el Rey por saber el suceso, pareciéndole que había pasado tiempo sobrado para el efecto, llamó al paje acusador y le mandó que á toda prisa se llegase á los hornos de cal y supiese del sobrestante si había ejecutado la orden que le había dado el día anterior. El hombre, calzándose las alas de la ambición de agradar al Rey, que fueron las de su desdicha, llegó presuroso á los hornos, en cuyo incendio halló prevenido el castigo de su descarada calumnia, quedando convertido en cenizas.

El Limosnero de la Reina, habiendo oído sus Misas, fuese á los hornos, y dando el recado de parte del Rey, le respondió el sobrestante que dijese á S. M. que ya estaba servido. Volvió con la respuesta, y el Rey, que la estaba esperando con ansia, quedó

pasmado cuando vió al Limosnero de la Reina vivo, el cual llegándose á él besó respetuosamente su mano, y le dijo que el sobrestante de la calera le había manifestado que ya quedaba cumplida su orden. El Rey, lleno de turbación, comprendiendo perfectamente todo lo que había pasado, dijole: «¿Pues cómo vos, habiendo yo dado la orden esta mañana tan temprano, la habéis ejecutado tan tarde?» El hombre con ingenuidad confesó la causa de su detención, diciendo que por enseñanza de sus padres jamás había salido de las iglesias dejando empezada alguna Misa, y que en la orden que le dió S. M. no le pareció que había precisión alguna que le obligase á romper el hilo de su devoción. Abrió entonces el engañado Príncipe los ojos á la luz del desengaño, y reconoció los venerables juicios de Dios en apoyo de la inocencia de su esposa, con el castigo del infeliz culpado, dispuesto con tan extraordinaria providencia.





## CAPÍTULO V

---

### MAYORES TRABAJOS DE SANTA ISABEL EN EL ESTADO DEL MATRIMONIO

**N**o son en un Rey menos fieros ni menos peligrosos los celos de marido que los de Estado: unos y otros tuvo D. Dionisio de Portugal, de la Reina su esposa; curó el cielo los de marido con milagrosa providencia calificando la pureza, y ya veremos á la Providencia no menos cuidadosa calificando su lealtad. D. Alfonso, el príncipe heredero de Portugal, hijo de estos esclarecidos reyes Dionisio y Santa Isabel, sobradamente ambicioso de mandar, se le hacía que tardaba la herencia; é impaciente de esta demora, quiso arrebatár á su padre la

corona. Hubo entre padre é hijo muchas y pesadas desavenencias, con gran dolor de la Reina madre, que sentía en el alma que la desatención del hijo diese ocasión á los justos enojos de su padre.

Puso Isabel de su parte todas las posibles diligencias para reconvenir á las partes, en cuyos daños y peligros le había de caber tanta parte entre dos prendas, á que por los vínculos del matrimonio y de la naturaleza debía su amor. Llegaron las desavenencias á términos de tanta rotura, que intentó el Príncipe apoderarse por sorpresa de Lisboa, metrópoli del reino; y aunque cauteló mucho sus depravados designios, llegaron éstos á noticia del Rey su padre, el cual con más segura cautela previno sus tropas para atajar el estrago de guerras civiles con la prisión ó muerte de su hijo por fuerza de armas. Con estos propósitos llegó á un lugar llamado Lumiar, poco distante de Lisboa, acompañado de su esposa. Ésta, á quien no pudo ocultarse el militar aparato ni sus sangrientos y horribles fines, reconociendo el *riesgo fatal* de su hijo, le dió cuenta secreta-

mente de lo que pasaba, para que se retirase y procurase desarmar los enojos de su padre con la enmienda.

Sintió el Rey el malogro de sus belicosos planes; y teniendo noticia de que doña Isabel había dado el aviso al Príncipe rebelde para que se retirase, la tuvo desde luego por sospechosa y parcial en los criminales intentos de su hijo; y sin considerar que no atajar el daño amenazado fuera faltar á las obligaciones de Reina, de madre y de mujer verdaderamente virtuosa, concibió contra ella tan fiero enojo, que atropellando todos los fueros de la razón y amor, la desterró y confinó en Alenquer, villa de la propiedad de la misma Doña Isabel, quitándola todo el uso de sus rentas, y con orden expresa de que no pudiese salir fuera de la villa, para lo cual le puso centinelas que le noticiasen de sus movimientos.

Fué este desaire y castigo injusto de la Reina, de sumo sentimiento y escándalo para todo el reino, que como noticioso de sus virtudes heroicas, no podía creer ni aún imaginar que pudiese haber dado causa para

que se le hiciese tan injuriosa ofensa; antes bien esperaban de su santidad que ella sola con el celo de la paz, había de ser con sus oraciones la que negociase el remedio de tantas calamidades como se temían de una guerra civil, cuyos desastres padecen los mismos que las provocan.

La Reina, con soberana magnanimidad y paciencia inalterable, puso en ejecución su destierro que tantas señas tenía de prisión, sin hallarse con voz para la queja, aunque el dolor de los trabajos del público la hizo verter muchas y preciosas lágrimas. No faltaron hidalgos, y de los más principales, que en tono de compasión le aconsejaron que se hiciese fuerte en alguno de sus castillos, ofreciéndola toda asistencia para el desagravio de sus ofensas. Oyó Santa Isabel esta propuesta con escándalo, y con severidad majestuosa les dijo: que la primera obligación suya y de sus vasallos era reverenciar las órdenes del Rey su señor, cuyos recelos y rigores tenían en el turbulento estado de las cosas presentes, visos bien aparentes de disculpa, viendo en su

hijo tan descubiertas contra su respeto á la ingratitude, ambición y deslealtad, profanando los sagrados de la naturaleza y la corona. Amonestóles que se sosegasen y no diesen oídos á las sugestiones y sediciosas voces de la razón de Estado, cuando las de la razón natural dictaban que la obediencia á los Príncipes era el móvil de los aciertos y de las seguridades. Que descuidasen de su causa, pues ésta corría á cuenta de Dios, que veía en su corazón el celo verdadero de la paz, que comprara de buena gana con toda su sangre.

Admiraron los hidalgos su santa y valerosa resolución; y la Santa, acompañada de sus damas y otras mujeres virtuosas y de buen espíritu, se empleaba en ejercicios espirituales y rigurosas penitencias, dirigidas todas á mover la misericordia divina para que con mano poderosa apagase el incendio formidable de las guerras civiles, de que ya se sentían con horror las llamas.

El Príncipe, orgulloso para obstinarse más en su ambición, se valía del pretexto de los agravios de su madre; y escribiendo car-

tas á Castilla y á Aragón, solicitaba los ánimos para engrosar el partido de sus parciales. El Rey, que no ignoraba sus ambiciosas aspiraciones, levantó un poderoso ejército para encontrarse con su hijo y reducir á una batalla campal toda la suma de este negocio, cuya importancia no era menos que la de perderse un hijo ó la corona. La Santa Reina, viendo tan á los ojos el fatal peligro de su esposo y de su hijo, hecha un mar de lágrimas, se daba á sí toda la culpa de estos males, y le parecía que un tan grande azote era castigo de sus pecados. La fuerza incontrastable del amor de Dios y el celo de embrazar tantos males públicos, la puso en ánimo y resolución de salir de Alenquer, quebrantando la orden del Rey, para ponerse á sus pies y pedirle perdón para su hijo, viniendo con él en decentes partidos sin desdoro de la majestad.

Recibióla el Rey como no era de esperar; con muy grandes agrados, como el que sabía la bondad de sus procedimientos en su prisión. La Santa, bañada en lágrimas, se arrojó á los pies de su esposo, y éste, enternecido y

amante, la levantó en sus brazos y la sentó junto á sí para oír sus propuestas con benignidad. Ella, con una discreción toda del cielo, sin tomar en la boca ni aun levemente sus agravios, confesó al Rey toda la razón que tenía para sus justos enojos, culpando en todo los torpes desafueros de su inobediente hijo; conociendo que el medio más seguro de templar las iras de su marido era no deslucir su razón dando su queja por justificada.

«Es verdad, señor — decía, — que toda la razón está de vuestra parte; pero algo se ha de disimular á un mozo mal aconsejado á quien los halagos de la lisonja, los ardores de la mocedad y los humos de la ambición tienen dementado, y en quien hoy la rebeldía es sin duda más miedo de vuestro desagrado que obstinación. Demos, señor, que como está de vuestra parte la justicia, esté también el buen éxito y suceso de esta campaña: ¿será por ventura triunfo de vuestra grandeza y magnanimidad la perdición de un hijo, con sangriento destrozo de vuestros vasallos? Yo creo que la vana política del mundo hallaría coloridos para abonar esta venganza;

pero señor, en la política de Dios no cabe esta abominación, y vuestra crecida edad y muchos desengaños os ejecutan ya para que os apliquéis á la política del cielo, perdonando ofensas y dando ejemplo de cristiana caridad, y á que despreciéis el qué dirá el mundo; pues fuera indigno de vuestro nombre el que os dejarais avasallar por vuestros resentimientos, ejecutando venganzas y manchando en los últimos períodos de vuestra vida, con torpe borrón, vuestra gloriosa memoria. •

Decía esto la Reina con tal eficacia y con tan abundantes lágrimas, que el Rey, enternecido y lleno de persuasión por la fuerza de sus razones, la contestó: "Señora: yo soy Rey, y soy padre de mi hijo: como padre puedo disimular las ingraticudes de un hijo desatento; pero como Rey no puedo perdonar las rebeldías de un vásallo desobediente. Imágenes son de Dios los Reyes en la tierra; y Dios, que es Supremo Rey, perdona y da su gracia al que se humilla arrepentido, y resiste y castiga al que se obstina soberbio. Sabe Dios, señora, que deseo

perdonar á este desalumbrado mozo, porque conozco que de castigarlo con el rigor de las armas, si resultare el que la Majestad quede satisfecha y airosa, han de quedar la paternidad y la naturaleza lastimadas. Reconvenid vos, señora, á vuestro hijo, para que venga á la razón y á la obediencia, que tendrá segura mi piedad, pues hoy se me pide lo mismo que deseo; y espero de vuestras eficacias y de vuestra virtud que venzáis la dureza de vuestro hijo, para que veamos ambos el logro feliz de nuestros deseos.,

Quedó con esta respuesta la Reina consolada; partiendo sin demora á verse con su hijo para tratar de ajustes y apagar el horroroso incendio de las guerras civiles que tenían en dudosa suspensión á los reinos vecinos. Salió, pues, la Reina de Coimbra, para verse con su hijo en Pombal, donde tenía acampadas sus rebeldes tropas. Fué recibida con grande regocijo de los más, que se mantenían declarados por el empeño y deseaban ver algún resquicio para la paz, escarmentados ya y pesarosos de los funestos efectos de la guerra.

Vióse á solas la Reina con el Príncipe, y afeóle las ingratitudes y desafueros, extrañando que en un espíritu generoso hubiesen cabido pensamientos tan inicuos, empeñándose en empresas tan infames como querer arrebatár á su padre la corona con violencia, y entrar á empuñar el cetro por insultos, á lo que le tenía por herencia legítimamente destinado el cielo. Con muchas y eficaces razones le dió á conocer la fealdad de su error, y habiéndole convencido el entendimiento, entró á ganarle la voluntad, para que diese á su padre la obediencia, se restituyese á su gracia, y gozando las dulzuras de la paz, alegrase á todo el reino, cuyas inquietudes eran el escándalo y la fábula de Europa, y cuyos estragos ponían á Portugal en términos de venir á ser sangriento despojo de sus enemigos.

Habló también á los hidalgos del séquito del Príncipe, ofreciendo á todos perdón de parte del Rey, y que daría á perpetuo olvido todo lo pasado admitiéndolos á su gracia. Logró este animado iris del cielo de la Iglesia sus benignas influencias, poniendo en

paz y serenidad á todo el reino. Los ajustes de la paz fueron éstos: «Que el Rey diese al Príncipe á Coimbra, Montemor y la fortaleza de Sedo Porto, y que el Príncipe hiciese al Rey homenaje de estas tierras; que dejase las armas y despidiese á sus parciales, á los cuales perdonaba y admitía á su gracia.» El Príncipe, en presencia de su madre y de los hidalgos, habiendo venido en todos los tratados, hizo juramento solemne en el altar de San Martín de Pombal que, so pena de ser tenido por traidor, de la maldición de Dios y la de su padre, juraba que le serviría y obedecería siempre; que no admitiría en su compañía y séquito á hombres facinerosos, y que solicitaría prenderlos para entregarlos á las justicias reales que castigasen sus delitos.

El Rey, á quien se le había dado cuenta de los ajustes, salió de Coimbra para Leyria, en cuyo punto hizo también solemne juramento, en el altar de San Simón, de cumplir enteramente todo lo que tenía prometido, así en los intereses ofrecidos al Príncipe, como en el perdón de todos sus secuaces.

Hechos los ajustes y jurados, partió la Reina á Leyria, acompañada del Príncipe su hijo y de un hermano suyo bastardo, llamado don Pedro, y todos ellos, juntamente con los hidalgos, besaron la mano al Rey, el cual los admitió á su gracia con grandes demostraciones de agrado.

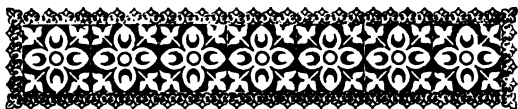
Tan dichoso fin tuvo el formidable aparato de estas sediciones civiles. Calmó la tormenta de insultos, celos, desconfianzas y atrocidades en que zozobraba la quietud pública: debióse su serenidad al iris de paz de su santa Reina, que con el blando rocío de sus lágrimas apagó tan perniciosos incendios.

Estos son los infortunios que padeció esta mujer santa en el decurso de su matrimonio. No sé que otra alguna entrase en este estado con caudal más opulento de buenas prendas, para gozar con felicidad y sin susto de sus castas delicias; y quiso Dios gustase los sin-sabores que suelen turbar más su quietud y sosiego. Era hermosísima y por extremo discreta, entendida y agraciada; pero tan encantadoras cualidades padecieron desai-

res y desprecios. Era **santa**, y en la castidad conyugal purísima; pero su opinión padeció calumnias. Era amante de su esposo y fidelísima á su Rey ; pero su amor y lealtad padecieron sospechas. Triunfó de los desprecios de su incomparable hermosura con su mansedumbre y tolerancia ; venció con virtud milagrosa las calumnias de su opinión, y desvaneció con la verdad de su santo celo las sospechas de su lealtad, saliendo de tantas tribulaciones como sale el oro del crisol; más puro, más acendrado, más precioso y más digno de toda estimación.







## CAPÍTULO VI

---

### ORACIÓN, HUMILDAD Y LIMOSNAS DE SANTA ISABEL

**U**NA de las cosas que en la vida mística y espiritual conducen más para llegar al estado de la perfección, es el buen orden y prudente disposición de los ejercicios virtuosos, que no pocas veces, por la confusión con que se ejecutan, vienen á malograrse; son como las rosas y otras flores que, sueltas del lazo que las aprisiona en artificioso ramillete, fácilmente se deshojan, se pierden y marchitan, cuando unidas se conservan en su fragancia y hermosura.

La reina doña Isabel, en quien la pruden-

cia estaba tan anticipada á la edad, luego que se acabaron los festejos de su boda, en cuyos ruidosos aplausos del mundo no perdió de vista los importantes cuidados del cielo, dió orden en Palacio para la distribución de sus espirituales empleos, señalando para su ejecución las horas más convenientes y oportunas. Las mañanas las gastaba en el oratorio de su real capilla, en cuyo ornato y aseo tenía puesta mucha costa en preciosas alhajas, mucho cuidado en artificiosas flores, sirviéndose de las decencias del culto divino para incentivos de la devoción.

Luego que entraba en su capilla, rezaba, puesta de rodillas, Maitines y Laudes del Oficio Mayor. Asistía después á una Misa cantada, de música excelente, que tenía ajustada para este intento. Al Ofertorio de la Misa hacía siempre su ofrenda, más ó menos preciosa, á proporción de la mayor ó menor celebridad de los días. Acabada la Misa, esperaba al sacerdote puesta de rodillas á que la diese á besar la mano, y le pedía con humildad profunda que la diese su bendición.

Rezaba después las Horas Menores, el Oficio de difuntos, los Salmos Penitenciales y sus particulares devociones de los Santos. En estos santos ejercicios y en oración mental gastaba toda la mañana hasta la hora de sentarse á la mesa, si alguna ocupación precisa no interrumpía esta devota tarea. Por las tardes asistía á las Visperas, y si no tenía particular ocupación, quedábase recogida en Dios, en quien tenía puestos sus afectos y cuidados, con olvido del mundo.

Siendo una criatura tan pura y tan dedicada al cultivo de las virtudes, era su humildad tan profunda y el concepto que tenía hecho de sí tan bajo, que no se atrevía á frecuentar el santo Sacramento de la Eucaristía, y, en tres solas festividades del año comulgaba dando á su ansioso espíritu este consuelo, y teniendo todo el resto del año sacrificados sus deseos á la reverencia de tan alto y soberano Sacramento, privándose de sus dulzuras y suavidades, aterrada con el temor de su indignidad. Tanta cobardía en tanta pureza, es otra tanta acusación de aquellas almas que con poco caudal de vir-

tudes, entran intrépidas en el sagrado comercio de la Comunión cotidiana.

No condeno la frecuencia, que con las debidas disposiciones atesora gracia; pero en un ejemplar tan eminente como el de esta Reina, propongo la suma reverencia y temor santo que debe tener quien llega frecuentemente á la sagrada Mesa del Sacramento, en cuya presencia están con reverente encogimiento los más puros espíritus. Las conveniencias y los peligros que surgen en este punto crítico y muy dificultoso, ahí quedan al arbitrio de confesores doctos, para cuya acertada dirección dejó el apostólico celo del santo Pontífice Inocencio XI reglas bien seguras. Del intento presente sólo es el que se vea que como la frecuente Comunión ha sido en muchos Santos muy loable, lo ha sido también en otros el reverente encogimiento y temor humilde con que se han abstenido de tan soberano bien; con que teniendo los unos y los otros ejemplares tan sublimes á que ajustarse, caminan seguros á la perfección, acomodándose á los particulares impulsos de su espíritu.

Santa Isabel no frecuentaba la Comuni3n, pero la confesi3n la frecuentaba mucho: para llegar 3 la Mesa de la Eucaristía, se sentía indigna; para el Sacramento de la Penitencia, se tenía siempre por pecadora. En el de la Eucaristía gozaba dulzuras y consuelos; en el de la Penitencia tenía dolor profundo y vertía lágrimas, y dejándose llevar del peso y genio de su humildad, sacrificaba en reverencia de la Eucaristía las dulzuras de su consuelo, y elegía en la Penitencia las amarguras de su dolor.

Para la oraci3n mental, en cuyo ejercicio tenía experimentada su importancia, á fin de avivar en el corazón la llama del amor divino, tenía señaladas horas en la soledad de su oratorio, dando al olvido todas aquellas cosas del mundo que no sirven para los desengaños del alma. Era la oraci3n un espejo fidelísimo en que se miraba cuidadosa aun para registrar las más leves imperfecciones para evitarlas; y cuidando de la hermosura y pureza de su conciencia, aplicaba para su ornato las joyas de las virtudes. Aterrada en el abismo de su propio conocimiento, te-

ria de sí sumo desprecio y sentía ser la criatura más ingrata del mundo, pues habiendo Dios alargado su poderosa mano en tantos beneficios, parecía que faltaba en su correspondencia, y casi peligrara en el escollo de la desconfianza, si con fe vivísima no se asiera á las aldabas de la infinita misericordia del Todopoderoso.

De la profundidad y bajeza de este desprecio de sí misma, la levantaba el Señor al conocimiento de su bondad inefable, subiéndola por la escala visible de la Humanidad pasible del Verbo encarnado. Los excesos amorosos de este Señor en su Pasión y Muerte eran el tesoro de su memoria, la tarea de su entendimiento y el imán poderoso que arrebatava los afectos de su voluntad Tuvo el don de lágrimas en grado eminente; estilo y lenguaje corriente con que se explica un corazón amante. Era la ternura de su llanto una celestial lluvia cuyo riego fecundaba el pensil ameno de su alma, en que las virtudes, flores de santos ejemplos, atraían con su olor y fragancia los corazones á Dios, y con frutos admirables de bendición enriquecía

---

su alma y purificaba más y más su conciencia.

Dolor y amor eran los dos manantiales de las vertientes de sus ojos; el dolor de las ofensas de su Amado, la obligaba á humedecer con las aguas de su llanto el Real solio y delicioso lecho; el amor, con la lentitud de su fuego, daba alambicada por los ojos una quinta esencia de sus finezas. ¡Dichosa mujer, que supo hacer preciosas sus lágrimas con tan noble y soberano empleo, cuando en otras su inútil desperdicio tanta pena les ha negociado en ésta y en la otra vida!

Enamorada de la Cruz, llave maestra que franquea las puertas del cielo, se sentía con ansias muy vivas de padecer por Cristo, sabiendo que en tanto sería cierto su amor, en cuanto por la imitación de sus penas copiase en su corazón la imagen de su Amado. En las Cuaresmas, tiempo que consagró la Iglesia á la provechosa consideración y reverente culto de la Vida, Pasión y Muerte de Cristo, Señor nuestro, hacía algunos ejercicios penales más que los comunes, ocultando debajo de sus preciosos ornamentos

ásperos cilicios, y haciendo rigurosos ayunos á pan y agua. Los viernes, con licencia del Rey su esposo, daba de comer en sus habitaciones á doce pobres, á quienes servía á la mesa con humildad muy afable todos los platos; y al despedirlos les daba vestido y calzado y alguna limosna en dinero.

Sucedió cierto día que uno de estos pobres, sobradamente importuno, se resistía á salir de la sala del convite, malcontento de la limosna recibida: instaba el portero para que saliese, y viendo su necia porfía, arrebatado de la cólera le dió con un bastón en la cabeza, haciéndole una pequeña herida. Levantó el herido la voz en lastimosas quejas que, oídas por la Reina, la penetraron el corazón y salió á saber la causa. Viendo al triste hombre bañado en sangre, ofendida de la ~~sin~~razón del portero, con aquel enojo que es virtud, y no floja, en los Santos, lo despidió en el acto del servicio de Palacio. Acarició al pobre herido, y registrándole la herida le restañó la sangre, y por sus mismas manos se la curó aplicándole una clara de huevo; después de lo cual le dió una gruesa

limosna, despidiéndole con mucho agrado y no sin lágrimas de compasión.

Pasó la Santa aquella noche con mucho desvelo, ocasionado por la solicitud del estado del herido, y muy temprano por la mañana dió orden para que supieran cómo estaba de su herida. El aviso fué que el herido estaba enteramente curado. Algunos escritores califican esta tan repentina sanidad de milagrosa; pero en mi juicio todavía es más admirable la aplicación de la medicina que la pronta salud, pues no es dudoso que la misericordia de la Reina en todas sus circunstancias es una maravilla de la misericordia.

El Jueves Santo, siguiendo el ejemplo de las humildades de Cristo en el Lavatorio, prevenía doce mujeres muy pobres y enfermas, y á un sacerdote pobre, en representación del Salvador y sus doce Apóstoles. Esta función la ejecutaban en su oratorio, asistida de sus damas que le administraban el agua y toallas para lavar y enjugar los pies, en cuya limpieza ponían harto caudal sus ojos, derramando muchas lágrimas. Sucedió en

una de estas funciones, ser elegida entre las doce pobres una mujer que tenía un pie comido de un cáncer y lleno de asquerosas llagas. Dió á la Reina el pie que tenía sano para que lo lavase, y retiró el malo. No pasó la Santa por este retiro; mas la enferma, que tenía para hacerlo, entre otras razones, la del horror que podía ocasionar á la Reina su podrido cáncer, y el temor de los dolores que podían causarla el contacto de ajenas manos, se resistía; pero hubo de ceder á la autoridad de quien la mandaba, asegurándola con caricias que la lavaría con tiento y atención para no darla molestia.

Descubrió la pobre el pie comido del cáncer hasta los huesos; los nervios heridos y asquerosos, los dedos desencajados de sus coyunturas, y todo él bañado en sucias y nauseabundas materias; era, en una palabra, aquel pie un informe monstruo, cuya fealdad ponía horror á la vista, y cuyo mal olor era tormento del olfato. Las damas y criados confidentes que asistían, huyeran de buena gana de la presencia de aquel espectáculo, á permitirlo la piedad de la Reina, en cuyo

pecho hizo mayor impresión la lástima del trabajo ajeno, que en su delicado estómago las bascas del asco propio. Tomó el pie entre sus manos con gran blandura, y con singular afecto lo lavó y enjugó vertiendo copiosas lágrimas: aplicóle luego sus labios, y en lo más horroroso de las llagas repitió sus ósculos, con gran júbilo de su espíritu y fervorosos afectos de su santo amor.

Cubrió luego el llagado pie, consolando á la paciente, como si ésta hubiese experimentado muchos dolores en este sacrificio y no hubiese sentido, por el contrario, grande alivio en su mal; dióle mucha mayor limosna que á las otras, porque ésta había dado más materia á su misericordia y merecimiento, y con afabilidad suma las despidió á todas.

Al punto que llegó á su casa la acariciada enferma, sintióse con entera sanidad, y vió libre su tan lastimado pie del horroroso cáncer, y sin cicatriz ni señal alguna de las pasadas llagas, confesando en clamorosas voces que desde el punto en que la Reina la tocó con los labios, calmaron todos sus dolores. Este milagro fué muy celebrado de

teólogos y de políticos; de teólogos, reconociendo virtud sobrenatural en la sanidad repentina; de políticos, porque éstos tendrían por milagro que quien entró en palacio con mal pie, saliese con tan buen pie de palacio.

Los Viernes Santos asistía nuestra Santa á todos los Divinos Oficios; y es excusado el decir, que su atención á las melancólicas ceremonias con que la Iglesia representa la tragedia de la muerte de Redentor, era devotísima y de singular edificación para cuantos lograban ver su actitud extática y celestial. Estos días se desnudaba de todos los ornatos de la majestad, y vestía humildes ropas de lana, de color ceniciento, sirviéndose de ellas como de luto para asistir á las exequias de su Amado. En la profunda consideración de misterios tan dolorosos, herida su alma con el dardo de la compasión, se asomaba en lágrimas á sus ojos para explicar sus sentimientos. Era para los que la miraban tan llorosa y afligida, un espectáculo ejemplarísimo de compasión y de humildad.

Estos días, por las tardes y noches, hacía

compañía á María Santísima en su triste soledad, y considerando que el doloroso sacrificio que esta inocentísima Virgen y gran Señora hacía de su amor al Eterno Padre era ocasionado de las culpas del linaje humano, se afligía como parte en este sacrificio; y humillada en la presencia de la Inmaculada Madre de Dios, confesándose culpada en sus desconsuelos, pedía á Su Majestad le alcanzase de su precioso Hijo dolor verdadero de sus pecados, para que en ella se lograra el infinito valor y tesoro inestimable de su sangre. Esta misma petición hacía por todos los pecadores, y muy especialmente por el Rey su consorte, que en el tiempo de sus devaneos tenía atormentado su amante corazón con los temores de su peligro.







## CAPÍTULO VII

---

**MISERICORDIA DE SANTA ISABEL CON LOS POBRES Y LARGUEZA LIBERAL EN OBRAS PÍAS Y FUNDACIONES DE CONVENTOS.**

**N**o sé que entre las obras humanas de esfera natural haya alguna más noble, más hidalga ni más santa, que la de socorrer la necesidad del pobre; corregir con la liberalidad la miserable fortuna del menesteroso. Pero ¿cómo no será la más noble y más santa, si es obra de la virtud de la misericordia, á quien la caridad, reina de las virtudes, tiene más á mano y más á su disposición para comunicar al prójimo las dulzuras de su amor? Sóbrale á la misericordia lo que tiene de virtud para ser amada y bien

vista por su genial empleo de favorecer y patrocinar al afligido, cuya miseria atormenta los corazones de quienes la ven padecer con el torcedor de la compasión, y de lástima también, si se halla sin manos y medios para su remedio.

La misericordia tuvo en el caritativo pecho de Santa Isabel su asiento y su trono, y entre sus virtudes morales pudiera pretender la corona. Tuvo mucho caudal de riquezas, pero aun no el bastante para apagar la sed ardiente de sus piedades; y de la codicia del dinero infamada de viciosa, supo hacer virtud, deseando tener más para dar al pobre, y no para tener más. No se tenía por señora de sus bienes, siro por depositaria de Dios, que se los había entregado para que los repartiese con fidelidad á los pobres, á quienes miraba como acreedores que debía socorrer de justicia para no quedar culpada de infiel. Conoció el Rey esta propensión de su esposa de tener riquezas para dar muchas limosnas, y siendo él de corazón magnánimo y muy generoso, además de las gruesas rentas que la consignó en su dote, le alargó

otras muchas más para desahogo de su misericordia y para tener parte en su merecimiento.

La discreción y prudencia con que usaba de esta virtud, era admirable: tomaba secretos informes de las personas que padecían necesidad, y si eran nobles que embarazadas con el empacho de pedir tenían sepultada su pobreza en el silencio, les daba socorros con mucha cautela y secreto, porque gozasen del beneficio sin la desairada costa de la vergüenza. A los hijos de caballeros pobres les tenía asalariadas escuelas en su palacio, para que, instruídos en las habilidades pertenecientes á su estado, tuviesen decente salida para hacerse hombres. Si tenía noticia de alguna doncella pobre y hermosa, en quien podía la pobreza inducir peligros á la castidad, la daba para que se casase dote competente, según su calidad, y en estas bodas gustaba de que la novia fuese tocada de su mano.

Si sabía de alguno ó alguna que hubiese bajado de próspera fortuna á miserable pobreza, tenía gran compasión, pareciéndola

que la mudanza de su suerte haria mucho más penosa é intolerable la necesidad, y socorria con larga mano su miseria. Criaba en su mismo palacio doncellas huérfanas, hijas de aquellos vasallos suyos especiales por los feudos que tenía en dote, y cuidaba mucho de su buena educación, casándolas á su debido tiempo; y el día de su boda las aderezaba de su mano, y las prestaba algunas de sus joyas para que saliesen con lucimiento; y porque con la vida suya no se acabase esta obra piadosa, habiendo fundado en su convento de Santa Clara una memoria para dotar doncellas huérfanas nobles, dejó al convento por su segundo testamento parte de sus joyas, con la pensión de que en las bodas de estas huérfanas se las prestasen las joyas el día de sus desposorios.

Cuando salía de palacio era innumerable el concurso de pobres que seguían sus carrozas, cuyos clamores, socorridos con la limosna, paraban en vítores y aplausos. Finalmente esta Santa es uno de los ejemplares grandes de limosna que ha tenido la Iglesia, y la que con la gloria de sus piedades

ilustró el bien imitado y bien desempeñado nombre de Isabel, que se le impuso en reverencia de la muy caritativa Santa Isabel, reina de Hungría, su abuela.

Con los enfermos pobres en que veía su compasión duplicados títulos para socorrer su indigencia, se explicaba todavía más liberal su piedad. Visitaba los hospitales, y sin melindre se acercaba á las camas; se informaba de sus achaques, compadecíase de sus dolores, los confortaba con la dulzura de sus palabras, exhortándolos á la paciencia, y los dejaba regalados y contentos, y no pocas veces sanos ó mejorados en su salud. Entrando un día en el monasterio de Chelas, en Lisboa, visitó en la enfermería á sor Margarita Freyre, que estaba desahuciada de un tumor que tenía en los pechos, que llaman zaratán, el cual, habiendo llegado á los términos de supuración, la tenía atormentada con acerbos dolores, y sin esperanza de remedio. Compadecida la Santa Reina de la mocedad y trabajo de la pobre religiosa, la acarició mucho, y tocándola el tumor, con el pretexto de informarse del mal, quedó al

contacto de su mano libre de sus dolores y con perfecta sanidad, habiéndose resuelto instantáneamente el tumor. No pudo ocultarse este milagro, aunque se había hecho con tan discreto disimulo, y sacó por precio de su prodigiosa cura, mucha mortificación su humildad. Otro tanto sucedió en su palacio, visitando á una de sus criadas, llamada doña Urraca Páez, que estaba enferma con mortales accidentes, y tocándola, aunque con mucho disimulo con las manos, la dejó con perfecta salud.

No se estrechó la magnanimidad de su corazón en las márgenes de sus limosnas, aunque habiendo sido muchas y tan cuantiosas, parece que pudieran haber apurado el caudal de sus rentas; por lo cual era voz común que se multiplicaban en sus manos las riquezas, como en las de Cristo Señor nuestro el pan y las viandas que fueron en el desierto hartura de cinco mil necesitados hambrientos. En lo que se manifestó su magnificencia verdaderamente regia y religiosa, fué en las majestuosas fábricas que á honor de Dios y de los Santos levantó á expensas

propias, padrones ilustres en que hoy se conservan gloriosas sus memorias; aunque su liberalidad desinteresada y su humildad despreciadora de vanos aplausos, tomó por su cuenta algunas fábricas de obras pías, que empezaron otros y no pudieron concluir las, ó porque les faltó el caudal, ó porque se les acabó la vida.

Así le sucedió con el convento de Almonaster, villa distante dos leguas de Santarén, de monjas Bernardas, que tenía empezado á fundar doña Berenguela de Ayres, noble matrona, la cual estando á la muerte con gran sentimiento de no poder ver perfecta y acabada su fundación, la encomendó á la Santa Reina, y ésta amplió notablemente el edificio á expensas propias; adelantó las rentas, favoreció mucho á las Monjas, y dejó perfecta la obra, queriendo que toda la gloria fuese de la fundadora, y no permitiendo que quedase de su memoria ni un leve vestigio. Esto mismo sucedió en la propia villa con un hospital de niños expósitos, fundación de un Obispo de Guardia, que por su muerte había quedado imperfecta. Viendo

la Santa Reina tan piadosa memoria malograda, tomó á su cargo, no sólo el renovarla estando ya casi del todo perdida, sino aumentarla en edificio y dotaciones; y la que empezó por número limitado de niños expósitos, la extendió á todos los que hubiese en la comarca de Santarén.

Era este hospital delicia de su corazón compasivo: gustaba mucho de que las amas fuesen con los niños á palacio; las regalaba generosamente, y se divertía con la inocencia de los niños, á quienes acariciaba con ternura de madre. Tan luego como los veía crecidos, mandaba que los aplicasen á oficios, según los genios, y dejó renta separada en el hospital para que los curasen enfermos, diciendo que la casa á quien conocieron por madre, era justo cuidase de su curación.

Donde descolló con eminencia la real y religiosa magnificencia de esta generosa Reina fué, en la suntuosa fábrica y opulenta dotación del real monasterio de Santa Isabel de Coimbra, de Monjas de Santa Clara. Dió principio á esta fundación doña Mayor Díaz, doncella nobilísima que, despre-

ciando las vanidades del mundo y delicias de la carne, para conservarse segura en su entereza virginal, eligió el entrar en el convento de Monjas Canonisas Regulares de San Agustín de Coimbra. Aquí hubiera hecho profesión, si los parientes, que eran muy poderosos, arrastrados de los intereses que esperaban de su hacienda, que era muy pingüe, no hubieran hecho fuerte oposición á sus intentos. Cedió á sus ruegos é instancias cuanto á no ser religiosa en aquel convento, pero no quiso ceder cuanto á salir de él, contentándose con vivir en compañía de aquellas vírgenes, vestida con su hábito; habiendo hecho solemnes y auténticas repetidas protestas, de que quedaba en su omnimoda libertad para disponer de su persona y bienes, como la que ni era profesa, ni tenía voluntad de profesar.

Pasados pocos años en que, ó ya habían faltado los parientes en cuya contemplación y obsequio no había profesado, ó porque ya se había aplacado la codicia de su hacienda, tuvo inspiración particular de fundar un convento de Monjas Clarisas con advocación

de Santa Isabel de Hungría, de quien era muy particular devota. Comenzóse la fábrica con mucho calor, y creció en breve tiempo, porque el caudal para los gastos era muy copioso y lo tenía muy á mano. Teniendo ya la iglesia, claustro y mucha parte de las viviendas hechas, los Canónigos Regulares de Santa Cruz de Coimbra pusieron pleito á la obra y embarazaron el progreso de la fábrica, diciendo que doña Mayor Díaz era monja profesa de Canonisas Regulares, y que no podía disponer de sus bienes, teniendo el dominio la Religión. Este litigio fué muy ruidoso, y ocasionó á la fundadora hondos pesares, que, á juicio de muchos, quebrantaron su salud y apresuraron su muerte.

Quedó el pleito pendiente y muy dificultoso su ajuste, porque estaba la parte contraria muy asida á los intereses; pero la Reina puso mano en el asunto, y quedaron todas las dificultades allanadas, aunque no sin grandes sacrificios pecuniarios. Hecho el ajuste y convenidas las partes, tomó la Reina á cuenta suya la conclusión de la fábrica y fundación, gastando de sus rentas mucho

caudal. Amplió la vivienda con majestuosa suntuosidad y hermosura, y cuando la vió perfecta en lo material, trató de perfeccionarla en lo espiritual. Para este efecto negoció con los poderosos ruegos de su grandeza, con el Ministro Provincial de la provincia de Santiago, que la diese fundadoras del convento de Santa Clara de Zamora, célebre en España por su santidad. Ofreció el Próvincial, condescendiendo gustoso á su devoción, nueve monjas de las más selectas del dicho convento de Zamora, á las cuales condujo él mismo, en compañía de otros religiosos graves, hasta Coimbra, con gran decencia y comodidad.

La Reina, avisada del día que llegaban, las salió á recibir acompañada de la infanta doña Brites, ó Beatriz, con la más lucida porción de la grandeza de la corte. Recibiólas con grandes demostraciones de amor, y las acompañó hasta dejarlas en posesión de la clausura del convento, donde tenía prevenido todo lo más necesario para su descanso y regalo. La vez primera que entró la comunidad ya formada, á comer con las fundado-

ras en refectorio, la santa Reina y la infanta doña Brites sirvieron las viandas á la mesa, haciendo con esta ejemplarísima humildad más sublime su soberanía.

A un lado del convento fundó un hospital para treinta pobres honrados, quince hombres y quince mujeres, partida en dos mitades la vivienda y sin comunicación de una parte á otra. Erigió este hospital en reverencia de su abuela Santa Isabel, reina de Hungría, y obtuvo Bula de Juan XXII para que tuviese un Capellán con toda la autoridad de Párroco, que administrase á los expresados pobres todos los Sacramentos, y los enterrase sin dependencia alguna del Ordinario.

Frente del convento y hospital susodichos levantó un suntuoso palacio para su vivienda, por el consuelo grande que tenía en la cercanía de sus Monjas y en la asistencia de sus pobres. En su testamento hizo donación de este palacio al convento, con cláusula expresa de que nadie pudiese habitar en él, fuera de los Reyes, Reinas ó Infantes, cautelando las molestias que de vecindad menos soberana podían ocasionarse á las Monjas.

Dejó también el hospital al convento, no cuanto al dominio, sino cuanto al gobierno, con plena autoridad á las Abadesas de administrar toda la hacienda, nombrar Capellán y señalar los pobres, como también quitarlos cuando pareciese necesario.

Estando embebida en esta fábrica, que era tan de su gusto porque era toda de su devoción, la sucedió que llevando en el enfaldo unas monedas de plata para darlas á los oficiales, la encontró el Rey, y preguntando qué era lo que embarazaba el enfaldo, contestó que unas flores, y queriendo registrar el Rey, halló ser así. Tuvo para decir que eran flores aviso del Señor, que podía hacer aquella transformación maravillosa, para excusar el enfado que tendría el Soberano si viera que la Reina llevaba dineros para los peones; porque siendo D. Dionisio muy majestuoso en sus acciones, sintiera mucho ver en su esposa humildades poco dignas de la Majestad, aunque tan del genio de su virtud. Un prodigio semejante la sucedió también á su abuela Santa Isabel de Hungría, de quien con el nombre copió la santidad y los milagros.

En la ciudad de Coimbra levantó asimismo una casa para recogimiento de mujeres convertidas, donde pudiesen con buenos ejemplos lavar la mancha de sus escándalos. Con el celo ardiente de que Dios no fuese ofendido, les ponía ministros eclesiásticos ejemplares, que las confirmasen en sus buenos propósitos y las enseñasen el camino del cielo, exhortándolas á la perseverancia y dándoles con larga mano para que pasasen la vida con conveniencia en el reclusorio. Aquí estuvieron algunos años con edificación y ejemplo, y viéndolas perseverantes, las trasladó á otra población llamada Torres Novas, con rentas competentes; mudanza que motivó la delicada compasión de la Santa, la cual, viéndolas buenas y arrepentidas, le dolía que tuviesen tan á los ojos la infamia de sus pasadas torpezas; y quiso ponerlas donde, no siendo conocidas, viviesen más consoladas. En la misma ciudad de Coimbra fundó otro Recogimiento de mujeres pobres honradas, á quienes la vergüenza de pedir limosna hacía mayor su necesidad.





## CAPÍTULO VIII

---

FUNDACIÓN ADMIRABLE DEL TEMPLO DEL ESPÍ-  
RITU SANTO, QUE LA REINA ISABEL HIZO EN  
ALENQUER.

**D**E la villa de Leyría, donde, según dijimos en el capítulo quinto, se ajustó la paz y concordia del rey D. Dionisio con su hijo el infante D. Alfonso, dicha y felicidad debida á las influencias del santo celo de la reina Isabel, pasaron los monarcas á la villa de Alenquer, feudo dotal de aquella Santa. Hallábase ésta gozosísima con el triunfo de la paz, y empleada toda en dar gracias de tan soberano beneficio al Padre de las lumbres, de cuya divina bondad procede todo don perfecto. Con la memoria

de este gran bien, teniendo lleno de júbilos su amante corazón, calmó la inquietud de sus potencias en el descanso de un dulce y apacible sueño. Apareciósele estando dormida el Espíritu Santo, y la dijo "que sería muy de su servicio y agrado que, en honra y culto de su nombre, fabricase en aquella villa un suntuoso templo., Despertó la Santa con gran dilatación de su espíritu, y con ansiosos deseos y firmes propósitos de poner en ejecución el aviso y mandato del Divino Espíritu.

Bien conocía que hay sueños que son fábulas que compone la fantasía en la monstruosa trabazón de diversas especies que derramaron en ella los sentidos; pero también sabía que hay sueños que son oráculos en que Dios manifiesta á veces el beneplácito de su voluntad, y por los extraordinarios efectos que éste causaba en su alma, de amor, de ternura y devoción, no pudo dudar que fuese aviso del cielo, lo que sin estos efectos pudiera ser ilusión de la fantasía. Quedó despierta todo el resto de noche, pero con una quietud toda celestial, en que su alma

se gozaba en delicias del amor divino, ansiosa de ofrecer al Espíritu Santo el sacrificio de dar ejecución á su santísima voluntad.

Las impaciencias de su santo amor la obligaron á que dejase el lecho al despuntar con sus primeras luces la aurora. Dió orden para que llamasen á uno de sus Capellanes que le celebrase la Misa, en la cual y en la oración que tuvo después de ella pidió al Señor, que pues sabía la pureza de su intención y los deseos que tenía de obrar lo mejor, á mayor honra y gloria suya, la diese luz para el acierto en la fábrica que intentaba hacer del templo en culto del Espíritu Santo. Salió de la oración, y mandó que llamasen á los alarifes y maestros de obras para comunicar con ellos su intención y conferir sobre la idea de su obra.

Vinieron éstos, y la Santa les dijo que intentaba hacer una iglesia en tal sitio, y que los había llamado para que le registrasen y vieses si el lugar era á propósito; y que, en caso afirmativo, desde luego empezasen á abrir zanjás y convocar maestros y oficiales que diesen calor á la obra con la mayor bre-

vedad posible. Llegaron los maestros al sitio, y hallaron abiertos todos los cimientos y delineada en su demarcación toda la fábrica, según las mejores reglas del arte. Volvieron con esta noticia á la Reina, la cual quedó llena de admiración, conociendo con evidencia ser del gusto de Dios aquella obra, cuya idea y delineación había corrido tan á cuenta de su providencia. Este milagro no pudo ocultarse, siendo aquellas zanjás, no abiertas por industria ni mano de hombre, otras tantas bocas que le publicaban. Tuvo el Rey noticia de ello, y porque el dar fe á este suceso no se tuviese por ligereza, mandó que se hiciese información auténtica de si aquellas zanjás se hubiesen visto antes en aquel sitio. Fueron muchos que la tarde anterior, y otros que ya de noche habían pasado por aquel lugar, y no vieron ni leve señal de tales zanjás; ni era negocio que pudiera haber estado oculto á vista de todo un pueblo una obra que en muchos días no pudieran dar acabada gran número de oficiales.

Quedó el Rey lleno de admiración y gozo, dando gracias á Dios que había hecho feliz

su tálamo con una mujer, en abono de cuyas virtudes obraba tan portentosos milagros. Salió la Reina á registrar este prodigio, y levantando los ojos y las manos al cielo para dar gracias á Dios, maravilloso en sus obras, se arrebató en espíritu, quedando por término de media hora inmoble y enajenada de los sentidos. Quiso el Señor que quedase esta vez mortificada la humildad de su sierva con la publicación de este rapto, para que viesén todos cuán prontamente paga el obsequio que se le hace, aunque por tantos títulos tan debido, con superiores mercedes; y para que se vea que quien fervoroso y obediente pone en ejecución las inspiraciones divinas, las engrandece y aun las ocasiona empeñando de un favor en otros mayores á la piedad divina; como, por el contrario, los que ensordecen á la voz de las inspiraciones, embargan y esterilizan en algún modo su liberalidad.

Algunos de los historiadores portugueses escriben que la Reina, no sólo tuvo en el sueño el aviso para hacer la iglesia, sino también la idea: lo cierto es, que cuando vió abiertos

los cimientos y la delineación de toda la obra, mandó que se profundizase más, pero que ni en un ápice se alterase la planta. Dióse principio á la obra con mucho calor y aplicación, porque la Reina, estando cierta que era tan del agrado de Dios, como verdadera amante solicitaba con prisas su conclusión.

Entretenida un día en ver trabajar á los oficiales, acertó á pasar una muchacha que llevaba en el enfaldo unas flores; tomólas, dando á la joven satisfacción de su florido despojo. Cargada con sus flores, se dirigió á los oficiales y les dijo: "Ea, no hay sino trabajar hoy mucho y bien; porque el jornal ha de ser ventajoso, y todos han de ser pagados de mi mano;," y diciendo esto, alargó á cada cual de ellos una flor. Tomáronla todos con reverente alegría y festivos aplausos, y viéndose tan honrados por su graciosísima Soberana, celebraban la dádiva contentos y satisfechos por la envidiable distinción de que se había dignado hacerles objeto. Guardaron todos ellos su flor, no como codiciosos, sino como agradecidos y devotos, pues á vista de tan recientes maravillas la miraban con

aprecio de reliquia. Acabada la tarea, cuando fueron alegres á registrar su flor, se hallaron cada uno con un doblón de oro. Pasaron en admiración, y sin acabar de dar crédito á la evidencia de los sentidos, informábanse los unos de los otros, pagándose de la solución de sus dudas á peso de oro.

Maravillosa mujer, que en las candideces de su virtud encontró la verdadera piedra filosofal, por cuyo hallazgo tantos químicos la sacrificaron inútilmente al humo, al hollín y á la tizne, hechos irrisión del mundo; porque profesando de figuras, nunca sacaron de su estudiosa tarea más fruto que el de quemarse las cejas. Tiene también la santidad sus fullerías, antípodas de las del mundo, y sabe hacer de sus flores doblas de oro, sin agravio y en beneficio de los hombres. De la química celestial de esta admirable Santa, son dignas de toda ponderación las maravillosas transformaciones; en la primera, las monedas de plata se convirtieron en flores, para evitar los enfados del Rey, su marido; en la segunda las flores se convirtieron en doblas de oro, para hacer mercedes

á sus vasallos, porque aun en su química quede más gloriosa la misericordia. Los oficiales quedaron contentos y bien pagados, y habiendo conocido la flor de su Reina, tomaran á buen partido que fuese muchas veces sobrestante de la obra.

Corrió la fama de este estupendo prodigio con la celebridad que merecía su extravagante excelencia. Noticioso el Rey, se informó del suceso llamando á su presencia á todos los oficiales que fueron fieles testigos, estando todos interesados. Admirado don Dionisio, viendo que aquellas obras corrían todas á cuenta y á costa de milagros, quiso tener parte en este sacrificio, ofreciendo á la fábrica cuantiosas porciones de su real tesoro; pero la Reina, que para los gastos tenía en Dios tan fiel Tesorero, rogó á su esposo que dejase correr á expensas suyas toda la obra.

Viendo el Rey á su santa esposa tan ambiciosa de gastar, permitió que toda la fábrica corriese por su cuenta, pero no quiso que su liberalidad quedase baldía, por lo que tomó á su cargo la dotación del templo,

que fué muy magnífica, y en efectos tan seguros, que aun hoy se conserva rica.

Llegó el templo á su última perfección en tiempo brevísimo; y no se debe extrañar ni la brevedad ni el acierto en una construcción en que trabajaban á porfía milagros y arquitectos. Cuidó el Monarca del retablo, y de los ornamentos y alhajas de la sacristía, digno todo ello de su real magnificencia. Celebróse la primera Misa con solemnísima pompa, asistiendo con los Reyes toda la grandeza de la corte. Acabada la Misa, volvieron Sus Majestades á palacio, yendo en su comitiva, además de la grandeza de la Real Casa, los Gobernadores y la nobleza de Alenquer, á todos los cuales dijo el Rey que de parte suya y de la Reina les encomendaba mucho que cuidasen del culto de este nuevo templo, cuya fábrica era más que humana, y tan del agrado y servicio de Dios, como á todos ellos les constaba por la voz de milagros sucedidos; y que así lo esperaban de su buen celo al servicio de ambas Majestades, las cuales ayudarían á su conservación y aumento con sus reales asisten-

cias. Esta recomendación, en que no se pedía más que el cuidado de que se conservase en aquella iglesia un culto decoroso la tomaron tan á pechos, é hicieron en fiestas tan excesivos gastos, que fué necesario, en los años siguientes, que los Reyes pusiesen coto á su liberalidad, que ya de mucho profanaba la devoción.

Con acuerdo de los Monarcas se instituyó una Hermandad ó Cofradía á honor y gloria del Espíritu Santo, cuyas fiestas se empezaban á prevenir y celebrar desde el Domingo de Resurrección con una procesión solemnísimá, que se llamó la imperial, la cual salía del convento de San Francisco y continuaba hasta la iglesia del Espíritu Santo; y esta procesión se repetía todos los domingos que median entre las dos Pascuas, Florida y Pentecostés.

En la fiesta del Espíritu Santo, concluidos los sagrados cultos que se hacían los tres días con majestuosa devoción, seguían las fiestas seculares de corridas de toros, sortija, cañas, á que concurría la nobleza de Lisboa y de otras partes del reino, y en todas

estas fiestas sucedieron en años diversos asombrosos milagros. Uno de los Estatutos de la Hermandad era que se corriesen siete toros, todos los cuales se aderezaban y cocían para el socorro de los pobres, que concurrían en número prodigioso á estas fiestas; y á este intento tenía la villa consignadas ciento y treinta fanegas de pan cocido. Todo era poco considerada la multitud del concurso; pero de todo sobraba mucho, porque en su repartimiento por merecimientos de la Santa Reina, había más que humana providencia.

Los milagros que se tocaron en estos festivos concursos fueron singularísimos. Cocíanse los toros en calderas muy grandes, y en ollas como pequeñas tinajas; y sucedió muchas veces romperse con la violencia del fuego las unas y las otras, pero sin derrame ni desperdicio de la carne y bodrio. No se podía guisar toda la carne junta, siendo tanta, y era preciso sacar la ya cocida para poner la cruda; pero en este trasiego de carnes, ni menguaba, ni se vertía el caldo. Al tiempo del repartimiento, siendo, á

juicio de los cocineros, imposible que alcanzase á la innumerable muchedumbre de los pobres, la experiencia desmentía á aquéllos, porque después de quedar todos hartos, sobraba mucho para nuevas refecciones.

Contaban estos milagros en tiempo del Rey D. Duarte, que asistía con su corte los más de los años á esta fiesta; pero su cocinero, **que tenía estragado el gusto de la devoción, y de mala guisa el oído para la fe en estos milagros, quiso, como incrédulo, hacer experiencia.** Hizo limpiar con especial cuidado el sitio que había de servir de hogar para las calderas y ollas; llenólas de todo lo necesario para el cocimiento; dispuso por su mano la leña para darle fuego á su tiempo, haciendo como de apuesta testigos que calificasen de razonable su incredulidad; y estando en este tesón vieron cuantos se hallaban presentes; que de toda la circunferencia del hogar salían repentinamente lenguas de fuego que en un instante encendieron toda la leña, y con la elocuencia de sus luces confundieron la dureza y perfidia del cocinero **quien espantado al ver aquel fuego milagro-**

samente producido, se hacía también lenguas para publicar el prodigio, con arrepentimiento de su imprudente incredulidad.

En confirmación de cuán agradable fué á los ojos de Dios la dedicación de esta iglesia y el fervoroso celo de la Reina en la suprema adoración y culto del Espíritu Santo, sucedió en los siguientes años el milagro siguiente. Ofrecía todos los años la Santa Reina un cirio de cera muy grande, para que en los tres días de Pentecostés y en las fiestas más solemnes del año ardiese en el altar mayor. Picó un año en Alenquer una contagiosa epidemia, de que moría mucha gente, y ya corría la voz de que el pueblo estaba apesado, y los lugares circunvecinos se retraían de su comercio, dejándolo aislado. Afligidos sus habitantes, pidieron al Gobernador que negociase con el Clero que se hiciesen públicas rogativas por aquella contagiosa plaga, pidiendo á Dios misericordia. Determinóse hacer general procesión, llevando en ella encendido el cirio que ofrecía la Santa. Hizose así con tan feliz suceso, que desde el punto que salió la procesión mejoraron los

enfermos, y cesó enteramente la epidemia pestilente.

Todo el tiempo que duró la obra á que asistió tan fervorosa Soberana, se vió un milagro patente de su humildad, eslabonado con otros muchos milagros de su santidad admirable. A un lado de la iglesia del Espíritu Santo corre el río que baña los campos de Alenquer, en cuya margen tenía la Santa un palacio ó quinta á que se retiraba para sus ejercicios espirituales. Bajábase á las orillas del río con pretexto de recreación, no para mirarse en el lisonjero cristal de las aguas, sino para lavar con sus manos los paños de los pobres enfermos del hospital. ¿Quién puede negar que en tanta soberanía sea éste un milagro de la humildad? Para llegar al supremo ápice de heroica humillación, ha de nacer de la grandeza, porque los que nacieron en baja fortuna, tienen lo más andado para ser humildes; pero los que tuvieron alto nacimiento, tienen mucho que bajar para humillarse. ¡Dichosos los que, puestos en lo sublime de la altura, saben servirse de la escala firme de los desengaños

para bajar humildes á tocar en la tierra de su principio, pues éstos bajan para subir más; y debieran estar muy seguros de que la luz de su grandeza, tocando en las cenizas de su propio conocimiento, no sólo se apaga, pero se mejora en esplendores de estimación!

Lavaba en el río la Reina los paños asquerosos del hospital, y aunque como humilde procuraba cautelarse en este ejercicio, no bastaban sus diligencias á los acechos de la curiosidad, que es muy lince y estaba ya cebada en las noticias de su admirable virtud. No quiere Dios que queden ocultas las virtudes de los que nacieron en el mundo grandes, porque es mucho el fruto que negocian con sus ejemplos, y éstos compensan los daños que los vicios de otros grandes fomentan con sus escándalos. Eran muchos los testigos conspirados á publicar esta humildad ejemplarísima, y adonde son muchos los testigos, poco lugar tiene la cautela y el secreto. Los paños que lavaba eran testigos, porque fuera poco que de sus manos saliesen con limpieza, si no sacasen también pe-

gada la contagiosa gracia de la suavidad que en el hospital se daba á conocer con milagrosos efectos.

Era también testigo el río, la lengua de cuyas aguas, olvidando el vicio de la murmuración, se derramaba en sus alabanzas, agradecida de la virtud de sanar que lograba con el contacto de sus manos; gracia que le puso en presunciones de ser émulo del Jordán. Arrojábanse en sus orillas los enfermos á quienes daba en sus aguas bebidos los remedios de sus dolencias. Pondera estas maravillas el Ilmo. D. Fernando Correa, Obispo de Oporto, que escribió la historia de esta Santa, por estas palabras formales: "En cuanto corrían las obras de la iglesia, corrían también los milagros en el río; porque honrando la santa Reina sus plateadas márgenes para lavar los paños del hospital, en virtud del contacto de sus manos, sanaban muchos enfermos de dolencias incurables; los ciegos vieron, los tullidos anduvieron, sanaron los leprosos, gozando aquel feliz río efectos del Jordán sagrado." Todas son palabras suyas, en el folio ciento y noventa y dos.



## CAPÍTULO IX

---

ESTABLÉCESE LA FIESTA DE LA CONCEPCIÓN DE MARÍA, SEÑORA NUESTRA, EN EL REINO DE PORTUGAL, Á INSTANCIAS DE LA FERVOROSA DEVOCIÓN DE SANTA ISABEL.—LA PRIMERA CAPILLA QUE SE ERIGIÓ Á ESTE DULCÍSIMO MISTERIO FUÉ Á EXPENSAS SUYAS.—VISITA EL CUERPO DE LA GLORIOSA VIRGEN Y MÁRTIR SANTA IRENE, CON ESTUPENDAS MARAVILLAS.

**H**ALLÁBASE Santa Isabel en la ciudad de Coimbra, con sumo desconsuelo de las turbaciones del reino, promovidas por la obstinada ambición y orgulloso natural de su hijo el príncipe D. Alfonso, que, inobediente á su padre y rebelde á su Rey, tenía puestas en armas todas las ciudades, llenas de sangrientos estragos y lastimosas tragedias.

Lloraba esta santa madre los desafueros de su hijo, á quien no podía vencer ni con la fuerza de sus razones, ni con la bondad de sus consejos. En este tropel de males públicos, acongojado su corazón, no hallaba más recurso para el remedio, que intentar extinguir el fuego de las iras del cielo con el diluvio de sus lágrimas, tomando por Abogada y Protectora en sus oraciones á la Madre de las misericordias, María Santísima, á quien amaba con suma ternura.

Comenzaba entonces á tomar vuelo la devoción al Dulcísimo Misterio de su Inmaculada Concepción, y deseaba merecer las piedades de esta gran Señora con algún obsequio que ampliase su culto. Para este intento tuvo devotas conferencias con el Obispo de Coimbra D. Raimundo, varón doctísimo y de virtudes insignes, á quien no arrebató el furioso torbellino de las sediciones civiles y se conservó con tranquilidad de ánimo, empleado todo en apacentar con sana doctrina á su ovejas. Oyó el Obispo con aprobación la devota propuesta de la Reina; pero como *docto y prudente* pidió tiempo para entrar

en negocio tan grave con maduro acuerdo. Habiéndolo pensado bien, determinó obligar á María Santísima para que fuese medianera con su Santísimo Hijo en el remedio de tantas y tales calamidades; hacer y promulgar una Constitución en que mandaba que en todo su obispado, en el día ocho del mes de Diciembre, se celebrase fiesta á la Concepción Inmaculada de la Virgen María. En esta iglesia catedral se celebró esta fiesta la vez primera, y de esta pasó y se derivó á todas las catedrales del reino de Portugal, con mucha gloria de la Reina Santa y de este virtuoso Obispo, que celosos uno y otro de la mayor honra y culto de la Emperatriz del Cielo, le consagraron este reverente obsequio (1).

Cuando se promulgó el referido Decreto, hallábase la Reina en Lisboa, á tiempo que aun no estaba concluída la fábrica del convento de la Santísima Trinidad, á la cual había concurrido la Santa con muy largas expensas. Gozosa ya del buen efecto que habían tenido sus devotas conferencias con *el Obispo de Coimbra*, quiso que constase el

cordial amor que tenía al Misterio de la Concepción Inmaculada de su divina Protectora María Santísima, en alguna demostración, tan costosa como durable; y para este efecto eligió sitio capaz en aquella iglesia, donde se levantó una hermosa y magnífica capilla dedicada á aquel Misterio!

El Obispo D. Fernando Correa, quiso decir algo de la singularidad que hubo en la costosa fábrica de esta capilla; en que parece aludir á la fábrica del templo de Salomón, en cuya construcción se sentaron las piedras sin que fatigasen los oídos los ruidosos golpes del martillo y escoda. Pondré sus palabras formales: "Es fábrica, dice, que edificó una Santa Reina á la original inocencia de la Reina de la gloria; y se figuró en el Altar en el cual no hubo piedras cortadas, pues todas ellas fueron enteras; porque como levantar el cuchillo bastaba para que el Altar se manchase, para que no se manchase el Altar no se levantó el cuchillo; y un cuchillo depuesto puede defender á un Altar sagrado., Hasta aquí el autor; que si no quiso decir lo que dejo insinuado, se habrá de entender por.

bizarria del estilo, que le gasta sublime y elegante. Propagóse con ejemplar tan soberano la devoción de este misterio en Portugal. ¡Triunfo glorioso y no el menor entre los mayores que hacen dulce la memoria de esta religiosa Reina!

El ardiente celo que la Santa tenía del bien público de su reino, estragado con los insultos de las discordias civiles, la trafa en movimiento continuo de unos lugares á otros, visitando los más devotos Santuarios para alcanzar de Dios misericordia con el establecimiento de la paz. Salió de Lisboa para Santarén; y como la excelencia de sus virtudes heroicas iba de día en mayores aumentos, los calificaba Dios con mayores milagros.

Ahora veremos al celebrado Tajo, con presunciones de Jordán; pues si éste supo apriar sus rápidas corrientes, arrolladas en montañas de blanca espesura, para dar paso franco al Arca del Testamento, el Tajo supo macizar sus líquidos caudalosos en murallas firmes de cristal, descubriendo el tesoro de sus doradas arenas para que las pisase con

planta libre y segura esta Reina, y llegase á registrar el milagroso sepulcro que formaron los ángeles al cuerpo virginal de la gloriosa mártir Santa Irene (2). Este caso, á todas luces maravilloso, pasó así:

Salió nuestra Isabel á pasearse por las riberas del Tajo, hacia aquella parte en que, según la tradición, ocultan las aguas el sepulcro de Santa Irene; y como el corazón que vive todo embebido en las dulzuras del amor santo en todo encuentra motivos para las alabanzas divinas, oyendo referir la prodigiosa historia de Santa Irene, á quien, habiéndola sepultado la crueldad para ocultar sudelito en la profundidad de aquel río, quiso Dios que en sus cristales la fabricasen los ángeles mausoleo; con lo que se encendió en vivos deseos de ver esta maravilla. Llegóse con estas ansias devotas á la orilla, y quiso el Señor que las aguas, lisonjeras á su deseo, y á su virtud reverentes, se dividiesen, dejando franca la entrada para que llegase á registrar el sepulcro, ya patente, corridas las líquidas cortinas que ocultaban su rico depósito.

Quedó pasmada al ver detenidas y amontonadas las corrientes, que presurosas antes se precipitaban, formando de su inconstante plata calle de oro en las enjutas arenas, para que llegase á lograr sus deseos su devoción. Suspendióse doña Isabel, hallándose indigna de favor tan soberano; pero haciendo reflexión en que fuera dejar inútil y sin fruto este prodigio si se dejase vencer de los encogimientos de su humildad, se entró con intrépida confianza á lograr las cortesanas del Tajo, que dejó á su madre por servir á su Reina. Llegó con su comitiva al santo sepulcro, á quien una vez sola, casi siete siglos antes, registraron ojos humanos. Cuanto en él se vió fué maravilla, porque la fábrica era tan primorosa, que excedía á todo arte de la industria humana, y sólo podía ser obra de idea angélica. Descubrióse el original tesoro que ocultaba tan preciosa arca, y vióse tan entero, tan floreciente y tan incorrupto como si no hubieran pasado por él tantos siglos, teniendo bañada la nieve de su garganta con la púrpura de su sangre.

El río, que suspendió su curso para mani-

festar esta incorrupción milagrosa, pudiera glosarse su suspensión á pasmo, cuando á vista de tamaño prodigio corrían tantos ríos de lágrimas cuantos eran los ojos que le miraban; con lo que parece como que sobaban sus corrientes. Veneró la augusta dama á la santa mártir, alabando á Dios, admirable en sus Santos, y se mantuvo en oración largo tiempo, porque suspensas las aguas dieron lugar para que se hiciese cumplida y espaciosa la visita, desde la media tarde hasta que el sol quería sepultarse en el ocaso. La Reina entonces, llevando delante de sí su comitiva, tomó el camino á las orillas, y las aguas, libres ya de su embargo, empezaron á cubrir ambiciosas su antiguo tesoro, pero con paso tan lento, que observaban los que daba la Santa para ocupar el lugar que sus pies desembarazaban.

Iba en seguimiento de la Soberana un muchacho con paso más perezoso que el que permitían las prisas con que el Tajo iba desmontando sus aguas, las que le sorbieron y sepultaron en su rápida corriente. Estaba la madre del muchacho á la orilla, y viendo la

fatalidad de su hijo, daba lastimosas voces, llorando que para ella sola fuese desdicha, lo que había sido felicidad para tantos aquella tarde. Llegaron los tristes clamores de la mujer á los piadosos oídos de la Reina, que ya caminaba á la villa, y arrebatada de los impulsos de su compasión y más de los fervores de su fe, pidió á la Santa Mártir que alcanzase de Dios la vida de aquel niño, y que día tan santamente festivo no le desgraciase un azar tan lastimoso. Oyó el Señor sus afectuosas oraciones, y el Tajo, bien hallado en el servicio de su Reina, repitió el obsequio dividiendo sus aguas y entregando al rapaz vivo y sano.

En memoria de tan asombrosos milagros, y en justa gratitud á la santa mártir Irene, de quien era doña Isabel devotísima, mandó levantar en aquella orilla del río un real y magnífico padrón que encomendase á la posteridad este admirable suceso, y señalase el lugar cierto donde está cubierto de las aguas el santo sepulcro que se tenía del todo olvidado. Este padrón permanece con nueva maravilla, pues siendo tantos los desper-

fectos y ruinas que ha ocasionado el Tajo en sus impetuosas inundaciones, parece que respetuoso venera la eminencia de este edificio, exento y privilegiado de sus furias.

No sé si en este tiempo, saliendo la Reina de Santarén para Lisboa, habiendo tenido noticia de la temprana muerte de su hija doña Constanza, reina de Castilla, le salió al encuentro un ermitaño venerable, y la dijo: "Señora, vuestra hija doña Constanza, reina de Castilla, se me ha aparecido, y me manda diga á Vuestra Majestad que está padeciendo en el purgatorio acerbísimas penas, y que el medio de salir de sus tormentos á gozar de la bienaventuranza, será el que Vuestra Majestad compadecida, mande se le diga todos los días una Misa por un sacerdote de conocida virtud (3), durante el espacio de un año."

No reparó la Reina, suspensa con la turbación de esta peregrina noticia, en hacer que detuviesen sus criados al ermitaño; pero más que turbación y descuido, fué acuerdo de la divina Providencia para que tuviese efecto el alivio de aquella bendita alma de

su hija (4) Desembarazada la Santa de aquella primera turbación, y del natural sentimiento de que no se exime por privilegio la virtud más sublime, ni la Majestad más suprema, hizo reflexión en el suceso, y llegando á la villa de Asambuja mandó que se hiciese toda diligencia para buscar al ermitaño, y no se halló vestigio alguno de que tal hombre, ni en el traje ni en las señas, hubiese en aquellos contornos.

Dió parte al Rey de este suceso, y ambos le tuvieron por misterioso, y más cuando en una obra tan piadosa y tan santa no podía tener fruto alguno la superstición diabólica. Encomendó la Reina estas Misas á un sacerdote capellán suyo, llamado Fernando Méndez, varón de vida ejemplarísima y por su virtud famoso. Ejecutó éste con puntualidad y devoción el encargo que tenía, y habiendo cumplido el año, la noche misma del día en que celebró la Misa última, estando dormida la Reina, se le apareció en sueños su hija Constanza, vestida de una ropa talar, cuya blancura excedía á la de los más puros armiños, y bañada de resplandores de glo-

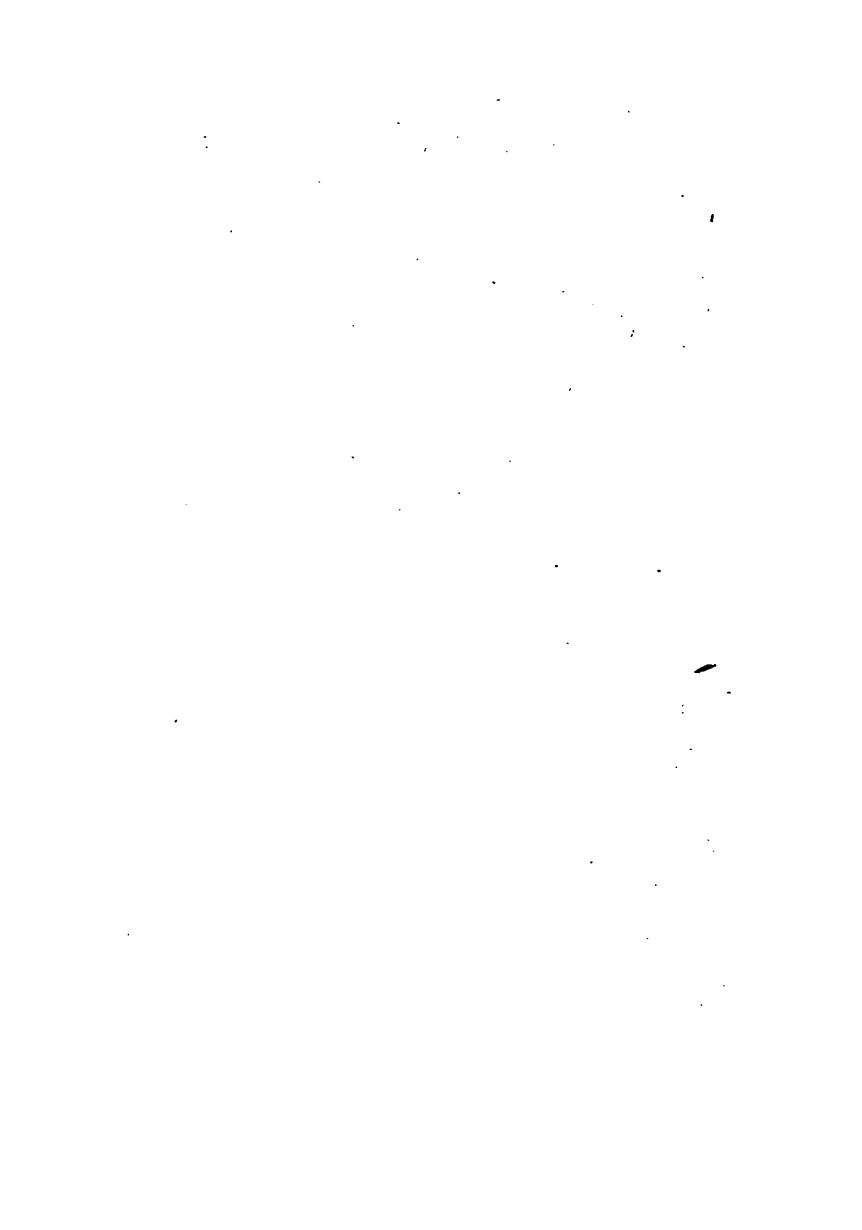
ría; y dió á su madre las gracias de la misericordia que había obrado con ella, sacándola, por medio de las Misas, del tormento de sus penas, para ir á gozar de Dios por eternidades.

Despertó alborozada, y dijo al Rey lo que le había pasado en el sueño; pero no hicieron mucho caso, porque distraídos ambos en el espacio de un año en variedad de negocios, no se acordaban si se hubiese cumplido el año de las Misas. Salió la Reina aquella mañana á su capilla á sus cotidianos ejercicios, y el Capellán Fernando Méndez la dijo: "Señora, ayer se cumplió el año de las Misas que Vuestra Majestad me tiene encomendadas, y están dichas todas: vea si tengo de celebrar más, y déme Vuestra Majestad la orden.,"

Quedó la Santa llena de júbilo y admiración, viendo á un tiempo mismo descifrados los misterios del ermitaño no conocido, y los oráculos del alegre sueño; y conocieron que fueron todos celestiales avisos para el consuelo de los Reyes, que estaban muy lastimados con la muerte de una que dejó el

mundo en la florida edad de veintitrés años, oprimida de calamidades, y quedaron muy gozosos, sabiendo que dejó la corona temporal de Castilla por la eterna de la gloria.







## CAPÍTULO X

---

DASE BREVE NOTICIA DEL CÚMULO DE VIRTUDES QUE PUSIERON Á SANTA ISABEL EN LA EMINENCIA DE LA PERFECCIÓN.

**F**ÓRMANSE en el taller y obrador de las virtudes las bellas estatuas que levanta la fe de la Iglesia en el templo de la inmortalidad, para que sirvan de ejemplo á los mortales que con santa ambición aspiran á esta gloria. Es muy eminente la estatua que erigió la Providencia divina en Santa Isabel, para idea de Reinas y Princesas perfectas, que sepan hacer más venerable y más preciosa la Majestad y la grandeza con el esmalte primoroso de las virtudes, que á *pesar de las tiranías del tiempo conservan*

eterna su memoria, grabadas en la incorruptibilidad del cielo, en cuya comparación son leve polvo y caduca ceniza los bronce.

En lo escrito hasta aquí dejo dadas no obscuras noticias de las virtudes heroicas de esta gloriosa Santa; pero no las que bastan para apagar la sedienta curiosidad de la devoción. Tuvo las virtudes teologales en grado eminente; la fe era el norte fijo de sus operaciones; sus altísimos misterios ocupación de su memoria, altar en que tenía sacrificado su entendimiento, centro adonde caminaba su voluntad, arrebatada del peso de su amor. Prueba convincente de su fervorosa fe era el celo de su propagación, y evitar los peligros de que la profanase la inconstancia de los que vivían esclavos en poder de infieles. Gastó por este motivo, en redención de cautivos, inmensas cantidades, y ayudó con limosnas muy largas á los misioneros que se ocupaban en la conversión de los idólatras y mahometanos.

La virtud moral de la religión, que es á la fe la más inmediata y la que con ella más simboliza, la ejercitó en tantas grandiosas

fábricas como consagró al culto del Dios verdadero, en cuyas expensas se canonizaron los excesos con portentos. La virtud magnánima de la esperanza resplandeció en su corazón, manifestando el altísimo concepto que tenía hecho de la misericordia divina, para vencer los desmayos que ocasionaba el bajísimo concepto que hacía de su miseria propia. En las empresas colosales de su vida, venció monstruos de dificultad con la intrepidez animosa de su confianza.

El temor santo filial, compañero fiel de la esperanza, le tuvo en grado heroico, sin el menor asomo de servil, pues no la movía el miedo de la pena, y tenía por origen al horror de la culpa. Este afecto generoso era en su corazón tan sobresaliente, que no trabajaban poco los confesores en atajar sus nimiedades; pues al paso que se alejaba del escollo de la presunción, pudiera ladearse á la desconfianza. De este temor santo nacía aquel pésimo juicio que formaba de sí, aterrada con el conocimiento de su miseria y fragilidad; y todas las calamidades y trabajos que por las sediciones civiles se padecían en el

reino, las miraba como castigo de sus culpas y azote de sus ingratitudes; consideración en que vertía mares de lágrimas.

Su caridad era admirable, cuyos dulces sentimientos explicaban en la oración la ternura de sus ojos y el encendimiento de sus mejillas. Es el amor divino todo fuego, y se manifiesta en los incendios por lo que abraza, ó en el llanto por lo que liquida. Es el amor santo todo actividades y diligencias; y esta Santa en el servicio de Dios era tan oficiosa, que no cesando en obrar para darle gusto, todo lo que obraba se le hacía muy poco y se quejaba de que se le pasaba la vida en ociosa calma. La extensión de la caridad en el amor de los prójimos, queda abundantemente ponderada en la misericordia grande que ejercitó con los pobres; pero á más de lo dicho en este punto, se explicó con mayores ventajas en un año tan fatal de hambres que padecieron los dos reinos de Castilla y Portugal, en que se caían los hombres muertos por la falta de sustento, y andaban por los campos paciendo como brutos.

Compadecida la Santa de necesidad tan

---

extrema, gastaba sus tesoros en solicitar para los pobres alimento á precios tan subidos, que hubo de deshacerse de buena parte de sus más preciosas alhajas. Viendo los ministros de su palacio que daba todo cuanto tenía, la quisieron ir á la mano, representando el aprieto en que podía verse su propia familia por su poca ó ninguna reserva; pero era más persuasiva su lástima para que diese, que la ponderada representación de sus ministros para que encogiese la mano, y así decía: *que no quería ser cómplice en la muerte de aquellos que podía matar el hambre, pudiéndola evitar con su socorro; y que cuanto al peligro de su familia, se dejaba confiada en la divina Providencia, porque no permitía la piedad cristiana que se quedase sin remedio una calamidad cierta y presente, por el vano temor de otra contingente y futura.*

Las virtudes cardinales son la piedra cuadrada en que se apoya con seguridad y firmeza la eminente fábrica de la cristiana y mística perfección. La prudencia, virtud nobilísima, es la sal que sazona todas las vir-

tudes morales; la que las conserva en el medio conveniente, para que ni se vicien por el exceso, ni se menguen por la cortedad. Para el acierto de sus operaciones tiene por dictamen de la razón, en cuyo ejercicio procura desvelarse especulando y reduciendo á la práctica aquello que entiende ser más conforme y razonable. Fué la prudencia de esta Santa muy singularmente grande, calificada en el gobierno de toda su vida desde su inocente niñez, poniendo en orden discretísimo sus operaciones dirigidas á Dios, su último fin; eligiendo para su consecución los medios más útiles y convenientes, y cautelando los peligros que pudiesen embarazar ó atrasar sus fervorosos deseos y santos propósitos. La prudentísima economía con que gobernó su familia y palacio, ya la dejamos ponderada. Tuvo para el realce de esta virtud el don provechoso de consejo, con cuya dirección se atajaron en sus reinos perniciosos daños y se consiguieron grandes utilidades. Era su entendimiento en lo natural clarísimo y excelente, asistido de sana intención é ilustrado con superiores luces del cielo: á estas

raras cualidades debióse el que lograrse ajustar importantísimos negocios concernientes al bien público en las civiles disensiones de su esposo y de su hijo, en que, templando las iras al padre y corrigiendo las sinrazones del hijo, mereció que la venerasen sus vasallos con el glorioso renombre de la *Abigail de la Ley de gracia*.

La justicia tuvo en su corazón lugar muy eminente: manifestóla en el ardiente celo que tenía del bien público, y en la solicitud que puso para estorbar los escándalos perniciosos que podían deteriorarle. Sabía que la razón es el alma de las leyes, y no permitía que por respeto alguno humano se enflaqueciese y debilitase la virtud legislativa que la goza por fuerza de la razón, y se arguye que está enfermiza y débil la razón, si les falta á las leyes su vigoroso aliento para corregir los delitos. Siendo de natural sumamente compasivo, jamás interpuso su autoridad para que se suspendiesen los suplicios de aquellos que entendía estar justamente condenados; y dejando mortificada á su compasión con el afecto de la justicia, desaho-

gaba su misericordia mandando hacer oraciones y sacrificios para que muriesen con resignación, y después de muertos para que gozasen, libres de las penas del purgatorio, su eterno descanso. Alargábase su piedad á las mujeres, hijos y dependientes de los ajusticiados, solicitando su consuelo y alivio, lastimándose mucho de ver padecer á la inocencia por culpas ajenas.

Si sabía que en alguna causa criminal se usaba alguna violencia, ponía todos los esfuerzos de su autoridad para atajarla; porque con santa impaciencia llevaba muy mal que la pasión trinchase en la mesa de la justicia, haciendo platos ó para engordar á la codicia, ó para alimentar á la venganza. En puntos de justicia conmutativa, celaba la igualdad con el ardimiento mismo que ejecutaba en la punitiva su santo celo. En la provisión de prebendas eclesiásticas y de gobiernos civiles que tocaban á sus dotales feudos, no conocía más pretensión que la que se fundaba en el merecimiento, ni más soborno que el de la buena fama, equidad y virtud.

Es cosa digna de ponderación, que siendo esta Santa de corazón tan compasivo y piadoso, jamás se pasó del bando de la justicia al de la piedad; hablo de aquella piedad viciada que deja quejosa á la justicia; y es porque en su entendimiento estaba muy puesta en su lugar la razón, y conocía que en hacer una piedad se hace lo que se quiere, y en hacer una justicia lo que se debe; y son cosas muy diferentes hacer beneficios y pagar deudas: hacer beneficios pertenece á la benignidad; pagar deudas á la obligación.

He hablado de esta virtud de la justicia como contraída á persona tan soberana como una Reina, cuya autoridad tenía influjos en el gobierno público y universal, porque hablando de ella como limitada á una persona particular virtuosa, tengo dicho todo lo que le toca, que es la observancia de la rectitud y equidad en pensamientos, juicios, palabras y obras que miran á sí y á los prójimos, y ésta queda expresada en el arreglamiento de su santa vida.

La fortaleza que pide un corazón magnánimo y de muy dilatadas márgenes, tuvo en

el de esta Santa campo muy espacioso para explicar sus valentías. Conocióse su constancia en el desprecio de los peligros, y en el vencimiento de las dificultades que se ofrecían en las gloriosas empresas de su virtud y celo ardiente de la mayor gloria de Dios. Los agravios y desprecios que sufrió por la diversión y distraimiento de su marido, le pareció poco disimularlos como prudente, padecerlos como humilde, perdonarlos como amante y caritativa, si no los hubiera sabido ahogar como magnánima con el raudal de beneficios.

La osadía valerosa con que entraba á solicitar la paz y quietud de su reino, apagando el furioso incendio de las guerras civiles, sin que le asustasen los enojos de su esposo, ni la desalentasen las obstinaciones ambiciosas de su hijo, se debía á la virtud de su invencible fortaleza. La inalterable mansedumbre que conservó en tanto tropel de trabajos como padeció en el discurso de su vida, sin que el dolor la mereciese aquel ligero alivio que del mismo sentimiento y agravio suele experimentar en la queja un corazón obliga-

do, parte legítima era de su fortaleza. La constante presencia en las virtudes para cuyo ejercicio tenía limitados los poderes por el imperio de su esposo, dando vencida con la experiencia aquella dificultad tan ponderada, de que no caben en el vanidoso y lisonjero estruendo de los palacios el silencio, la soledad y desengaño que tan fáciles son en los desiertos, trofeo fué glorioso de su fortaleza. Y, por último, yo no encuentro período en su larga vida en que no hable con energía y elocuencia esta gran virtud.

La virtud de la templanza, que es rectora y corregidora— así la llamó el dulcísimo San Bernardo,— que refrena los apetitos, y modera los impulsos violentos interiores y exteriores de las potencias y sentidos del alma y cuerpo que se desvían ó resisten al recto imperio de la razón, la practicó esta Santa con primores admirables. Resplandeció en ella la luz de la Majestad sin humor de presunción, uniendo en hermoso maridaje la humildad con la soberanía. Consiguió la paz y tranquilidad de su espíritu, rindiendo á los enemigos domésticos de la carne y sangre,

que á sugerencias del amor propio hacen guerra civil al alma. En la abstinencia y sobriedad fué muy rigurosa, como lo comprueban sus muchos ayunos, que duraban la mayor parte del año.

Ayunaba cuatro Cuaresmas; la común de la Iglesia; la del Adviento, empezando desde el día de Todos los Santos hasta la **Natividad** del Señor; la de la **Asunción** de **María Santísima** y la del glorioso arcángel **San Miguel**; y en el resto del año, desde su edad mediada, tres días en la semana; y á pan y agua los viernes.

Esta excesiva abstinencia en una Señora tan delicada, pudiera padecer nota de temeridad, en que se aventuraba la salud y vida, á la utilidad pública tan importantes; pero se purga de esta nota habiéndola ejecutado por superior y divino impulso, regulado por el juicio del Confesor, y permitido con licencia del Rey, que aunque en los primeros años de su matrimonio señaló éste cotos á sus fervores, le desengañaron las apariencias, y conoció que virtud tan singular no debía cefirse á comunes leyes de humana providencia.

A esta virtud de la abstinencia reducen los autores que escriben su vida, dos milagros que obró el Señor con su sierva estando enferma en Alenquer; en que para reforzar la debilidad de su estómago se convirtió en dos ocasiones el agua en generoso vino. Pero yo siento que este milagro fué premio de su abstinencia y sobriedad, y no efecto; porque convertirse el agua en vino en caso de haber penuria de este líquido, fuera milagro; pero no siendo creíble que aquí faltase el vino, fuera la conversión impertinente.

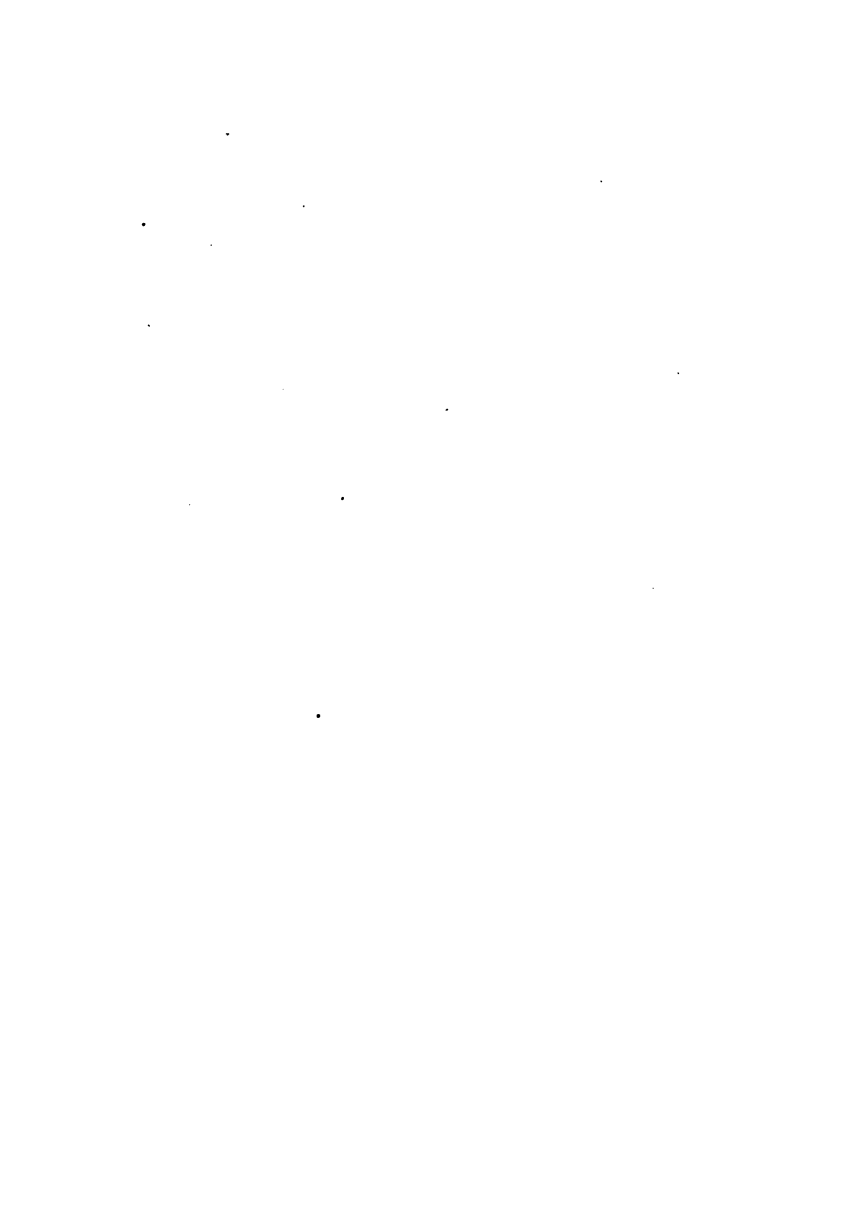
Yo tengo entendido muy al contrario este milagro; y que no estuvo en que se convirtiese el agua en vino, sino viceversa, en que se convirtió el vino en agua. La Reina no bebía vino, y tenía aquella aversión y horror que tienen las personas que no le beben, que aun del olor se fastidian: sintieron los médicos que para templar el dolor y confortar la debilidad del estómago de la paciente convenía que tomase algunos sorbos de vino, y se lo recetaron por remedio. Rehusaba doña Isabel el medicamento, por el asco que le inspiraba, y por otra parte no se atre-

vía á dejarlo por la precisión importante de su salud, á que no podía faltar sin escrúpulo, y resolvióse á tomar el remedio; pero Dios, que amante de sus escogidos sabe atemperarse á sus necesidades, dispuso que, bebiendo el vino, no percibiese sus accidentes de olor y sabor, que la podían dar fastidio, y que en la substancia bebiese el vino que la había de hacer provecho.

Estuvo, pues, el milagro en la suspensión del concurso divino, para que los dos sentidos del olfato y gusto no percibiesen en el olor y sabor sus objetos debidamente aplicados, y que pasase la substancia del vino en quien estaba la virtud confortativa, á dar el efecto de la sanidad, templando el dolor y corroborando la flaqueza del estómago. Muy parecido á éste fué el milagro que con el Seráfico Patriarca obró la Omnipotencia, cuando en el cauterio de fuego que ordenaron los médicos para la curación de sus ojos, abrasó el fuego la carne, sin que el Santo sintiese dolor alguno. En ambos Santos premió Dios el sacrificio que habían hecho de su salud en las aras de la penitencia, y quiso

que la naturaleza, postrada al rigor de sus enfermedades, cuando tenía horror á los remedios, no sintiese en la curación los temidos desabrimientos.







## CAPÍTULO XI

---

DEL INCANSABLE Y FERVOROSO CELO QUE TUVO  
SANTA ISABEL EN PACIFICAR DISCORDIAS, Y  
DE LOS FELICES SUCECOS QUE LOGRÓ SU SAN-  
TO CELO.

**D**IJE que Santa Isabel fué en la Iglesia un arco celestial y animado iris que puso Dios para feliz anuncio de la paz; y como el iris, cuando se deja ver en la región del aire, asegurando la serenidad, hace ostentoso alarde de la variedad hermosa de sus colores, así esta Santa en las agencias que puso para establecer la paz en su propio y extraños reinos, hizo reseña de sus virtudes; pues en estas agencias ya la veremos humilde, ya magnánima, paciente, liberal, caritativa, devota, formando de todas un conjunto

maravilloso para la admiración y para el ejemplo. Nació con ella la paz en la casa de sus padres: para salir de la casa de sus padres tenían ya sus oraciones y su celo, desterrada la discordia civil que empezaba á encenderse en el reino de Portugal. De todo lo cual tengo dadas noticias en el capítulo cuarto, dejando para éste las siguientes:

Aunque las desavenencias y disgustos que tuvo al rey D. Dionisio con su hermano don Alfonso se ajustaron antes que se casase con Santa Isabel, con el pacto y convenio de que demoliese el Infante las murallas que tenía en construcción en la villa de Vide, no fué tan firme este ajuste que no descubriese pocos años después el fuego de la discordia, que quedó cubierto y no apagado con las cenizas de político disimulo. Pretendía el Infante que le pertenecían por derecho hereditario las villas de Portalegre, Marbaon, Arronches y el castillo de Vide, lugares fuertes que estaban en los confines de Castilla, á lo cual se oponía el Rey, recelándose de que diese el Infante las manos con los castellanos, con grave perjuicio y peligro de su Corona.

Sobre este punto, cuyas circunstancias y dependencias no pertenecen á esta historia, llegaron ambos hermanos á tomar las armas, y el Rey tuvo al Infante cercado dos veces, una en Arronches y otra en Portalegre, de que resultaron sangrientos estragos. Crecían éstos cada día con nuevos agravios que, provocando á la venganza, hacían más implacable la guerra. La santa Reina sentía con dolor inconsolable esta perniciosa rotura de la paz, en que, ó se acababa de perder enteramente el Infante su cuñado, ó estaba aventurada la corona del Rey su marido. Habiendo, pues, vertido muchas lágrimas pidiendo á Dios la paz del reino, se resolvió á salir á la campaña en busca de su esposo para tratar de ajustes con su hermano. El Rey no quería venir en transacciones, como no fuese e' que los lugares mencionados no quedasen en poder del Infante, y que sólo vendría en darle otros, ó equivalentes ó mejores, en el corazón de sus Estados.

Propuso este medio la Reina al Infante, el cual vino en este ajuste como se le diese por las villas que dejaba en los confines de Cas-

tilla, entre otras, las dos villas de Sintra y de Obre. La villa de Sintra era feudo dotal de la Reina; pero ésta, ambiciosa de la paz, que era su más preciosa margarita, alargó con gran bazarria su villa, haciéndola precio de la paz. En esta forma cesó la discordia, se dejaron las armas, restituyóse el Infante á la gracia y obediencia del Rey, y el reino debió á su Santa Reina la serenidad cuando estaba tan á pique en tan deshecha tormenta. El Monarca, agradecido á la galante liberalidad de su cónyuge, la dió en recompensa de Sintra las dos villas de Leyría y Arruda.

Concluídas estas paces, se movieron nuevos litigios entre las dos Coronas de Castilla y Portugal, cuyo ajuste les pareció á ambos reinos no podía tener efecto sino por las armas. Hallándose en La Guardia el de Portugal con la Reina, mandó publicar la guerra, cuyo rompimiento tocaba y hacía su efecto en las telas del corazón de la Santa. Su recurso en estos desconsuelos era á la oración y á sus lágrimas, juzgando de sí que tales y tantas discordias, de que resultaban contra Dios enormes culpas y á la cristiandad ho-

ribles calamidades, eran todas castigo de sus culpas. Negoció con el Rey su marido que se avistase con el de Castilla antes que las tropas se pusiesen en campaña; tuvo efecto esta petición, y de común acuerdo se vieron los dos Reyes en Ciudad Rodrigo, y se ajustaron, quedando por entonces en suspensión las armas.

No sé qué tienen de azarosas y poco afortunadas las vistas y conferencias de unos Reyes con otros, pues pocas son las veces que producen buenos efectos y no resultan quejas; ni sé que pueda ser otra la causa que el ser en estos lances árbitro sólo la razón de Estado, con quien pesa más la fuerza del interés que la fuerza de la razón; con que no valiendo la fuerza de la razón, que es en la verdad razón, triunfa la razón de Estado, que es razón sólo por fuerza. Rompieron poco después ambos Reyes la guerra con furiosas hostilidades y sangrientos destrozos de una y otra parte.

Renovóse en el corazón de la Reina la herida y el dolor; y haciendo rogativas públicas por la paz, fué oída de Dios su petición.

Tratóse, en consecuencia, de ajuste de paces, y acompañó la Reina á su marido hasta la villa de Alcañices, donde se vieron con el de Castilla. El ajuste fué dándose de una á otra parte fiadores para la unión, tan abonados como casar los Reyes de Portugal á sus dos hijos D. Alfonso y doña Constanza con los dos hermanos, D. Fernando, Rey, y doña Beatriz, Infanta de Castilla. Quedó la Infanta de Portugal en poder del Rey D. Fernando, y la Reina Santa Isabel se llevó consigo á doña Beatriz, á quien los portugueses nombran doña Brites.

Nuevas y no ménos peligrosas asonadas guerras se oyeron en Castilla por la sedición del infante D. Juan y de D. Alfonso de la Cerda, rebeldes al rey D. Fernando; interesándose en estas turbaciones el rey don Jaime de Aragón, y no estando fuera de ellas el de Portugal, aunque no tan declarado. El desconsuelo de la Santa Reina en esta fatal discordia era mucho, por la grande conexión que tenía con todos. El rey de Castilla era su yerno, el de Aragón su hermano, el de Portugal su marido, con que los

reveses de la fortuna, que es en las guerras tan inconstante, eran heridas en su corazón. Azorado su santo celo con la vista de tanto peligro, no perdonó diligencia alguna de devoción, ni de inteligencia y gasto, que no emplease en apagar este pernicioso incendio. Al caudal de sus oraciones y lágrimas juntó el de las plegarias de muchas personas de santa vida, con gran número de Misas que mandó celebrar por sufragio á las santas ánimas.

Despachó sus enviados á los Reyes de Castilla, sus hijos, y al Rey de Aragón, su hermano, solicitando con todos los esfuerzos posibles el convenio de las partes. Sobre ser tanta la autoridad de su intercesión, era de mayor peso la opinión que se tenía de su santidad, á cuya veneración rendidos todos, vinieron en tratados de ajuste por un compromiso hecho en el Rey D. Dionisio de Portugal, que era en este negocio la parte menos apasionada. Ejecutáronse estos tratados en la ciudad de Tarazona, en la raya de Portugal, á que asistió doña Isabel con su esposo; y además del fruto de la paz debido al

riego de sus lágrimas, logró también el gusto de ver al Rey de Aragón, su hermano.

De las guerras civiles de Portugal promovidas por el maldito orgullo del príncipe don Alfonso contra su padre el rey D. Dionisio, dejó hablado en el capítulo quinto; así como en el cuarto tengo dicho todo lo perteneciente á los trabajos que padeció la reina Isabel en el estado de su matrimonio. Ajustáronse padre é hijo, pactando con solemnes juramentos los tratados de la paz, á ruegos, á trabajos y diligencias de aquella graciosa Soberana; mas duró poco esta bonanza, porque los furiosos vientos de la ambición volvieron á turbar la serenidad, y en amotinadas olas ocasionaron aún más peligrosa tormenta que la pasada. El Príncipe mal contento, rompiendo las sagradas leyes de su palabra juramentada, y olvidando las apretadas obligaciones de hijo y de vasallo de su Rey, soliviantó segunda vez los ánimos de sus parciales, con ánimo de apoderarse de Lisboa, con cuya posesión aseguraba el ambicioso deseo que tenía de mandarlo todo. Tuvo el Rey aviso de estos de-

signios, y, justamente irritado del rebelde tesón de su hijo, recogiendo las tropas que pudo, se fué á esperarle á Lumiar. Llegaron padre é hijo á darse vista en campaña, armados, sin que al hijo bastase ni la venerable autoridad del padre, ni la formidable majestad del Rey ofendido para reportar sus iras ni refrenar sus desafueros. Afrontados estaban ya los dos ejércitos y en el fatal lance de una batalla campal de poder á poder, en cuyo arresto era para ambas partes igual el último peligro de la perdición del reino, que sin duda llegara á la ejecución, si no se apareciera el iris de paz en la Santa Reina, cuyo valor y magnanimidad hizo creíble cuanto supo mentir la gentilidad con su fabulosa Belona.

Estaba nuestra Isabel en Santarén, y noticiosa del sumo aprieto á que habían llegado los dos partidos beligerantes, consultando sólo á la valentía de su corazón y al ardimiento de su santo celo, montó en una mula y se puso en camino con tanta velocidad que, desmintiendo esta bestia su natural pereza y pesadez, no dió lugar á que los cria-

dos, cabalgando en ligeros caballos, la diesen alcance. Entró por medio de los dos ejércitos, intrépida, rompiendo las filas, y á su vista quedaron todos en admiración suspensos, y abrieron los ojos las ceguedades de la ira á las prodigiosas luces de tan venerable Majestad. Entróse con gallarda resolución, asegurada en el sagrado de su majestuoso respeto, por el ejército del hijo. Afrontóse con él, afeándole su sacrílego atrevimiento, en que había roto los más apretados vínculos de cristiano; faltando al juramento de hijo, agravando los fueros de la naturaleza; de vasallo, profanando el sagrado de la lealtad. Dióle en rostro con las temeridades de su ambición; reconvínole con las fealdades de su ingratitud; aterróle con la representación de lo que podía esperar de sus vasallos si llegase á la posesión de la Corona, quien con sus malos ejemplos dejaba autorizada la traición.

Mucho más adelante pasó la tremenda acusación materna, enumerando á aquél mal hijo los capítulos de sus culpas; entre otros díjole que se acordase que en Pombal

hizo juramento de estar siempre á la obediencia de su padre y de su Rey, y que de este juramento era ella, no sólo testigo, sino parte. Y, por último, le dijo, que pues ni sus lágrimas, ni sus consejos, ni las finezas que tenía hechas para reducir su natural inquieto y sedicioso á la razón eran bastantes para ponerle en su debido acuerdo, que temiese las iras de Dios, justo vengador de los escándalos.

Quedó el Príncipe confuso y atemorizado, y ofreció la suspensión de las armas si su padre dejase el rigor de sus iras. Poco tuvo la Santa que trabajar con el Rey para aplacarle, porque en los afectos de padre, que son tan poderosos por naturaleza, tenía andado mucho para admitir como Rey á aquel hijo en su gracia. Pudiera quedar la Reina muy gozosa con este feliz suceso, si la obstinación de su hijo no fuese tan ciega, que á cada paso le arrojaba á mayores precipicios: la suspensión de las armas era descansar y tomar alientos para correr precipitado con más furor en persecución de sus malvados desig-nios. Iba el Rey su padre á Santarén, donde

se hallaba aquel mal hijo con el séquito de sus parciales, los cuales por fuerza de sugerencias suyas intentaron negarle la entrada. Arrebatado el Rey de su justo enojo, quiso entrar á fuerza de armas, con resolución de castigar á un hijo rebelde á quien su clemencia hizo más obstinado. Encendióse la guerra, y comenzaron á sentirse de una y otra parte sangrientos y lastimosos descalabros.

Estaba la Reina en Alenquer, en cuyo punto recibió la noticia de esta nueva fatalidad, en que peligraban las dos vidas en las cuales tenía puesto su amor. Partió de Alenquer á Santarén en alas de su ardiente caridad, disponiendo que se hiciese al momento de su llegada una general procesión, pidiendo á Dios que suspendiese el rigor de sus iras é infundiese en los corazones del Rey y de su hijo las dulzuras de la paz. Acompañó la Santa la procesión vestida de un humilde saco, con un dogal al cuello, y cubierta de ceniza la cabeza, dejando á la posteridad este portentoso ejemplo de una Majestad inocente y humillada. En este humilde y abatido traje se puso en la presencia de su hijo, que

quedó pasmado á vista de tan lastimoso espectáculo. Ponderó la afligida Reina el estado miserable á que la tenían reducida las locuras, cada vez mayores, de un hijo por cuyo sosiego había hecho tantos sacrificios, y por cuya causa había padecido tan indignos trabajos como haber aventurado la gracia del Rey, confinada como delincuente de lesa Majestad en su destierro; peregrina por los caminos, en movimiento continuo para negociar su quietud y seguridad.

La abundancia de lágrimas con que hablaba, bastaran para ablandar la dureza del corazón del Infante, vencido, tanto del asombro que concibió por los ojos viendo el penitente traje de su madre, como de la confusión que le entró por los oídos al escuchar la dolorosa voz de los justos sentimientos de aquella que le dió el ser. Nunca más tierno, nunca más obediente que en esta ocasión: besó la mano á su madre, ofreciendo con toda aseveración que vendría en la obediencia de su padre, con condición que apartase de su lado á D. Alfonso Sánchez, hijo bastardo, de quien tenía recelos que aspirase á

la Corona. La Reina, animosa, aunque conoció la sinrazón de pedir partidos tan ventajosos para la paz el que debiera darse á partido, entró en esta empresa con las esperanzas que le daban la sana intención y verdad de su celo.

Llegó, pues, la Santa á la presencia del Rey en el penitente hábito, el cual, como muy celoso que era de la decencia de la Majestad, quedó estupefacto; pero haciendo reflexión en las experiencias que tenía de sus milagrosas virtudes, no se atrevió á darse por ofendido de esta humildad, aunque tan extraña, esperando lograr las buenas consecuencias de su santo celo. “Señor — le dijo doña Isabel: — negaros la mucha razón que tenéis para estar ofendido de nuestro más que ingrato hijo, fuera haceros la mayor ofensa, desluciendo vuestra razón, y no saber obligar á vuestra piedad, que siendo tan generosa, sólo puede dejarse obligar del rendimiento mío y de la compasión de los irreparables daños que amenaza el presente peligro. Tiene muy merecida el Príncipe su perdición y vuestra ira; pero, señor, si su castigo lo ha

de ser también de vuestros inocentes vasallos, no permita vuestra real clemencia que llore los daños que merece la culpa de uno, la inocencia de muchos. La ambición, señor, de este mozo, ya ha pasado á ser frenesí y delirio; y tiene vuestro piadoso corazón pretexto para curarla como enfermedad, sin escarmentarla como delito. Negarle lo que pide, es enfurecerle; darle lo que pide será curarle. En este lance, señor, el cáustico de la justicia será llaga incurable en todo el reino; el lenitivo de la clemencia será salud y seguridad; y más glorioso será para vos el triunfo de la clemencia con que preserváis á vuestros vasallos de inevitables desastres, que el rigor de la justicia con que los perdéis á todos. „

Enternecido el Rey de las lágrimas de aquella mujer incomparable, edificado de su humildad, admirado de su celo, y convencido de su razón, la respondió con agrado: “Vengo, Señora, en que tratemos de la curación de ese desesperado y loco; pero, decidme: ¿cuál puede ser el remedio en un achaque tan rebelde y obstinado? „

“Señor — respondió la desconsolada madre;—el único, aunque terrible, es que Vuestra Majestad aleje de su lado á D. Alfonso Sánchez, su hijo.”

Montando en cólera el Rey con la propuesta, respondió impaciente: “¡Qué decís, Señora! ¿Puede ser antidoto de una locura, lo que fuera descrédito de mi juicio? Mejor es que confeséis que la descomposición de aquel cerebro no tiene remedio. Abandonar á un hijo atento, amante y obediente, y sacrificarle por víctima de las envidiosas iras de un hijo ingrato, desatento y rebelde, no cabe en juicio ni razón.”

Viendo la Reina inexorable á su esposo, replicó con humildad: “Señor, con menos sacrificio no se podrá redimir el daño universal y público, y de dos males de los cuales el uno ha de ser preciso, al menor prefiere en la elección la mejor prudencia. Dejad, Señor, entibiar el ardor de vuestra ira que, aunque justa, siempre es ciega, y en sus consejos precipitada. Consultad con vuestra magnanimidad y piedad generosa, y no despreciaréis el consejo de quien únicamente

desea de Vos lo que en la posteridad os haga en la memoria de los hombres más glorioso., Despidióse, aunque muy llorosa; mas no sin esperanza de negociar la paz, á pesar de lo adverso de los preliminares.

Tomó tiempo para avivar sus diligencias, y mandó de secreto llamar á D. Alfonso Sánchez, á quien representó la importancia de la paz pública, de que ya la nobleza y generosidad de su bizarro corazón podría ser sólo el árbitro. Refirióle el estado de las cosas; propúsole las contingencias de la guerra y que si mañana el Príncipe entrase en posesión de la Corona, quedaba expuesto á ser ultraje y víctima de su poder violento. Que si por su arbitrio tomase la resolución de sacrificarse al bien público, pidiendo licencia al Rey su padre para retirarse, excusaba los desaires de su retiro haciéndole voluntario, y hacía al Rey el más importante servicio dándole el sosiego para que acabase en paz la corta vida que prometía su ansiedad: que así confundía la emulación de su hermano, desvaneciendo sus mal fundadas sospechas y desarmando sus rencores; y, por último, que

haría una acción hazañosa que hiciese plausible su memoria.

Era, en efecto, D. Alfonso Sánchez de noble corazón y de admirable docilidad; y venerando los dictámenes de la Reina, á quien respetaba como Santa, y á un tiempo amaba como si fuera su propia madre, puso en ejecución sus consejos, y pidió al Rey, su padre, su bendición y licencia para retirarse á la ciudad de Alburquerque, que era suya, y perteneciente al reino de Castilla. Mucho dolor le costó al Rey este sacrificio que hizo de su amor y su gusto, en la ausencia de un hijo que había sabido cumplir siempre con los deberes de tal; pero convencido de las razones de Estado que atiende á la conveniencia pública, dió la licencia, sepultando en el silencio su propia razón. Este fué el medio único de atajar las guerras civiles; admitiendo á su gracia al Príncipe, perdonando con magnanimidad á sus parciales, y haciendo con la paz dichoso á su reino.

Debióse esta milagrosa serenidad al santo celo de la Reina, cuyas palabras eficaces y persuasivas eran cadenas de oro forjadas en

la fragua ardiente de la caridad, que aprisionaban dulcemente á los corazones para ponerlos en la libertad de la razón y de la virtud. En todo este suceso tendrá la crítica de los políticos que viven sobradamente asidos á las severas leyes de la razón de Estado, mucho que glosar disputando los aciertos de las resoluciones del Rey. Los que no admiten disputa son los de la Santa Reina, calificados con tan feliz efecto, porque en el gobierno de sus operaciones no conocía más razón de Estado que aquella que no derribase de su estado á la verdad y á la razón.



STANDARD INDUSTRIAL



## CAPÍTULO XII

---

MUERE EL REY DON DIONISIO Y REFIÉRESE LA CONSTANCIA, PIEDAD Y VALOR CRISTIANO CON QUE SE PORTÓ EN ESTE GRAN TRABAJO SANTA ISABEL.—SU PEREGRINACIÓN Á SANTIAGO DE GALICIA.

**P**oco duraron las alegrías que ocasionó el beneficio de la paz tan deseada, porque años y pesares, que suman siglos para quebrantar la salud más robusta, pusieron á la del rey D. Dionisio en la última enfermedad. Pocos meses después de los ajustes de las paces, se fué con la Reina, su esposa, á Lisboa, donde se hicieron cristianas y públicas alegrías en hacimiento de gracias por el gran bien que gozaba el reino, libre de las inquietudes y sangrientas.

atropellos de las guerras civiles. Sintióse el Rey con indisposición corporal, y conociendo que el temple de Lisboa era á sus achaques poco favorable, levantó su casa y corte para curarse en Santarén. A su llegada á Villanueva se le encendió la calentura, descubriendo su malignidad, y fué preciso suspender la jornada. La Reina, oficiosa como amante, despachó correos volantes á Coimbra para llamar á su hijo y á los hijos bastardos del Rey; y reconocida la poca conveniencia que habia en Villanueva para la curación, resolvieron llevar al enfermo á Santarén en una silla en hombros, porque aun no habia dado entonces la delicia en la acomodada invención de la silla de manos.

Agravóse la dolencia á términos de ser necesario darle los Santos Sacramentos; y que alterase lo que pareciese conveniente en el testamento que antes estaba hecho. Recibió el Viático con mucha ternura y devoción, con asistencia de toda la corte. Fué la enfermedad larga, y dió tiempo para que la Reina lograse las verdaderas finezas de su casto amor, asistiendo á todos los reme-

dios, no como Reina, sino como la más laboriosa y humilde criada. Viendo el poco fruto de los remedios humanos, acudió á los divinos, vistiendo su tierno corazón de cristiana fortaleza para conformarse con la voluntad divina en este grande trabajo que sabía ser cierto. Eran sus desvelos y afanes continuos; y tales, que en tan larga enfermedad acabarían del todo sus fuerzas, si la caridad y el ardiente celo de la salvación de su esposo no la diesen más que naturales alientos. El rato que podía hurtar á esta asistencia se retiraba á su oratorio á conferir con el Señor sus penas, y á pedir sus misericordias. Logró las eficacias de su santo amor, abrasando con sus palabras y exhortaciones el corazón de D. Dionisio, en quien los fervores y conformidad con la voluntad divina fueron ejemplarísimos. Recibió varias veces el Santísimo por Viático (5), siendo el mayor aprieto de su enfermedad en las alegres Pascuas del Nacimiento de Cristo Señor nuestro.

El día segundo de Año nuevo llamó al Príncipe su heredero, á quien dió sanos y prudentes consejos para el acierto de su

gobierno: encomendóle mucho la atención y asistencia de la Reina en su soledad, la cual fué dos veces madre suya, por los dolores que padeció en su parto, y por las lágrimas que le causaron sus desvarios, con cuyo precio tantas veces lo había redimido de los más fatales peligros. Murió este magnánimo Monarca, como católico fervoroso y cristiano piadosísimo, el día 7 de Enero de 1325, siendo de edad de sesenta y cuatro años, y teniendo, para felicidad de su muerte, á esta mujer celestial por agonizante.

Cuidó la augusta viuda de que el cadáver se pusiese con la decencia debida; y hecha esta diligencia, se retiró con sus damas y las señoras á su oratorio á desahogar el justo dolor, pagando á la naturaleza el tributo de sus lágrimas, que son los testigos más abonados de un amor verdadero. Cortóse los cabellos; demostración tan misteriosa como funesta, por las varias interpretaciones que dan divinas y humanas letras á este despojo: su más principal significado es el desprecio y olvido de las vanidades del mundo, y un sacrificio que hace á Dios el alma santa hasta

de sus más leves pensamientos, en las aras del desengaño. Desnudóse sus reales vestiduras, y vistió un pobre hábito de monja de Santa Clara, ceñido con un cordón grosero, y cubierta la cabeza con un velo blanco.

Este traje eligió para que sirviese de luto y mortaja á su viudedad; significando con ello que quedaba amortajada y muerta al mundo, y viva á los amargos recuerdos, trayendo á la vista en las cenizas del sayal sus tristes memorias. No dejó de dar susto ésta que les pareció extravagancia de devoción á los vasallos, recelosos de que tomase la resolución de vivir en clausura religiosa, por la gran falta que haría á los pobres su beneficencia, y á todo el reino su recurso y su consejo; pero la Santa con protestas públicas en forma auténtica les quitó estos recelos.

En los días que fueron necesarios para embalsamar el cadáver y transportarle al real convento de Odiuellas, donde eligió el Rey por su testamento sepulcro, se ocupó la Reina en disponer se dijese en un salón de palacio muchas Misas y sufragios, y ella mis-

ma multiplicaba oraciones, pidiendo el alivio de aquella alma á quien estuvo y estaba la suya por vínculo de fino amor tan unida. No rompió la muerte los lazos de esta unión, pues el amor, que penetra los oscuros senos del sepulcro, no sabe olvidar, y renueva los títulos de su obligación para tener en pie los empleos de sus finezas. Acompañaron el féretro, en este largo y funesto viaje, la Reina con el infante D. Alfonso, su hijo, y los dos hijos bastardos del difunto Rey, el conde don Pedro y D. Juan Sánchez, con la comitiva de Prelados eclesiásticos y muchos hidalgos de los más ilustres del reino. Llegaron á Odiuellas, donde por orden que tenía dada la Reina, esperaba el Arzobispo de Lisboa con todo su clero y concurso de Religiones, que celebraron las exequias con majestuosa pompa; pero funestísimas, porque tenía el dolor y la tristeza motivos duplicados á la vista de su Rey difunto, y su adorada Reina amortajada; y siendo ésta la vida que les quedaba para su consuelo, les era de suma aflicción verla vestida con los despojos de la muerte. Portóse la Santa en estas funerales funcio-

nes tan señora de sus sentimientos, corregidos con la Majestad, que á no escribir el corazón sus penas en el papel de su rostro con sus lágrimas, pudiera pasar plaza de insensibilidad su constancia.

Acabado el Novenario de las exequias, partió el príncipe D. Alfonso á Lisboa, y la Reina quedó en Odiuellas á dar pronto cumplimiento á las disposiciones testamentarias de su esposo. Era su consuelo único en esta triste soledad, la frecuente comunicación con las monjas Clarisas que traía por indulto apostólico en su compañía, que se la hacían gratisima en sus ejercicios espirituales. Viéndose ya libre de los vínculos del matrimonio, gozaba de su soledad como de un singular beneficio que Dios la había hecho para que enteramente emplease en su santo servicio todo el caudal de su amor, habiendo faltado el pensionario á quien por obligación pagaba parte de sus finezas.

Había dejado el Rey en su testamento un cuantioso legado á la Silla Apostólica, en protesta del amor y reverencia con que siempre la había atendido como hijo verda-

dero de la Iglesia, y la Reina le dió parte de este legado al Sumo Pontífice, que entonces era Juan XXII; diligencia que también hizo por su parte el Príncipe, dando su obediencia y cautelando el que por la muerte de su padre no se suspendiesen ó atrasasen los negocios que estaban en aquella Curia pendientes, y que pertenecían al reino. Escribió el Pontífice á la Reina, con paternal amor, el pésame de la muerte del Rey, pérdida muy sensible para toda la Cristiandad; y la rogaba con especial afecto que mitigase su dolor y enjugase sus lágrimas, con la fe piadosa de que había dejado la corona temporal por la eterna, dando también fundadas esperanzas de su descanso en las ejemplares circunstancias de su muerte. Animóla mucho, para que como mujer fuerte atendiese con caritativo desvelo al consuelo de su Real casa, y con su discreción y prudencia instruyese á su hijo en las máximas cristianas de buen gobierno; y la daba su bendición apostólica, con afectuosos ofrecimientos de que asistiría con paternal amor y favorecería en lo que se ofreciese de su consuelo, sus

buenos deseos. Envióla de presente muy preciosas reliquias, de todo lo cual quedó la Santa muy obligada, agradecida y consolada.

Es el amor ingeniero de finezas, en que manifiesta su verdad y sus eficacias para obsequiar á quien ama. Ingenió el amor de Isabel á su difunto esposo una fineza tan nueva como perègrina, tomando para alivio de sus penas la resolución de ir en romería á visitar el santo sepulcro del Patrón de las Españas, Santiago, con aplicación de los precisos trabajos de viaje tan prolijo por sufragio de su alma (6). Dispuso su peregrinación, más devota que ostentosa, como la que amaba la edificación y el ejemplo y huía del aplauso. Eligió para este efecto pocas personas de ambos sexos, y todas ejemplares, y salió de Odiuellas con aquel secreto de que hace tanta estimación la verdadera humildad. Deseara mucho poder llegar á Santiago desconocida; pero tiene la santidad muchas luces que la pregonen, y aun los mismos silencios de la humildad la descubren. Caminaba sembrando ejemplos y mi-

lagros, que eran otras tantas voces que convidaban á ver la Peregrina; y aunque en el pobre y penitente hábito que vestía pensara el más discreto que podía desaparecer la Majestad, la hallaba la atención escrita con caracteres de respeto y veneración en su frente.

Vestirásen en el último día del mundo para asombro de los mortales el sol un saco de cilicio; pero ni toda la sombra del cilicio podrá obscurecer la majestad radiante del sol. Antes de salir de Portugal, en la villa de Arrifana de Santa María, del obispado de Oporto, salió al camino una mujer con una hija ciega *a nativitate*, y arrojándose á los pies de la Reina la pidió con muchas lágrimas tocase con sus manos los ojos de aquella muchacha, y que se condoliese de su miseria. Desentendióse la Santa de la petición, y dióle una buena limosna; la mujer, que no pedía dinero, sino ojos, replicó con más vivas instancias y mayores lástimas, que hiriendo el compasivo corazón de la Santa, la obligaron á que, mortificando su humildad, su misericordia condescendiese á sus ruegos, y

tocase levemente con sus manos los ojos de la ciega. Nuestros escritores todos dicen que, al contacto de las manos de la Santa, quedó la ciega con vista; pero no especifican si cobró la vista inmediatamente. El Obispo de Oporto D. Fernando Correa dice, que no vió luego, sino después de algunos pocos días; y si fué así, suspendió la poderosa mano de Dios su influjo por algún tiempo en este milagro, porque la humildad de su sierva no se atormentase con la voz de los aplausos.

Prosiguiendo su camino, cuando llegó á reconocer los torreones de la catedral iglesia de Santiago en distancia de una grande legua, se apeó de la litera, y besando muchas veces la tierra con devoción afectuosa, caminó á pie, en reverencia del Santo Apóstol, hasta entrar en la ciudad. Los historiadores portugueses insinúan que entró desconocida y lo estuvo hasta el día mismo de Santiago, habiendo llegado dos días antes y visitado en ambos días su santo sepulcro. Aunque el séquito y comitiva no era numerosa y los aprestos eran menos lucidos que

devotos, no obstante esto, el respeto y veneración con que la asistían sus criados, dió muchos indicios de que el saco penitente de la Peregrina ocultaba mucha grandeza; y como en ella y en todo su acompañamiento resplandecía tanto la modestia y la devoción, eran grandes los concursos á verla, atraídos más del buen olor de las virtudes que veían, que de la soberanía que sospechaban.

Llegó el día de la fiesta del Santo Apóstol, en que la generosa liberalidad de la Reina corrió el velo á la venerable imagen de la Majestad oculta y disfrazada. La ofrenda que hizo al Santo fué una corona de oro, guarnecida de piedras preciosísimas. Un dosel de chamelote carmesí con bordadura de oro de tres altos, y guarnición de perlas en todas sus cenefas. Un riquísimo Pontifical para servicio de la Misa. Los vestidos más preciosos, que fueron en sus floridos años lisonja de su hermosura y tormento de sus desengaños. Muchas piezas de plata que sirvieron á la ostentación de su grandeza, aplicadas con mejorado empleo al culto de

los altares. Una muy cuantiosa limosna de dineros para la fábrica del templo y para socorro de pobres, al prudente arbitrio del Arzobispo. La ofrenda fué la más rica y ostentosa que hasta aquella edad se había visto en aquel templo. ¿Quién pudiera dudar ya cuál fuese la Peregrina, viendo en la liberalidad y largueza el sobrescrito más cierto y carácter más propio de la Majestad? Corrió la voz de este prodigio de santos desengaños, de este milagro de humildad, de esta maravilla de la devoción; pero sabiendo que la peregrina era Isabel, la reina de Portugal, no se extrañó tanto, porque ya la fama de sus heroicas virtudes había disfrutado antes las admiraciones. Concurrían todos, no á ver con curiosidad á la Reina, sino á venerar con devoción á la Santa (7).

Recibió el Arzobispo la ofrenda en nombre del Santo Apóstol, y en obsequio de tan Real peregrina la dió un bordón engastado en plata, coronado en el remate con una piedra preciosa, y una esclavina de color leonado, en que estaban bordadas de seda sobre el hombro derecho la imagen del Santo

Apóstol, y sobre el izquierdo la concha que usan los peregrinos que salen de aquella santa casa. Estimó la Santa la dádiva del Arzobispo como reliquia, y con estimación de tal la tuvo siempre. Besóle la mano con devota humildad, acción que ejecutaba con todos los sacerdotes por costumbre, y no por ceremonia. La mayor nobleza de la ciudad la salió acompañando, hasta que, á fuerza de ruegos, se dió por vencida su cortesanía y devoción. ¡Oh si acabasen de entender los Soberanos que el apoyo más firme de sus veneraciones son el agrado y la humildad, precioso esmalte de su grandeza!

Habiendo dejado la ciudad de Compostela edificada con sus buenos ejemplos, y llena la fama sus virtudes y magnificencia la mayor parte de España, de cuyos reinos y provincias habían concurrido muchos peregrinos para venerar al Apóstol, partió para Odiuellas á asistir á las honras y aniversario de la muerte del rey D. Dionisio. Al pasar de vuelta por la villa de Arriñana, salió la madre de aquella ciega, que ya gozaba la vista, á agradecer á la Reina tan alto bene-

ficio. La Santa, como tan discreta y humilde, la dijo con agrado: "Ahora verás que fué bueno mi consejo de que recurrieses á Dios, que es la fuente de todos los bienes, por el remedio de tus males: doyte muchos parabienes de que se lograsen tus oraciones, que yo en este caso no pude poner más que los deseos que me dió la compasión de ver ciega á esta muchacha. Críala bien, para que sea á Dios muy agradecida, y toma, para ayuda de ponerla en estado, esta limosna.," Así deslumbró con las cautelas de la humildad, las luces de su virtud.

Llegó á Odiuellas muy consolada de su romería, y fervorosa con las gracias y espirituales auxilios que recibió en la visita al Santo Apóstol. Para el día del cabo de año tuvo llamados á esta función fúnebre á su hijo el rey D. Alfonso, á su nuera doña Beatriz ó doña Brites, y á los hijos bastardos de su difunto esposo; y se hicieron las honras con majestuosa pompa, acompañada de muchas lágrimas que consagró la lealtad lusitana á la dulce memoria de un Rey que se hizo por sus admirables prendas tanto lugar

en los corazones. Despidióse doña Isabel del Rey su hijo, tomando la resolución de retirarse á su convento de Santa Clara de Coimbra, centro que tenía elegido para su quietud en esta vida, y después de ella para descanso de sus cenizas.

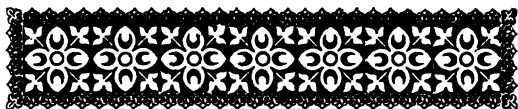
Una cosa muy singular y prodigiosa escribe el Rmo. P. Fr. Antonio de Escobar, cronista de la esclarecida Orden de la Merced, en un libro en cuarto que escribió de la vida de esta Reina, de que otro alguno, ni de los nuestros ni de los extraños autores, hace mención. Dice, pues, que supo de persona fidedigna, que en el término de Arrifana, lugar en que la Santa dió vista á la ciega, en un valle que hay de muchos naranjos, se conserva uno junto á una fuente, cuyas hojas, cuyas flores y cuyas naranjas expresan las *Quinas* de Portugal (8); porque en el plano de sus hojas se ven cinco pintas puestas en el orden que se pintan las *quinas* en los escudos de armas de este reino. Las flores de su azahar tienen en este mismo orden cinco solas hojas, y las naranjas en la misma disposición cinco solas pepitas; y que es tradición

constante, en aquél y en los lugares circunvecinos, que cuando doña Isabel hizo la romería á Santiago, cansada del afán del camino se apeó en este sitio para descansar á la margen de aquella fuente. Que para refrescar la boca comió una naranja, de cuyas desperdiciadas pepitas nació este naranjo, que conserva, tantos siglos ha verde la dulce memoria de la Reina peregrina.

El autor es un hombre muy grave; y es portugués, que historiando de las cosas pertenecientes á su propia nación, tiene ganada mucha tierra para la humana fe que hace la historia: y si por ser el caso tan singular se le menoscaba en algo el derecho que tiene á la credibilidad prudente, tratándose de persona tan virtuosa como lo es aquella de quien escribe, nada vale cualquier objeción que se le haga, pues la misma dejó obrados milagros mucho más singulares.







## CAPÍTULO XIII

---

REFIÉRESE EL EJERCICIO DE VIRTUDES QUE  
TUVO SANTA ISABEL EN EL ESTADO DE SU  
VIUDEZ Y LA SEGUNDA ROMERÍA QUE HIZO Á  
SANTIAGO DE GALICIA.

**E**s el pulso del amor santo la diligencia y actividad en el ejercicio de las virtudes, en cuyo continuo movimiento consiste la salud del alma; como, al contrario, cuando pulsa á intervalos, es indicio mortal de que se acaba la vida y se apaga su incendio. En la vida de esta Santa Reina hemos visto las oficiosas actividades de su amor en un perpetuo giro de santas operaciones, *sin permitir un punto de ociosidad. Poco fuera*

en un espíritu tan elevado contenerse en los términos en que hasta aquí ha vivido, si en el nuevo estado de la viudez, hallando oportunidad para adelantar sus virtudes, no la lograse con nuevos y mayores fervores. En el estado del matrimonio tuvo su virtud en algún modo aprisionada y reducida á limitados ejercicios, con no poca mortificación de esta misma virtud que, reclusa en sus deseos, padecía de no hacer, y fundaba méritos en esta misma inacción, por lo que en tan forzosa calma padecía. Nacían estas limitaciones de la obligación del estado, sujeta á la obediencia y gusto de su marido; pero roto ya el vínculo del matrimonio con la segur de la muerte y puesto en libertad su espíritu, se dejó llevar del raudal de los fervores que tenía represados en sus deseos.

Llegó á la ciudad de Coimbra, y antes de entrar en su palacio visitó á sus amadas Monjas de Santa Clara que, viéndola en su mismo hábito, gozaban á satisfacción los favores de su cariño, sin aquellos encogimientos que les ocasionaba antes el respetuoso *fausto* de la Majestad. Hubo de una y otra

parte pésames y parabienes, lágrimas y alegrías, medidas todas á la variedad de las causas; pero todas hijas de la verdad y el afecto, sin mezcla de lisonja ni afectación. Dijo la Reina que venía á ser compañera suya y discípula en la escuela de sus virtudes, con ánimo de redimir el tiempo que había perdido en las vanidades. Las Monjas se confundían con esta humildad tan profunda y tan eminente, confesando lo mucho que debía aquella Comunidad en su perfección á sus Reales ejemplos. Despidióse la Reina con singulares demostraciones de agrado y de cariño, y las Monjas quedaron celebrando gozosas la dicha de tener tan cerca á su amantísima y muy amada Patrona.

La diligencia primera que hizo la Reina en Coimbra, fué deshacerse de las más preciosas alhajas, de vestidos, telas, colgaduras y plata que tenía, sacrificándolas al culto de los altares en diversas iglesias y conventos pobres; porque todo aquello que sirvió á la pompa de su grandeza para cumplir con el mundo, quedase consagrado á Dios en compensación de sus vanidades. Cúpole á este

monasterio la más preciosa parte del despojo, á quien enriqueció con muchas piezas de oro y plata en cálices, candeleros y otras alhajas de mucho valor; entre éstas fueron muy particulares, así en el primor de las hechuras como en la preciosidad de la materia, doce medios cuerpos (bustos) de Apóstoles de plata, y dos estatuas enteras de Cristo y María del mismo metal, guarnecidas con piedras preciosas. Hecha esta pia-dosa diligencia, se aplicó toda á la conclusión de la fábrica del convento de Santa Clara, en cuya iglesia, en una tribuna alta, eligió su sepulcro.

Sucedió en esta fábrica una gran maravilla, porque al tiempo de subir la urna se hallaron los maestros y oficiales muy embarazados, puesto que su mucho peso y la estrechez de la escalera no daban lugar á que pudiesen los pocos que cabían, aplicando todas sus fuerzas, subir la urna. Hallábanse acongojados porque parecía preciso haber de demoler la escalera, que era muy primorosa y de mucho coste, para poder colocar la urna en *su lugar*. Quiso doña Isabel ver en qué con-

sistía la dificultad, y aplicándose los peones, vió que la dificultad consistía en que no alcanzaban las fuerzas; y la Santa, animándolos, aplicó el báculo que había traído de peregrina á la urna, y les dijo: *¡Ea, ea; que bien podéis!* La aplicación del báculo tuvo tal virtud y eficacia, que aligeró tanto el peso, que subieron la urna, no sólo sin trabajo, sino con descanso, llenos de admiración; porque habiendo hecho antes todos los esfuerzos posibles por evitar la demolición de la escalera, se hallaron vencidos del paso é impossibilitados de conseguir el fruto de su trabajo. Todos los que se hallaron presentes conocieron el milagro, y la Santa, con discreta humildad y modesta sonrisa, decía: “Dejaos de boberías, que alguna disculpa habían de dar los peones de su flojedad y desmaña; aunque no fuera mucho de extrañar la virtud en el báculo que traigo, en reverencia de mi santo Apóstol Santiago, en cuya intercesión tengo fe para milagros muy ciertos.”

El orden de vida que ajustó la Santa en *este retiro*, para su espíritu muy delicioso,

fué más de religiosa mortificada que de señora seglar virtuosa. A las inspiraciones que tenía de seguir á Cristo con la cruz de la penitencia dió franco y entero cumplimiento, libre ya de los sobresaltos de la censura que antes tenían encogida y acobardada su devoción. Ayunaba las Cuaresmas que dejó referidas, pero con más escasez de viandas, y éstas ordinarias y groseras. Era su cilicio casi continuo y de mucha aspereza; su sueño muy escaso, porque gastando desde la hora de Completas el tiempo hasta la media noche en sus espirituales ejercicios, le quedaba muy poco para el descanso, madrugando al despuntar el Sol para rezar los Maitines y Prima con las Monjas. Con éstas y con los pobres del hospital, á cuyas viviendas tenía desde su palacio secretos pasadizos, era su ordinario trato: con los enfermos del hospital ejercitaba su misericordia, haciéndoles las camas, sin desdeñarse, en orden á su alivio, de los empleos más humildes; y con las Religiosas se empleaba en dulces y amorosos coloquios del divino amor.

*La austeridad religiosa de aquel convento*

era admirable, y conversaba con las Monjas de más espíritu, en que hallaba el incendio de la caridad fomento, y por este medio hacía en la perfección progresos grandes. Era una admiración ver el agrado y humildad con que templaba los resplandores de su soberanía para tener más franco y familiar el trato de aquellas esposas de Jesucristo; y pudiendo ser maestra aun de las más aprovechadas y perfectas, se portaba con la humildad de discípula. Comía muchas veces con ellas en su refectorio, y no permitía que la sirviesen otras viandas que las que comía la Comunidad: celebraba mucho la sazón de los platos, envolviendo en alabanzas de la cocinera el disimulo discreto de su mortificación. Asistía desde por la mañana á todas las horas del coro, y de noche á prima noche á las disciplinas de la Comunidad. Acompañábanla algunas de sus damas, las más confidentes por más devotas, y en llegando la hora del silencio se pasaba á su palacio para no turbar la disciplina regular, de que era vigilante celadora.

*Recogíase en su oratorio para vacar á la*

contemplación, en que recibía su espíritu singulares y celestiales ilustraciones. Tenía por las tardes horas señaladas para dar audiencia en su palacio, y para dar órdenes en la distribución de las limosnas, que eran muchas. Tanto era el amor que tenía á las Monjas, que convirtió en cierto modo parte de su alcázar en monasterio, teniendo en lo retirado de sus estancias siete Monjas con facultad apostólica, para que la hiciesen compañía. Uno de los argumentos más convincentes de las virtudes heroicas de esta santa Reina, es aquellos anhelos de tratar siempre con personas espirituales y perfectas. El santo entre santos, será más santo; porque tiene la virtud sus emulaciones, y éstas alientan á mejorar sus virtudes: si vive entre pecadores, ha de ser su virtud muy bien complexionada para que no le inficione su contagio. Los virtuosos son imán de los virtuosos; simbolizan en los empleos, y se estrechan en amigable vínculo para vivir unidos.

Aspiran todos á un fin único, que es el amor del sumo bien, á cuya infinita amabilidad no alcanza con distancia infinita el más

encendido amor de la voluntad criada, y quisieran todos unir las fuerzas de su limitado amor haciendo cada cual suyo el amor de todos, para amar más dignamente aquel sumo bien, que tiene al amor de todos firme y sumo derecho. Esta es la noble y generosa condición del amor santo y divino, contrario en todo y antípoda del amor profano: éste con villana envidia quiere sólo para sí el bien que ama, y cualquiera otro amor que no sea el suyo le asusta con desconfianza y le enfurece con la rabiosa pasión de los celos. El amor divino, por opuesto rumbo, solicita para la suma bondad que ama, el amor de todos; y en esto funda los aplausos de su buena elección y logra las finezas de su empleo, dando con el amor suyo y el que solicita, mayor satisfacción á su voluntad.

Amaba mucho á Dios Santa Isabel, y le solicitaba amantes, porque sabía bien que en el comercio de la caridad, es el contrato de compañía muy seguro para los intereses y ganancias del alma. Cuando San Pablo dijo de sí y de los Apóstoles, y en ellos de todos los justos: *Somos buen olor de Cristo,*

dijo mucho más de lo que suenan las palabras. Dijo que los siervos de Dios, son aromas que exhalan el suave olor de buenos ejemplos; y así tiene también la buena calidad de los aromas, pues los que comercian en olores saben que el medio de conservarlos más vivos y fragantes es tenerlos juntos, porque solos fácilmente pierden sus más preciosas emanaciones.

En la romería que á Santiago de Galicia había hecho la Santa, aunque su devoción quedó bien satisfecha, no salió bien contenta su humildad; y determinó repetir otra en que la devoción y la humildad quedasen igualmente satisfechas, y una de otra no celosas. En la primera, aunque cauteló su grandeza, no alcanzó la industria á que se lograse el disimulo; y si edificó en el traje de peregrina, tuvo las estimaciones de Reina; y ahora, deseando ser y parecer, no Reina, sino una pobre peregrina, arbitró el salir de Coimbra oculta, con muy poca comitiva, pobre y despreciada, en esta forma. Salió de Coimbra con dos ó tres mujeres de su confianza, de buen espíritu y de robustas

fuerzas para que la pudiesen hacer compañía, haciendo con ellas á pie tan largo camino.

Si se hubiese de arreglar esta resolución á dictamen ordinario de humana prudencia, pareciera temeridad; porque una mujer anciana, entrada ya en los sesenta y cinco años de su edad, quebrantada de tantos trabajos, y de su naturaleza delicada, emprender á pie jornadas tan largas, hace grima aun á la imaginación sola: pero aun lo que no se atreviera la imaginación, ejecutó en la práctica una virtud, que siendo muy elevada, se gobernaba por las superiores reglas de quien con tan fuertes inspiraciones la daba para su ejecución fuerzas proporcionadas. Llevaba sobre sus hombros unas alforjillas de lienzo basto, para recoger los mendrugos que pedía de puerta en puerta para su sustento. Antes, amiga de los pobres, á impulsos de su misericordia socorría sus necesidades con largas limosnas, pagando así con gusto la pensión de su grandeza; pero ahora, enamorada de la santa pobreza, se hizo pobre pidiendo limosna, sujetándose á esta pensión de la necesi-

dad. Si hubiéramos de tomar las medidas á las humanas operaciones para definir su valor y merecimiento por el juicio humano, no dudo que éste sentenciaría que había hecho más la Reina en pedir la limosna, que en darla; porque al darla es tan connatural la complacencia de socorrer la necesidad, que necesita la misericordia vivir bien prevenida para que la vanidad no le robe el mérito; pero en el pedirla, sobre tener en esto el amor propio repugnancia y quebranto, tiene en sus efectos calidades bien sensibles para corazones generosos; porque si éstos reciben la limosna que pidieron, quedan gravados con la obligación del agradecimiento, sin manos para el retorno; y si no la reciben, quedan confusos y abrumados con el peso de un desaire que no tiene satisfacción.

A todas estas dificultades hizo frente la virtud animosa de la Santa Reina, y á todas venció con su propia experiencia; que tuvo de más costosa, todo lo que va de la soberanía á la bajeza de quien pide constreñido por la necesidad propia. Mereció, como Señora, dando liberal; mereció como peregrina po-

bre, pidiendo humilde; en uno y otro mereció mucho; pero en el que más mereció, no toca á nuestra censura, siendo Dios el que tiene, para graduar merecimientos, el peso del Santuario.

En esta forma llegó á la apostólica ciudad compostelana y visitó el sepulcro de Santiago, sin susto de ser conocida y con sumo consuelo de verse humillada á vista de los concursos, que en aquel año de Jubileo fueron muy numerosos. La pobreza de su traje y el de sus compañeras, la modestia y circunspección de porte y trato fueron de grande edificación, y la Santa salió de la ciudad gozosa de haber compensado en ejemplos en esta romería, lo que tuvo de aplausos y aclamaciones en la pasada; y llegó á Coimbra habiendo coronado con esta hazañosa demostración de humildad sus penitencias, y cerrado con esta llave de oro sus mortificaciones. No me detengo á ponderar la grandeza de esta obra; porque ver una Reina tan soberana, en edad tan crecida, que ocultando los resplandores de la Majestad en la parda nube de sayal grosero, camina á pie

tantas leguas pidiendo el sustento de limosna, excede á toda ponderación, y no sé que en suceso alguno pueda, más bien que en éste, lograr el silencio su celebrada elocuencia, valiéndose de las mudas voces de la admiración.





## CAPÍTULO XIV

---

DICHOSA MUERTE DE LA REINA SANTA ISABEL,  
Y MARAVILLOSAS CIRCUNSTANCIAS DE SUS  
REALES EXEQUIAS.

**N**o tuvo lugar para el descanso la Santa Reina, llegando de jornada tan penosa bien necesitada; ni quiso Dios que el gusto de haber cumplido tan á satisfacción su voto fuese sin azar; pues teniendo destinada á su sierva para las amarguras y penalidades de la cruz de la mortificación, no la daba treguas para el descanso, porque llenase con su paciencia y resignación la plana de esta mortal vida, haciendo más caudal de merecimientos para el premio grande que la esperaba en la eterna. A pocos días de su

llegada á Coimbra, tuvo la fatal noticia del rompimiento de la paz entre los dos reinos de Castilla y Portugal, ocasionado de los agravios y desprecios con que el rey de Castilla, D. Alfonso el Onceno, trataba á su mujer la reina doña María, distraído en amores ilícitos; con pasión tan ciega, que despreciando con escandalosa publicidad á su legítima esposa, que era dignísima de toda estimación, era dueña de su corazón la adúltera.

La grande paciencia y largo disimulo de la despreciada Reina, había dado lugar para que la Santa Reina su abuela, noticiosa de sus trabajos, hubiese tomado la mano en su remedio. Sabiendo que el Rey de Castilla se hallaba en Jerez de Badajoz, salió de Coimbra á encontrarse con él para afearle sus desatenciones, condenarle sus escándalos y persuadirle la enmienda; pues con su obstinación estaba dando motivo para que el Rey de Portugal, padre de su esposa, tratase de tomar venganza de los desprecios de su hija con las armas, con peligro de la perdición de *ambos reinos*. Salió de esta conferencia la

Santa esperanzada de la corrección; pero las ceguedades del amor impuro y deshonesto corren más precipitadas cuanto más prohibidas, y no sólo no hubo enmienda, pero pasó á ser tan insolente el escándalo, que á la adúltera se le daban las adoraciones y ceremonias de la Majestad, y á la Reina los desprecios. El Rey de Portugal disimuló hasta ver el efecto que surtía la cristiana diligencia de su santa madre; y viendo la ceguedad y dureza de su yerno, declaró la guerra, poniendo en Estremoz su plaza de armas. La Santa, celosa de la paz y de apagar los incendios de una guerra tan fatal, se resolvió á ir á Estremoz á verse con el Rey su hijo, sacrificando los últimos desperdicios de su vida á la utilidad pública.

Para hacer su jornada, visitó la tarde antes á sus Monjas, pidiendo sus oraciones, dándolas los brazos y vertiendo tantas lágrimas en su despedida, que todas las tuvieron por presagiosas señales de que sería esta visita la última; aprensión que las hizo prorrumpir en tiernas demostraciones de su tristeza con extrañas demostraciones de do-

lor. El camino de Coimbra á Estremoz es largo, de más de treinta leguas; la estación era la más ardiente del año, á más de media días de Junio; pero como la Santa caminaba abrasaba en los incendios de su santo celó, hizo poco caso de los nocivos rayos del sol. Muy pocos días pasaron que no se conociesen los malignos efectos del tiempo y del cansancio en una maliciosa y mortal apostema, cuya malignidad tomó fuerzas con el disimulo de la Santa, que, ansiosa de dar cobro á la negociación de la paz, encubría su mal por no suspender las diligencias ni asustar á la corte.

No pudo, empero, la flaqueza de la carne contrastar los gallardos fervores de su espíritu, y se rindió al golpe del dolor y á los ardores de la calentura. La señal primera y única que dió de su dolencia, fué faltar á la asistencia de la Misa; y á los que tenían bien conocida su devoción ardiente, les pareció que novedad tanta, arguía en la enfermedad mucho peligro. Viéronla los médicos, y aunque de primera instancia dieron á entender que no era el accidente de cuidado, la Santa,

que siempre le tuvo tan grande de la salvación de su alma, trató de la disposición más conveniente para desembarazarse de sus dependencias, entregarse toda á su Dios con amor perfectamente desnudo y desasido de respetos temporales. Todo lo más embarazoso que podía atrasar sus buenos deseos, lo tenía ejecutado en el testamento que había otorgado dos años antes con maduro acuerdo, dejando por albaceas á sus hijos los Reyes, á la Abadesa del convento de Santa Clara de Coimbra, y á cinco religiosos de nuestra seráfica Orden.

Teniendo hecha esta diligencia, se aplicó fervorosa á las más importantes, recibiendo los Santos Sacramentos con suma devoción y ternura, aunque á juicio de los médicos el aprieto no era tal que pidiese estas últimas demostraciones; pero la Santa dió más crédito al dicho de su indisposición y flaqueza, que á los aforismos de la medicina. Era de corazón muy vivo y animoso, y sólo para desahogar su viveza se valía del favorable dictamen de los médicos, y se estaba vestida en la cama: si ya no fuese disimulo de su

mortificación, que hubiese pasado, de continua, á ser naturaleza.

Asistíala con grande cariño la reina doña Beatriz, que la amaba como á verdadera madre, no habiendo jamás experimentado de suegra los aviesos ajenos de su agrado y santidad. Continuando doña Beatriz asistiendo á su cabecera en compañía de otras señoras y de sus damas, se incorporó la augusta enferma en la cama, y con singulares demostraciones de veneración, mirando á la puerta de la sala, dijo á su nuera: "Hija, hija, levántate, y sal á recibir á esa Señora, que viene á consolarme." Miraron todas juntamente con la Reina, y no viendo á persona alguna á quien hacer cortejo, dijo ésta:— Madre mía; ¿qué Señora es esa á quien tengo de recibir?—Pues, hija—respondió la Santa,—¿no ves esa Señora de vestiduras blancas, en extremo hermosa?—Quedaron todas llenas de confusión por no poder descubrir aquella hermosura; y viendo á la enferma que con señales de profundísima veneración y amor extendía los brazos, bañado en alegres resplandores el rostro, haciendo ila-

ción de estas demostraciones, entendieron que era la visita del cielo, y que era la Emperatriz de la gloria la que hacía la visita.

No conoció la Santa quién era aquella Señora que entró en su cámara vestida de candores de pureza, porque teniéndose, como tan humilde, por indigna de favor tan estudiado, no le pudo caber en el pensamiento tan gloriosa fortuna; y si la conociera, reservara para sí el gozo de merced tan soberana, y la sepultara en su silencio. Quiso Dios y su piadosa Madre prevenirla con este misterioso aviso, aunque ya como esposa prudente esperaba al Esposo con la lámpara encendida; pero atendidas las circunstancias de este venturoso suceso, diríase que plugo á la Majestad divina supiesen las damas que asistían á la paciente, cuán agradable era á los divinos ojos aquella alma á quien la Madre de las Misericordias favorecía con tan amorosas caricias. Como quiera que fuese, quedó la Santa con esta visita muy confortada, conservando por algunas horas las luces y resplandores de su rostro, que daban

testimonio de su felicidad, como le dieron del de Moisés los resplandores que ocasionó el coloquio que tuvo con Dios en el monte; y aunque en Moisés es infinitamente superior la causa, pudo en esta ocasión dispensar la divina Providencia que fuesen parecidos y semejantes los efectos.

Era la malicia de la enfermedad tanta, que mentía fementidas en todas las señales que gobiernan el juicio de los médicos para formar su diagnóstico; porque en el semblante no alterado, en la entereza de la voz, en la agilidad de los movimientos, y en la firmeza y robustez de los pulsos, hallaban apoyo para dar esperanzas con favorables pronósticos. Todo esto daba más lugar para que la Santa Reina, teniendo al Rey su hijo á su cabecera, pudiese conferir los medios de la paz en que se interesaban ambos reinos y ambos Reyes. La guerra era para todos manifiestamente devastadora y fatal, porque ninguna de las partes podía contar por dicha la victoria, y de cierto había de llorarla por desgracia; estando por el estrecho vínculo de la sangre tan unidas, que los Re-

yes de Castilla eran nietos de Santa Isabel, y yerno é hija del Rey de Portugal.

En este negocio tenía puesto la Santa todo su cuidado, persuadiendo á su hijo que suspendiese las armas, dándole saludables consejos para que se conservase en el santo temor de Dios, y las máximas más seguras para el gobierno de sus Estados. En esta conferencia la hallaron los médicos la misma tarde en que murió; y saliendo el Rey con ellos de la cámara para enterarse mejor del estado de la enfermedad, habiendo aquéllos reconocido novedad en los pulsos, le dijeron que estaba de cuidado y peligro, pero no próximo. Duraba aún esta conversación, cuando la Reina quiso levantarse de la cama en que estaba vestida; pero apenas llegó á tocar el suelo con los pies, dióle un mortal desmayo, que fué el último parasismo. La reina doña Beatriz y las damas todas, asustadas, prorrumpieron en grandes voces y sollozos, y entrando el Rey precipitadamente, cogió en brazos á su madre y la puso en la cama. A poco volvió del parasismo, y conoció que se moría; rezó con voz inteligible

el Credo en protesta de la santa fe, y puesto los ojos en una imagen de María Santísima, dijo el verso: *Maria, Mater gratiae, Mater misericordiae, Tu nos ab hoste protege, et mortis hora suscipe*. Después, abrazada con un crucifijo, dando dulcísimos ósculos en sus sagradas llagas, cerrando los ojos con la serenidad de quien se entrega á un suave sueño, entregó á Dios su felicísimo cuerpo, el día cuatro de Julio del año del Señor de 1336, en edad de sesenta y cinco años.

Así murió la que, para acertar á morir, vivió muriendo toda su vida. ¡Oh qué lección tan dificultosa, para cuyo acierto no sobra el estudio de una vida muy larga! ¿Cómo acertará á morir así quien vive en la distracción y ociosidad sin este estudio?

Las lágrimas y los sentimientos fueron universales, y como lo merecía una pérdida tan irreparable. Murió en la Santa Reina la paz de la república, la salud de los pueblos, el ejemplo de los vasallos, el amparo de los pobres, el consuelo de los afligidos y la apelación de los trabajos públicos; pues siendo



RETRATO AUTÉNTICO DE STA. ISABEL  
REINA DE PORTUGAL,  
TERCIARIA FRANCISCANA

1. The first part of the document is a list of names and addresses of the members of the committee.

éstos por la mayor parte castigo de pecados, se confiaba en el recurso para el perdón y la esperanza de que levantase Dios el azote de sus iras, en la virtud y oraciones de su Reina. El cadáver quedó en todas sus circunstancias hermoso y admirable; pues en las que tocan al registro de los vestidos, se desaparecieron en él los horrores de la muerte, y se admiraban los efectos y señales de la vida. Así lo protestaban la viveza del color, la serenidad no alterada del rostro, como si descansara en apacible sueño, la blancura de la carne, la expedición y flexibilidad de sus coyunturas; todo lo cual daba más esperanzas ciertas de la felicidad de aquella alma que tuvo por fuerza de sus mortificaciones tan sujeto á sus leyes aquel cuerpo, que, sin serla gravoso, fué compañero y fiel coadjutor de sus virtudes, y le dejó como sellado con tan prodigiosas exenciones para compañero de sus glorias.

Abrióse el testamento, en cuya prudente y discretísima disposición se conoció la excelencia de su entendimiento y el bondadoso carácter de su voluntad; porque de todos

sus bienes hizo herederos á los pobres y al convento de Santa Clara de Coimbra, planta felicísima de su devoción, porque era un hermoso pensil de virtudes, que con el olor suavísimo de sus buenos ejemplos son delicia y recreo de las almas santas. Dejaba muy encargado en su testamento que se le diese á su cuerpo descanso en el sepulcro que tenía fabricado en vida en aquel convento, y que no se hiciese en él aquella manipulación y destrozo que ha introducido la vanidad de la grandeza, con horror de la humanidad y agravio de la pudicia, que en las mujeres, aun después de la muerte, estima y enseña la naturaleza, pues vemos que de las que mueren ahogadas en la mar, salen los cuerpos á la superficie de las aguas puestos boca abajo, celando la naturaleza su pudor y decencia.

Tratóse del entierro con larga conferencia y contrariedad de pareceres, porque habiendo muerto en el día 4 de Julio, cuando el sol abrasa más activo, y en un clima tan ardiente como el de Estremoz, les parecía á los más que sería temeridad llevar el cadáver

á Coimbra, teniendo su corrupción por cierta; y que estando al rigor de las cláusulas del testamento no se contravendría á la última voluntad dándole sepultura en el convento de San Francisco de Estremoz, y trasladando en tiempo competente los huesos á Coimbra. Otros sentían que el embalsamarle era el medio único de dar cumplimiento al testamento, y que el reparo que en esto se hacía era melindre y hazañería de la honestidad. El Rey, la Reina y los Religiosos testamentarios, que tenían de las virtudes de la Santa altísimo concepto, fundado en milagrosas experiencias, venerando las disposiciones de la difunta, tomaron la resolución de llevarlo entero, como estaba, á Coimbra, distante de Estremoz treinta y dos leguas. Vestido con su hábito de Santa Clara y en vuelto en paños blancos, pusieronle en un ataúd de madera ordinario, sin más defensa á las inclemencias del sol, que un cuero de toro que cubriese la caja.

En esta forma se dispuso la jornada, acompañando el Rey y los grandes de su corte al difunto cuerpo. No tardó mucho la Provin-

dencia de Dios en sacar airosa y bien desempeñada la piadosa fe del Monarca, que á vista de las prodigiosas señales que había visto en el cadáver de su santa madre, tuvo por cierta su incorrupción. A la jornada primera reconocieron los que llevaban el cuerpo que por las junturas de las tablas del ataúd salía un humor acuoso; y debiendo haber tomado el dicho al olfato y no á los ojos, persuadidos de que era efecto de la corrupción, dieron cuenta al Rey, muy asustados, para que se tomase providencia conveniente. Registróse esta humedad, y hallóse ser un humor cristalino, de olor tan suave y tan extraordinario, que á su suavidad no alcanzaban los más preciosos aromas. Recogióse este humor en los lienzos del Rey y de los señores de la comitiva con tanta admiración como alborozo, dando gracias al Señor, bañados en lágrimas de ternura, por esta maravilla.

Con este prodigio se avivó la fe de todos los conductores, y quiso Dios que ésta se confirmase con dos milagros evidentes. En el discurso de esta jornada cayó enfermo de una ardiente y maliciosa calentura Juan Ma-



ceiro, que había sido el caudatario de la Santa Reina. Era su desconsuelo grande, aun más que por su dolencia, por no poder asistir con todos á esta función; pero montando en fe, afligido y confiado se abrazó del féretro pidiendo salud á su Santa ama, y calmó de repente la calentura, quedando enteramente sano para proseguir su camino. Al pasar por Alentejo, cuyo camino es muy fragoso y áspero, parecía que todas aquellas rústicas malezas eran jardines de vegetables aromas, y se percibía en aquellos campos incultos una suavidad de olor tan fragante, como si todos estuviesen llenos de variedad de flores. Á este tiempo en que todos estaban llenos de admiración gozando de la grata dulzura de este afecto, sin tener á los ojos causa natural á quien poderlo atribuir, llegó al féretro el Rmo. P. Fr. Fernando Martínez, uno de los albaceas, picado de una ardiente calentura, y poniendo los labios con fe y devoción en la juntura de las tablas por donde salía el humo del santo cadáver, quedó limpio de la calentura y con salud perfecta.

Puse en el prólogo de la vida de esta Santa, por jeroglífico suyo, al arco celestial iris, y en esta maravillosa fragancia que exhala el venerable cuerpo, veo cumplidamente cabal la propiedad del jeroglífico. Del arco iris cuentan los naturales que, cuando ya exhalada la nube en que se forma en blandos rocios que anunciaron la serenidad, se desaparece, entonces tocando con sus dos corvas puntas en la tierra los dos sitios en que aquellos extremos tocan, gozan los privilegios y exenciones de los jardines, oliendo como si estuviesen cubiertos de flores; porque aquel arco que puso Dios en el cielo para feliz anuncio de la paz, quiso que se desapareciese como rosa, dejando en testimonio de sus benignas influencias recreada la tierra con la fragancia de sus olores. Estuviera demás la aplicación habiendo visto en nuestra Santa tan bien logrados del iris celestial ambos efectos.

Después de siete días de jornada, llegó el venerable cadáver á Coimbra donde esperaba inmenso concuiuso, no sólo de la ciudad, *sino de los pueblos comarcanos y aun de las*

partes más remotas del reino; pues habiéndose explayado á todas su liberalidad y beneficencia, quisieron todas ~~contribuir~~ en su pérdida con su justo dolor y amargo llanto. Eran las ~~exclamaciones~~ de la pena de su muerte tantas, como las aclamaciones de su ~~santidad~~. El tropel en tanto concurso por acercarse y tocar la caja mortuoria era in comparable, con que llegó su comitiva con suma dificultad á la iglesia del convento de Santa Clara. El Obispo hizo cerrar las puertas, y reconociendo el peligro que en concurso tan turbulento podía tener la entereza del cadáver expuesto á las temeridades de una devoción indiscreta, tomó la resolución de ponerlo aquella noche en su urna, con gran secreto y á la hora más callada. Para lograr el intento se quedó cerrado en la iglesia con algunos sacerdotes, religiosos y criados de la Reina, los cuales sacaron el ataúd de las andas, registraron la urna, y pusieron á punto todas las cosas necesarias para colocarle en su lugar á hora competente.

*No pueden las industrias humanas atajar*

los altos fines de la Providencia divina, empeñada en manifestar al mundo las glorias que le mereció esta admirable y fuerte mujer, con los fervores de su celo y el ejercicio de sus virtudes heroicas. Con esta intención dicha y prevención hecha, se quedaron todos sepultados en un sueño tan profundo, que cuando despertaron tenía ya el sol bañada toda la tierra con sus alegres rayos. En dos ó tres hombres pudiera ser la pesadez de tan largo sueño casualidad originada del cansancio ó la tristeza; pero en tan muchos se conoció ser misterio. Reconoció el Obispo que la cautela que eligió por prudente, era no conveniente, y cedió de su dictamen por no tiranizar á la devoción y piadosa fe de aquellos tristes vasallos la dicha de ver á su difunta Reina. Desengañado, previno guardas al féretro para embarazar los excesos temidos, y mandó abrir las puertas de la iglesia.

Dióse principio á los funerales con la solemnidad que pedía esta Real función; pero se oyó en el coro de las Monjas un ruido *grande é* intempestivo que turbó la quietud

y solemnidad de los Oficios. La causa motivóla una Monja que había mucho tiempo que estaba en la cama paralítica y baldada, á quien en vida la Santa Reina visitaba caritativa y regalaba liberal. Ésta sentía sumo desconsuelo de no poder asistir con todas sus hermanas á las exequias de su madre; así llamaba á la Reina á boca llena. Afligida con esta consideración, y llena de fe por la experiencia que tenía de sus virtudes y noticia de sus milagros, pidió que la consolase. Oyó Dios la petición de la enferma, y en crédito de la santidad de su sierva la dió entera y repentina salud; y saltando de la cama se fué al coro lanzando desaforados gritos como si estuviera fuera de juicio, dando á entender que tenía sus desacuerdos el gozo como el dolor.

Las voces, y el ver las Monjas tan estupendo milagro, multiplicó en su celebridad la gritería, y ésta se participó al concurso de la iglesia con la noticia del suceso, y causó en todos los mismos efectos. Oíanse con extraña confusión barajados entre sí, lamentos y aplausos, suspiros y alabanzas, lágr-

mas y aclamaciones: veíanse equivocados y confundidos afectos varios, con un semblante mismo; porque las lágrimas parecían efecto del dolor y eran de alegría; parecían de alegría, y eran de devoción. Las voces engañaban ó confundían con la mismas equivocación los oídos, porque sonaban tristes en funesto tono de quejas, y alegraban con la dulce consonancia de alabanzas y aclamaciones; siendo en esta función majestuosa la confusión y ruido nobles circunstancias que subieron de punto su celebridad.

Acabada la Misa pontifical, se oyó nueva conmoción y tumulto en el coro de las Monjas, que á grito herido pedían que las dejasen ver á su madre, á su restauradora, á su maestra, á quien debían el estado de religiosa perfección que gozaba su convento, á influencias de sus ejemplos y virtudes. Eran los sollozos. los suspiros y los extremos lastimosos que hicieron, tantos, que enternecieron los corazones del Obispo y de la corte. y tomaron la resolución de entrar el cadáver en la clausura para darles este con-

suelo. No fué esto acaso ocasionado de los porfiados ruegos de las Monjas, sino Providencia divina, para que, á instancias de su devota porfía, se viese aquel milagro de incorrupción, después de nueve días que anduvo por los campos en los fuertes ardores del estío aquel cadáver, que en ninguna cosa lo parecía. Abrieron la caja, desenvolvieron el cuerpo de los paños blancos que le cubrían, y le dejaron en su hábito penitente, que le fué en vida gala de los desengaños, y ahora su mortaja. Quedaron pasmados el Obispo y sus asistentes, viendo en un cuerpo difunto todas las señales de la vida; porque el rostro conservaba el color perfecto y vivísimo, la carne su natural blandura y suavidad, y las coyunturas todas flexibles.

Los aromas que despedía eran, por lo deliciosos, del todo desconocidos; y tan copiosos, que se participaron á todo el anchuroso ámbito de la iglesia. Las Monjas, con ambiciosa devoción, no sabían apartarse de aquel tesoro descubierto. Llegaban ansiosas á besar sus pies y manos con delicia de todos sus sentidos y consolación de sus almas. Llegó

una Monja, llamada sor Constanca, que tenía perdida una quijada de un horrible cáncer: puso su boca con devota ternura sobre los pies de la difunta, y quedó libre de su asquerosa dolencia. Cada paso que se daba en estas exequias, era con milagros; y así á cada paso tomaba más fuerza la devoción admirada, cediendo todo en mayor crédito de la santidad de la Reina.

Con no poca dificultad sacaron el cuerpo del poder de las Monjas, porque teniéndole por tesoro suyo, se llevaban con él sus corazones. Quedáronse con las sábanas en que había venido envuelto, que sin esta prenda tan de su consuelo por reliquia, no hubieran hecho la entrega. Dieron telas ricas para envolverle, que pudieron ser más preciosas, pero tan estimables, y cerrada la caja se entregó de ella el Obispo y se colocó en la urna del majestuoso sepulcro que la Santa había mandado fabricar en vida. Las andas y el paño en que fué traído el cuerpo desde Estremoz, se distribuyeron como despojo preciosísimo de que estaba ambiciosa en todos la devoción.

En este tiempo, un noble ciudadano de Coimbra, oprimido del tropel del concurso, puso incautamente el pie en un clavo de las despedazadas andas, de que quedó malamente herido. Eran los dolores vehementísimos, porque al sacar el pie para librarle de la punta del clavo, hizo mayor la rotura, y más dolorosa la herida. El triste hombre, quejándose de su desgracia, dijo en alta y lastimosa voz: "¡Qué es esto, Santa Reina mía! Cuando los baldados tienen la dicha de volver á su casa sanos, porque la tuvieron de veros y asistir á vuestras exequias, ¿yo, que vine sano, y que con tanta devoción y fe os reverencio, he de volver á mi casa tullido? Eso no, eso no, señora; que no es creíble de vuestra piedad „ Oyó la Santa las voces de esta queja amorosa, y fué Dios servido que por su intercesión no quedase frustrada la fervorosa fe de su devoto; calmaron al punto los dolores, se cerró la herida sin quedar cicatriz alguna, y sólo quedó la sangre para testigo y rúbrica de este milagro. Con esta celebridad tuvieron fin estas funerales funciones, en cuyas admirables circunstancias

cuantos los motivos de admiración y de gozo, tantos fueron de llanto y de tristeza, reconociendo la pérdida grande que había hecho todo el reino, en una Reina cuyas virtudes recomendaba la Omnipotencia divina con tan insignes milagros.





## CAPÍTULO XIV

---

### MILAGROS QUE OBRÓ EL SEÑOR POR INTERCESIÓN DE SANTA ISABEL

**P**UESTO ya el venerable cadáver en su rico y majestuoso mausoleo, le atendía la común devoción como á prenda en que tenía afianzados el remedio y alivio de sus dolencias. Las experiencias fundaban nuevas esperanzas, y éstas se lograban en frutos de patrocinio que más y más fomentaban la fe de los dolientes: el concurso de éstos era continuo, cebado como estaba en intereses de tanta importancia cuanto lo es la salud. Referir uno por uno todos los milagros, fuera materia muy molesta y casi im-

posible; y por evitar prolijidad me ceñiré á la relación breve de pocos.

Estaba una mujer, natural de Lamego, poseída de una legión entera de demonios, cuya furiosa tiranía la atormentaba con impiedad, como suya; y de este tormento alcanzaba no poca parte á las personas que de lástima ó de obligación la asistían para que no se despedazase. Pusieron todas las diligencias posibles, llevándola á diversos Santuarios y haciendo muchos exorcismos, á cuya eficacia salieron los más de los demonios, quedando solos siete, los más pertinaces, y á este paso los más crueles. No alcanzaban remedios para vencer su rebeldía, hasta que una vez se hallaron constreñidos por fuerza superior y divina á decir que no se cansasen los exorcistas, porque este triunfo estaba reservado á la poderosa virtud de Isabel, la reina de Portugal. Llevaron á la infeliz paciente á Coimbra con sumo trabajo, y cuando llegó á la vista del sepulcro fueron sus extremos y sus gritos tan formidables, que del horror se erizaban en todos los cabellos. Tocáronla una reliquia, y dióse

por vencida la terquedad de los demonios, y salieron dejando de su fuga en hedor y en humo señales ciertas de tan infames huéspedes.

Una mujer llamada Dominga Domínguez llegó á estar en el último peligro de la vida, desangrada de una sanguijuela que se le asió en lo más ínfimo de la garganta. Hiciéronse en ella todos los remedios que alcanza la Medicina, sin efecto alguno, siendo mayor de día en día la falta de sangre y de la respiración. Viendo que no podían remedios humanos obrar su curación, acudió á los divinos, y habiéndose prevenido con los Santos Sacramentos, se hizo llevar al sepulcro de la Santa Reina, poniendo con fe firme en su intercesión toda su esperanza. Logró felizmente su fe, pues á vista del sepulcro se desasíó aquella insaciable bestezuela, saliendo por la boca monstruosamente hinchada; con lo que la mujer quedó con respiración libre, y en breve tiempo se recobró de la debilidad y flaqueza que le había ocasionado la falta de la sangre. De este género refieren sus historias otros tres milagros.

Cuatro años había estado un pobre hombre en dura prisión por deudas, y sin esperanza alguna de libertad, porque el acreedor se mostraba inexorable y el preso no tenía posibilidad alguna para la satisfacción. Oyendo el triste los milagros de la Santa Reina, y acordándose de las piedades que usaba en vida con los afligidos, se encomendó á ella con mucha fe y lágrimas, haciendo voto de visitar su sepulcro, si se hallase en su deseada libertad. Oyó Dios las súplicas lastimosas de este afligido hombre, y en crédito de la piadosa fe que tuvo á su fiel sierva, movió el corazón de su acreedor para que aquel mismo día perdonase la deuda y solicitase de los jueces su libertad.

A una pobre mujer se le había ausentado su hijo, de quien en muchos años no pudo lograr tener noticia de si era vivo ó muerto. Hallábase anciana y con sumo dolor de tal pérdida, y á este paso con sumo deseo de saber de cierto si vivía, porque la duda de su vida y de su muerte doblaba su tormento. Con estas ansias recurrió al asilo de los necesitados, la Reina Santa, á quien en su ora:

ción con muchas lágrimas representó su inconsolable pena. Este mismo día el mozo que estaba distante de la casa de su madre casi cuarenta leguas, habiendo pasado tantos años en el profundo y desatento olvido de su hogar paterno, sintió en su corazón tal sobresalto é inquietud de la soledad de su madre, con tan eficaces deseos de verla, que se puso en camino, y á los ocho días llegó á su presencia para enjugar las lágrimas que ocasionó su torpe ingratitud. Confiando madre é hijo sobre las causas de esta alegre novedad, se conoció haber sido maravilloso efecto de la intercesión piadosa de la Santa Reina, pues el día mismo en que la madre hizo la súplica, hizo ésta ecos en el corazón del hijo para que corrigiese su olvido y la diese con su vista este consuelo.

Una mujer pobre que estaba criando á sus pechos á un niño, la dió el achaque de una esquinencia (angina), de cuyos remedios se le retiró la leche. Acongojada porque le faltaba el alimento de su hijo y la posibilidad para suplicarle de otros pechos, recurrió á la *protección* de la Santa, y visitando su se-

pulcro bebió una pequeña porción de vino santo que la dieron las Monjas para su remedio, el cual surtió instantáneamente su efecto, volviéndole la leche con grande abundancia. Más admirable fué este mismo efecto en una mujer anciana, que por muerte de una hija suya quedó cargada con una nieta de pechos, sin tener posibilidad para darla á criar. Con esta aflicción y congoja acudió al común refugio de las necesidades, que era Santa Isabel; y habiendo ponderado con muchas lágrimas y con fe su desconsuelo, reconoció que se le abultaban los pechos, de su naturaleza por todos títulos infecundos, habiendo pasado por ella la esterilidad de veintitrés años, y entrado ya tiempo hacía en la esterilidad de la vejez. Reconociendo esta novedad ap'icó la criatura á sus pechos, que estaban llenos de leche, y alcanzó su abundancia á todo el tiempo necesario, quedando esta mujer, por virtud de la Santa, con más propiedad que otras abuelas, dos veces madre de su nieta.

Los milagros de este género fueron muchos, y en ellos descubrió Dios cuán agrada-

ble fué á sus ojos aquella misericordia que la caritativa Reina tuvo tan singular en la crianza de los niños expósitos, en cuya asistencia tenía puestas sus delicias. Esta gracia singular también la tuvo en vida, aunque con la humildad disimulaba su virtud, dando un poco de vino confeccionado á las que les faltaba la leche para criar, y este vino es el que en Portugal llamaron vino santo; pero es cierto que los ingredientes de su confección no tienen conexión ni virtud alguna natural para este efecto; de que se infiere haber sido discreto disimulo de la piadosísima Reina, para que atribuyesen sus efectos á la fuerza de la medicina y no á la de su virtud.

En un convento de Religiosas Bernardas llamado de las Celdas, estaba tullida enteramente, de muchos años, y paralítica, una Monja, cuya fe á la Santa Reina tomó fervorosos alientos con la noticia de sus frecuentes milagros. Encomendóse á su intercesión una noche con muchas lágrimas, y habiéndose quedado dormida se la apareció la Santa en sueños, y tocándola con sus manos la dijo con alegre y benigno rostro:—Hija, le-

vántate y ve á los Maitines á hacer compañía á tus hermanas en las alabanzas divinas; levántate, que ya estás buena, y da al Señor las gracias.—Despertó la Monja, no sin asombro, y reponiéndose con reflexión del susto, se halló capaz para los movimientos de que había mucho tiempo que estaba privada. Llamó á la enfermera y pidió sus hábitos; y aunque pudiera parecer de primera instancia delirio, la experiencia de ver su agilidad desengañó á aquélla, que la vistió á toda prisa, y ella con esta misma prisa se encaminó al coro, llenando de admiración á las Monjas lastimadas antes de su impedimento, y pasadas ahora de su repentina salud; en que tuvo toda la Comunidad este nuevo motivo para detenerse fervorosa en alabanzas de Dios, admirable en sus Santos.

En el convento de Nuestra Señora de Castañera, de la Orden de Santa Clara, una Monja llamada sor Guiomar, del Espíritu Santo, venía padeciendo por espacio de cuarenta años una terrible enfermedad, de que resultaban desmayos frecuentes y tan graves, que se temía en cada uno que fuese el

último de su vida. Encomendóse con mucha fe á la Santa Reina, ofreciendo un cirio de cera en su sepulcro, y desde el día que hizo esta oferta, quedó libre de enfermedad tan prolija y peligrosa. Este suceso despertó la devoción en aquel monasterio; y se logró bien en tiempo de una epidemia de cuyo contagio estaban tres Monjas en el último aprieto. Hizo voto la Comunidad de festejar y celebrar el día del Tránsito de la Santa con solemnes Vísperas y Misa, y el efecto del voto fué tan milagroso, que las tres monjas moribundas quedaron con entera y repentina salud. Perseveraron veinticinco años en esta devoción, hasta que el Confesor, llamado Fray Andrés de Leyría, después de tanto tiempo entró en escrúpulos, y dijo que no teniendo culto señalado por la Iglesia, la promesa que hicieron á la Reina Isabel había sido nula é imprudente, y que no permitía que en su tiempo se prosiguiese. Siguiéron su parecer la Abadesa y dos Monjas, con grave sentimiento del resto de la Comunidad. Llegó el día del Tránsito de la Santa, y á la hora de las Vísperas cayeron de ex-

dientes calenturas el Confesor, la Abadesa y las dos Monjas. El día y la hora dejó poco que discurrir en la causa de aquellas enfermedades; y persuadidos con tan costosa experiencia á que era del agrado de Dios el cumplimiento de la promesa, prosiguieron más fervorosas que antes en la celebridad, y alcanzaron salud perfecta.

Una doncella huérfana de padre y madre recurrió al puerto seguro de la Religión para librarse de los peligros que corre la juventud en el golfo del siglo. Persuadióse á que los bienes suyos alcanzarían á la dote, y en esta confianza tomó el hábito en el convento de Santa Clara de la Ribera. Corría muy adelante el año de su noviciado, y habiéndose hecho avance y tanteo de sus bienes, no alcanzaban á la dote, con falta considerable. Diósele aviso para que lo solicitase de sus parientes ó bienhechores, con prevención de que no profesaría si no completaba la cantidad que para ello se exigía. Desconsolada quedó la pobre novicia con el percance, y habiendo hecho con sus deudos y conocidos las posibles diligencias, perdió las

esperanzas de recoger el caudal que faltaba para la dote. Estaba bien hallada en el estado Religioso, y sentía una pena indecible pensando que le pudiese faltar esta dicha de que ya se veía en posesión. En vista, pues, de que todos los medios que había puesto en juego le salieron fallidos, imploró la intercesión de la Reina, de cuyas piedades esperaba únicamente su remedio. Ofreció ser muy su devota, y encomendóle con muchas lágrimas, acompañadas de una verdadera fe, su necesidad; y la Santa, bien acordada de sus antiguas misericordias, socorrió largamente esta miseria, poniendo en su celda, por mano oculta, con superabundancia, la cantidad que faltaba para el cumplimiento de la dote, y porción competente para que la profesión se celebrase con todo lucimiento.

En el río que pasa por Alenquer hay, junto al molino, una poza ó pozo, sangría del mismo río, de que hay tradición ser artificial, y hecha para que en ella tomase baños la reina Isabel; y es cierto que para este efecto es muy acomodada. También es cierto que

las aguas de este río son muy saludables, singularmente en este sitio, y que esta propiedad es efecto derivado de la virtud de la Reina; ó fuese porque se bañó en sus corrientes, ó porque en sus orillas lavó muchas veces con sus manos los paños sucios del hospital. Los milagros sucedidos en estas aguas por la fe de los que entran en ellas por devoción á la venerada Reina, han sido muchos; pero dos pasados en el proceso de su canonización son muy singulares.

Un mozo tenía cubierto todo el rostro y garganta de venenosas verrugas, y hecho un monstruo de fealdad. Encomendóse á la Santa, se entró en el baño, y salió de él libre de aquella penosa monstruosidad que tan abominable le hacía, y sin leve señal ni cicatriz alguna, con admiración de todos los que tuvieron por incurable su mal. Un hombre tullido, paralítico de pies á cabeza, enfermo y con un corrimiento ó fluxión de ojos que le tenía sin vista, desengañado ya de las muchas experiencias que en él había hecho *la Medicina* sin más efecto que agravar sus *males debilitando* las fuerzas, tomó la reso-

lución de que le llevasen á este baño, donde por méritos de la bondadosísima Reina tenía fe de verse restituído á la salud. Sucedióle como le dictó su devoción, y del baño primero salió ya enteramente sano de tanto tropel de achaques y dolores.

Tenía el convento de Santa Clara de Coimbra costumbre piadosa, el día del Tránsito de la Santa Fundadora, de dar de comer á los pobres que con el pretexto de esta solemnidad concurrían. En un año de mucha hambre fué tan excesivo el número de pobres, que las monjas se afligieron viendo que la extraordinaria prevención que tenían hecha, atenta á la común necesidad, no podía alcanzar al socorro de la mínima parte del concurso. Llegaron á estar casi determinadas á suspender esta limosna, por excusar el desaire de andar cortas, dando ocasión de pena y de envidia á la necesidad no socorrida, á vista de la que quedase satisfecha. El clamor de los pobres venció esta aprensión, y se resolvieron á dar la limosna hasta donde alcanzase. Hacíase este convite en nombre de la Reina, y era punto de su Real pie-

dad y de su admirable virtud que las monjas quedasen contentas y muy airosas, y los pobres, no sólo satisfechos, sino muy hartos; pues habiendo comido todos con abundancia, sobró para otra refección bastante comida. Esta gracia de multiplicar á favor de los pobres, la tuvo la Santa en su vida muy familiar, y la conservó después de su muerte, teniendo en el cielo más amplios poderes para beneficiar.

Los milagros que Dios obró por intercesión de su sierva en los monasterios de Santa Clara de Coimbra y de la Ribera, son muchos; y á este paso la devoción y fe de las monjas, que tenían este recurso cierto en sus trabajos y tribulaciones, y como agradecidas se esmeraban en su culto. Sucedió en el convento de la Ribera que un cantero que trabajaba en la obra de una casa, no quiso dejar el trabajo el día en que aquella Comunidad celebraba fiesta á su Protectora. Hicieron instancias las Religiosas para que aquel día suspendiese la obra y no embarazase la solemnidad de su fiesta; mas él, con sobrada terquedad y codicia, contestó que de.

ninguna manera quería perder el jornal de aquel día. No quiso excusar su trabajo y hallóse en otro mayor y que no estaba en su mano el librarse de él, porque se baldó de todo un lado, quedando incapaz de movimiento como si fuera un tronco. Su desconsuelo fué tan grande como su desdicha, y ésta revistió las calidades de la culpa, pues tuvo por único remedio su arrepentimiento.

Reconoció por causa de su desventura la poca reverencia con que oyó los ruegos de la Comunidad para la suspensión del trabajo de aquel día, en que estorbaba el festivo culto de la Santa; y tan compungido como escarmentado, pidió perdón de su indevota porfía, con firme propósito de no trabajar en día semejante y en tales circunstancias, y la Reina piadosa alcanzó de Dios la salud, dejándole advertido con este aviso.

Tenía una mujer un gran tumor en una mano, que le cogía por la parte superior todas las cuerdas y nervios, con gravísimos dolores, y sin poder usar de la mano privada de todo movimiento. Usó de todos los re-

medios de la cirugía para resolver el tumor, siendo la supuración muy peligrosa, lo cual la hacía estar con grande abatimiento, porque ninguna de las medicinas había surtido efecto alguno favorable. Tuvo la buena fortuna de que le dieran una cinta que en la enfermedad última de la Reina había servido en la curación de su apostema, y atándose con ella la mano baldada con mucha fe y devoción, se resolvió al instante el monstruoso tumor que con acerbos dolores embarazaba el uso y movimiento de la mano, la cual quedó sana y expedita, sin señal alguna de morbosidad.

Estaba trabajando un carpintero en andamios muy altos, y sintiendo que éstos empezaban á desplomarse, con evidente peligro de su vida, llamó con voz alta á la Santa Reina pidiendo su protección y socorro, y al punto los tablones desasidos de sus clavazones y ataduras, que venían con el hombre al suelo, se volvieron á encajar en sus lugares propios, y con ellos el carpintero, sin haber perdido pie, se halló firme y libre de este *peligro*, de cuya maravilla hizo la Comuni-

dad de las Monjas, donde era la obra, solemnemente hacimiento de gracias.

Una mujer llamada Inés de Almeyda, estando de sobreparto se le secó la leche, y de un mortal accidente quedó sin habla, y á juicio de los médicos, sin esperanza de vida. Entristeciósse mucho el marido, y salió de casa á buscar quien criase á su hijo, dejando providencia para que su mujer estuviese asistida en tanto aprieto. Quedó aquella noche el hombre fuera de su casa en una aldea cercana, donde buscaba ama que criase al niño: recogióse para descansar; pero con pesares grandes no hay descanso, y es cierto el desvelo. Estando despierto, acordó pedir el remedio en tan gran necesidad y trabajo á Dios, por intercesión de la Reina, de quien era muy devoto, con fe firme de ver por este medio logradas sus esperanzas. De pronto, apercibióse de una luz nueva y más clara que aquélla que él tenía encendida en la cuadra para distraer su tristeza, pareciéndole que veía á su mujer buena y sana y con su hijo en los brazos.

Esta visión, que podia ser de consuelo, le

sirvió de pena, persuadiéndose á que sería ilusión de su fantasía. Azorado de esta inquietud dejó la cama y salió para regresar á su casa, á la cual llegó al salir el sol, y entró, diciendo á sus criados y familiares:—Ó mi mujer está buena, ó yo he perdido el juicio y vengo loco.— Buena está mi ama, respondió un criado;— desde anoche á tal hora que la teníamos moribunda y la hallamos de repente buena.

No se cree fácilmente el bien que mucho se desea, hasta que las evidencias le aseguran; y así el hombre, sin reparar en la molestia que podía causar á su mujer, de quien le habían dicho que descansaba de la pasada tormenta, entró á verla, y la halló con entera sanidad. Examinó con todo cuidado la hora en que había sentido su admirable mejoría, y halló ser la misma en la que su devoto desvelo hubo visto la visión. Fuése al punto á dar gracias á Dios y á su sierva de este beneficio, y volviendo á su casa, aunque no se había hecho la experiencia de si á la enferma se le había restituido la leche, la *mandó el marido* con fe muy cierta que die-

se el pecho á su hijo, porque la Reina Santa hacía cumplidos y cabales los beneficios. Así fué; y la mujer salió aquel día de la cama como si no hubiera pasado por ella tal peligro.

María Martínez, ciudadana de Coimbra, había cegado de una terrible fluxión á los ojos, habiendo vivido varios años con sumo desconsuelo por la pérdida de la vista. Oyendo las frecuentes maravillas que por virtud divina hacían glorioso el sepulcro de la Reina, hizo voto de ofrecer cantidad de cera en honor y culto suyo, con viva fe de conseguir por este medio la vista. Postróse con humildes ruegos y lágrimas delante del sepulcro, y hallóse vencida de un suave sueño: cuando despertó, vió con uno de los ojos, aunque con alguna confusión, toda la iglesia y los ornamentos del sepulcro. Esta feliz premisa de su devoción alentó más su fe, para que con esperanza mayor prosiguiese en sus oraciones; y cuando salió de la iglesia ya el ojo estaba claro, y veía con toda distinción lo que se le ponía delante. Entró en su casa dando gracias á Dios de este beneficio, y comuni-

cando con una hermana suya su fortuna, se alentaron ambas á no desistir de la empresa hasta conseguir enteramente cumplida la merced que por intercesión de la Santa había hecho el Señor; y estando en estos propósitos abrió el ojo que había quedado ciego, con perfecta vista y tan claro como el otro. Dió también el Señor vista á otras dos ciegas por los méritos de su sierva, aunque no con las singulares circunstancias del primer milagro.

En una fiesta de toros que se corrían todos los años en la celebridad de la Santa, un toro bravísimo se salió del coso agarrochado, y se encaminó al monte de Nuestra Señora de la Esperanza, en cuya eminencia estaba amontonada mucha gente, porque desde allí se registraba la plaza que está entre el convento de Santa Clara y el palacio que fabricó la Reina. Subió el animal furioso y herido por la ladera del monte, y huyeron todos de su fiereza, excepción hecha de una pobre mujer que se halló con una criatura suya en los brazos, cortada con el miedo y *sin fuerzas* para emprender la fuga. Habíase

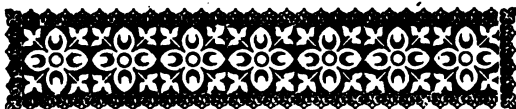
retirado la mujer á esfuerzos del temor de su peligro á una punta del monte, debajo de la cual formaban tajadas peñas un formidable precipio. Buscóla con ciega cólera el feroz bruto, y la mujer, viéndose sin remedio, llamó en altas voces á la Reina Isabel, pidiéndola socorro. Ejecutó el golpe el toro, y arrebatado de sus iras se precipitó al fondo del precipicio, llevando tras sí á la mujer y al niño.

La compasión de los que miraban esta funesta tragedia llenaba el aire de lastimosos gritos; pero fueron éstos muy presto festivas y gozosas aclamaciones, porque el toro se hizo pedazos del golpe, pero la mujer y el niño quedaron sin lesión alguna, y todos llenos de admiración de tan estupendo milagro.

Otros muchos milagros constan de varias historias que se han escrito de esta gloriosa Santa: los que se aprobaron en el proceso de su canonización fueron seis personas moribundas, sacadas de las fauces de la muerte con sanidad perfecta y repentina; cinco tullidos, dos leprosos, y un loco furiosísimo res-

tituído á su entero juicio sólo con tocar las piedras del sepulcro, donde le llevaron atado. En el libro que escribió el Rmo. P. Fray Antonio de Escobar, de la Real Orden de la Merced, dice haber visto el Elenco de los milagros de esta Santa, y entre otros muchos la resurrección de diez muertos, aunque de esto nada veo en nuestros historiadores.





## CAPÍTULO XVI

---

DESCÚBRESE DESPUÉS DE MÁS DE DOSCIENTOS  
AÑOS EL VENERABLE CADÁVER DE SANTA  
ISABEL INCORRUPTO Y CON MARAVILLOSA  
FRAGANCIA.



Como la muerte es estipendio del pecado, es estipendio de la virtud la inmortalidad, no sólo la substancial que goza en la gloria por premio, sino la accidental que goza en la memoria de los hombres por aplauso. De una y otra inmortalidad gozaron las virtudes heroicas de Santa Isabel: por premio hicieron felicísima á su alma con el goce de la eterna gloria; por aplauso hicieron gloriosa su memoria en las voces de la fama. No podía sepultar el olvido virtudes

que publicaban con clamorosa voz continuos milagros, rompiendo los silencios del sepulcro, y así tenían eterno verdor sus alabanzas. Siendo, pues, tan constante sin alguna intercadencia la celebridad famosa de su nombre, es mucho de ponderar la lentitud espaciosa con que se procedió á solicitar los eclesiásticos cultos.

El Pontífice primero que favoreció los deseos de los reinos de España — que todos estaban interesados en esta gloria — fué León X, que en el año de 1516, ciento y ochenta años después del felicísimo tránsito de la Santa, dió la Bula de su beatificación, limitando el culto á sólo el obispado de Coimbra. Extendióse después esta gracia por Paulo IV á todo el reino de Portugal, á quien siguiendo Gregorio XIII, confirmó este privilegio con acrecentamiento de grandes indulgencias á la Cofradía de la Santa, fundada en el Real convento de Coimbra.

Faltaba el último complemento para el universal culto en la canonización, y solicítóle con fervores el malogrado rey D. Sebastián, con cuya fatal pérdida calmaron las

diligencias y se marchitaron floridas esperanzas. Prosiguió este empeño tan piadoso el señor D. Felipe III de gloriosa memoria, tomando á su cargo este negocio, y alcanzó de Paulo V la expedición del Rótulo para la formación de los procesos; pero habiendo muerto, heredó su hijo el señor D. Felipe IV, el Grande, con el reino, la piedad y devoción de su padre, y prosiguió con mucho ardor este negociado con el mismo Paulo V, y después con el sucesor Urbano VIII. Ínterin se formaban los procesos, tomóse la resolución de abrir el sepulcro y registrar el cadáver que tantos años estuvo oculto en sus melancólicas sombras.

Dió motivo á este descubrimiento un rumor incierto y vago que corría por todo el reino, de que el cuerpo de la Reina estaba entero y maravillosamente incorrupto. No tenía esta voz apoyo alguno que pudiese dar motivo á una prudente credibilidad, siendo indubitavelmente cierto que desde que se encerró la vez primera, no se había abierto ni registrado el sepulcro. Esforzábase más esta voz cada día, sin saber su origen, y

cuando más diligencias se hacían, siempre sin fruto, comenzó á circular con gran misterio, de modo que ya todos la daban fe, porque teniéndola por voz del pueblo, la atendían como profecía. La atención discursiva decía que esta voz vaga era aviso para que se descubriesen las maravillas de Dios en su Santa, y que el descubrir su cuerpo no podía tener inconveniente, porque por las premisas que se tenían de su incorrupción en los nueve días de su entierro en la estación más ardiente del estío, daban por segura la consecuencia de que perseverase á pesar de dos siglos, y que por especial providencia divina habría perdonado el diente roedor del tiempo á un cuerpo en quien no se atrevió la muerte á ejecutar sus estragos.

Dado caso, continuaban diciendo, que el cuerpo se hubiese resuelto en cenizas, era también conveniente que se descubriese; porque un milagro, como lo sería el de la incorrupción, que saliese incierto después de haberlo dejado correr con tanta plausibilidad, no por eso había de enflaquecer la fe de otros milagros ciertos; y así que en todo

caso el descubrirlo era acertado y conveniente, ó para el consuelo si estuviese incorrupto, ó para el desengaño si no lo estuviese. En esta consideración se determinó abrir la urna, habiendo prevenido que quince días antes no se echase olor alguno en la iglesia; porque si, como se esperaba, estuviese el cuerpo incorrupto y con fragancia, no se confundiese ésta con otros olores postizos en que pudiese peligrar la verdad y crédito de esta maravilla.

En el día 26 de Marzo del año 1612 se abrió el sepulcro, en que se halló la caja de madera toda entera, y sin lesión ni señal alguna de carcoma. Poco reparo se hiciera en la entereza de la caja, si no se hiciese reparable la corrupción de la alcatifa ó alfombra y del cuero de toro con que estaba cubierta, de todo lo cual habían quedado pocos pedazos, que en la poquedad fueron reliquias. Halláronse inmediatamente arrimados á la caja, el bordón y la esclavina que la Santa trajo de la primera romería que hizo á Santiago, y unas alforjas de lino que usó en la segunda, y todo estaba con la misma integri-

dad y lucimiento que el día en que allí fueron colocados. Abrióse la caja de madera, y fué como si hubiesen derramado por el ámbito de la iglesia pomos de preciosos aromas y de fragancia tan extravagante, que se conocía bien ser confección del cielo: logróse á toda satisfacción la prudente cautela que se tuvo en que quince días antes no entrase en el templo olor alguno; aunque siempre este tan nuevo y extraordinario, por lo sobresaliente y exquisito, dejara sentada la mayor nobleza y preciosidad de su origen.

Estaba el cuerpo envuelto y cosido en un encerado de lienzo, y después en una colcha blanca; y según la mayor inmediación con que estaban, era su entereza é incorrupción más evidente, y la suavidad del olor más activa. Quitadas ambas cubiertas, apareció el venerable cadáver vestido de estameña plateada, algo obscura, ceñido con la cuerda de San Francisco, y compuestos con aseo y concierto los pliegues; la cabeza cubierta con tocas de lino, y sobre éstas un velo de *seda negro*, y en todas sus circunstancias *con hábito* de monja Clarisa. El velo negro

fué inventiva de las monjas, que en el modo posible quisieron hacer esta devota lisonja á los deseos que la Santa tuvo en vida de ser Religiosa; y también fué una noble ambición de que pareciese suya. Descubierto este prodigio de incorrupción, era todo en los circunstantes admiraciones asistidas de tiernos afectos, explicados en lágrimas por los ojos, y en alabanzas y aplausos por las lenguas.

Levantaron los velos blancos para registrar el rostro, siendo disculpa de una curiosidad que era toda veneraciones, el amoroso deseo que tenían de una Reina que fué la delicia, el consuelo y adoración de sus vasallos. Se conservaba el rostro en todas sus partes entero; su color blanco como de un alabastro purísimo, la boca cerrada, el ojo derecho cubierto con su párpado, y entreabierto el izquierdo con la pupila de color verde en elevación. Por debajo de los velos se veía el cabello rubio obscuro, y corto, como ordinariamente le tienen por mortificación las Monjas: el cuello y alguna parte del pecho que fué á todo lo que pudo atre-

verse la obligación de examinar este prodigio para dar de su virtud auténtico testimonio, estaban con el mismo candor y frescura que el rostro y las manos, que hacían evidencia del resto del cuerpo milagrosamente incorrupto. En fin, se miraban en ella con un venerable asombro, soberanías de la Majestad, vestigios admirables de su hermosura, y señales indubitables de sus virtudes heroicas.

Los felices testigos de esta maravilla fueron, entre otros, el Obispo D. Alonso de Castel Blanco, D. Martín Alonso Mejía, Obispo de Leyría, el doctor Francisco Vaz Pinto, el Rmo. P. Francisco Suárez, gloria de las Escuelas de la Compañía, que entonces era catedrático de Prima en la Universidad de Coimbra, el doctor Juan de Carvalho, catedrático de Prima de Leyes en la misma Universidad, el doctor Baltasar de Azebedo, catedrático de Prima de Medicina, el Guardián del convento de la Observancia de San Francisco, y dos Lectores de Teología del *mismo* convento, con otras personas graves *y de grande* suposición, que entre todos lle-

garían al número de cuarenta, en los cuales eran los ojos fuentes de lágrimas de ternura y devoción, teniendo los corazones llenos de piadosos afectos y sentimientos santos, que ocasionaba aquel maravilloso espectáculo, en que nada se veía que no fuese patente milagro.

Las Monjas, que amaron siempre á la Santa como á Madre, y la veneraron como á maestra de sus religiosas perfecciones, tenían una devota emulación y santa envidia de no alcanzar á ver aquel prodigio, á cuyas glorias se hallaban con el primer derecho. Fueron tales los extremos y clamores que hicieron, que el Obispo de Coimbra, no pudiendo darlas el gusto tan cumplido como merecían sus afectos, arbitró que trajesen unos espejos grandes, en cuyas lunas, con los reflejos de la luz, viesen lo que tanto deseaban. No les pareció á las devotas Religiosas que habiendo visto á la Santa les quedaba más que ver ni que desear, y con armoniosas voces entonaron el Cántico del santo anciano Simeón: *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, etc., ocasionando en todas esta

afectuosa demostración, grande ternura.

Hechas estas diligencias, volvieron á cubrir el santo cuerpo con nuevos paños blancos de muy delgada holanda, no cosidos, sino revueltos y anudados, y sobre éstos un paño de terciopelo carmesí; y cubriendo la caja, la colocaron en su antigua urna de piedra, que era la misma que la Santa mandó labrar en vida con muchos primores. Recogiendo con devota codicia el Obispo de Coimbra los despojos del sepulcro, los partió para gratificar con sus preciosos fragmentos los afectos de los que asistieron á ver y registrar este prodigio, y para dar á personas grandes del reino. Acalló las amorosas quejas de las Monjas, y enjugó sus lágrimas dándolas el bordón y la esclavina ó muceta que dió á la augusta difunta el Arzobispo de Santiago en su peregrinación primera, y la mitad de las alforjas de lino con que hizo la segunda.

Las Monjas, ricas con este tesoro, no anduvieron avaras, y se mostraron agradecidas á nuestro gran rey Filipo, enviándole *de presente* un buen pedazo del bordón, y la

mitad de la muceta para su relicario; manifestando en esto el agradecimiento suyo á las vivas diligencias que ponía en solicitar la canonización de su Santa Reina. Ni ellas pudieron dar cosa de mayor merecimiento, ni el Rey pudiera esperar otra de qué hacer tanta estimación, siendo para su real piedad esta reliquia el más relevante obsequio.

En el sepulcro, que todo él es de primorosa labor y arquitectura, no se innovó cosa alguna, y sólo se vistieron de colores convenientes muchas de las figuras de relieve, que estaban en el nativo de la piedra blanca, y quedaron á la vista más hermosas. Pocos años después, una abadesa llamada sor Antonia de Meneses amplió el ornato exterior de este sepulcro, y en un pilar de piedra azulada hizo que se grabase un epitafio en lengua latina, que, reducido á nuestra castellana, dice así:

“En el año de mil trescientos treinta y seis, á cuatro días del mes de Julio, murió en Estremoz la inclita doña Isabel, reina de Portugal, y fué sepultada en el día doce del dicho mes en este monasterio de Santa Clara,

que ella misma mandó construir y dotar. Fué mujer de D. Dionisio, rey de Portugal, é hija de los reyes de Aragón D. Pedro y doña Constanza, y madre de D. Alfonso, excelentísimo rey de Portugal, y de doña Constanza, reina de Castilla. Fué también abuela del rey D. Alfonso de Castilla, y de la reina doña María, su mujer. A éstos tuvo, á éstos honró, y á éstos dió su bendición. Su alma descansa en paz „





## CAPÍTULO XVII

---

CANONIZACIÓN DE SANTA ISABEL Y TRASLACIÓN  
DE SU SANTO CUERPO Á NUESTRO CONVENTO  
Y SEPULCRO.

**D**ESATIENDE ó desprecia la divina Pro-  
videncia las quejas ó los aplausos de  
nuestra ignorancia, porque no espera nues-  
tra aprobación para sus obras, que tienen,  
por ser suyas, el acierto infalible: no fuera  
nuestra presunción tan grande, si no preten-  
diéramos regular los efectos de lo que acae-  
ce en el mundo por nuestros pobres discurs-  
sos, formando tal vez quejas de que no sal-  
gan conformes á nuestros deseos. Mostrá-  
banse muy lastimados y quejosos los portu-  
gueses de ver el perezoso paso con que

corrían los cultos de su Santa Reina, cuando la fama de su santidad y milagros volaba presurosa por todos los reinos de Europa. Veían que en el siglo anterior á la muerte de su Soberana se aceleraban tanto las causas de otras canonizaciones, que contaban muy pocos años las diligencias; y ahora veían que contando siglos las de esta tan suspirada canonización, tenían en suspensión penosa sus pretensiones.

No podían, claro está, como finísimos católicos, formar queja de la Providencia divina, y ladeábanse sus sentimientos á culpar la omisión y lentitud con que se había procedido en este negociado; pero en mi sentir, en causa que tocando á la fe de la Iglesia es siempre gravísima, aun las omisiones humanas son efectos de la Providencia divina. Fueron muy relévenes los merecimientos de Santa Isabel, sus virtudes muy heroicas, sus servicios á la Iglesia y á la Cristiandad en la pacificación de tantas guerras sangrientas, dignísimos de alto aprecio y estimación, y la Silla Apostólica con prudentísima lentitud obedeció las disposiciones de la Provi-

dencia divina, la cual tenía destinados para tiempo determinado los cultos y la gloria accidental que de ellos resultaría á su sierva, justificando su juicio en las dilaciones, y haciendo así más estimables sus bien meditados decretos.

Mucho adelantó la causa el reconocimiento y registro del sepulcro, en que se halló entero, incorrupto y de suavísimo olor el cuerpo de la Santa, maravilla que con su ruidosa admiración avivó mucho el cuidado de los Agentes para que pusiesen en última perfección los procesos. Sentábase en la Silla de San Pedro el Papa Urbano VIII, por los años de 1625, y por instancias del Rey Católico se le hizo representación de que sería de mucho consuelo y estimación para los reinos de España ver puesta en el catálogo de los Santos á esta ínclita Reina. Oyó con poco gusto Urbano VIII esta apretada súplica, poco inclinado á celebrar canonización alguna; y para excusar súplicas que no habían de ser atendidas, con toda resolución, desengañó al Cardenal Farnesio y á D. Miguel Suárez Pereyra, Agente de Por-

tugal, diciéndoles: que no se cansasen, porque por mano suya no verían la Santa canonizada.

Mucho sentimiento les causó la sequedad de este desengaño; pero no obstante replicaron que, á lo menos, se sirviese mandar ver los procesos, y dignarse recibir un retrato de la Reina. Admitió las súplicas como por cumplimiento; como si en la imagen de doña Isabel, que mandó poner en su cuarto, no hubiera admitido el más eficaz Agente de su causa, que sin molestar sus oídos con sensibles voces, le hablase al corazón con las voces de la inspiración, que son mucho más persuasivas. Sintióse de allí á poco inclinado el Pontífice á favorecer la causa, pero con tibieza, á que dió calor la Santa con el soborno de dos milagros.

Encontrándose Urbano VIII en Frascati; por evitar los cambios atmosféricos de Roma, que son á la salud tan peligrosos, enfermó de malignas calenturas, que dieron cuidado, cayendo sobre tantos años. Corrió *la medicina* con sus ordinarios remedios con poco favorables señales, mientras que

la enfermedad iba descubriendo su malicia. Acordóse el enfermo de la canonización á que se veía instado por cartas apretadísimas del Rey Católico, y quiso valerse de los merecimientos de la Santa para su sanidad con prueba de sus virtudes, y su oración tuvo tan feliz éxito, que le dejaron libre las accesiones y calenturas. Los remedios hechos le habían debilitado, y en su crecida edad temía que la convalecencia fuese larga y penosa: repitió sus ruegos á la Santa, los que tuvieron tan buen despacho como los primeros, y haciendo reflexión especial sobre ambos sucesos, confesaba que debía á la Reina Isabel su salud milagrosa.

No queriendo demorar más la canonización, mandó llamar á los Agentes de la causa para que pusiesen toda solicitud en prevenir lo necesario para una función tan gloriosa, y señaló para su celebración el día veinticinco de Mayo del año siguiente, que fué el de 1625, domingo de la Santísima Trinidad, en que caía la fiesta de San Urbano, Papa y mártir, y la Traslación del glorioso Patriarca *San Francisco*: circunstancias todas mis-

teriosas, que hicieron mayor el concurso y más ilustre el aplauso. Celebróse esta canonización con el más ostentoso y magnífico lucimiento que se hubiese visto hasta aquel siglo en Roma, porque la nación portuguesa soltó los diques de su devoción y honradísima vanidad, que la sabe tener muy blen cuando la tiene; y una vanidad bien tenida, es airoso desempeño de la obligación y digna de alabanza. Las invectivas sólo las merece la vanidad de aquellos que son vanos, y no saben serlo, porque ésta, siendo inclinación, es achaque; pero la vanidad que con prudente galantería toca en el punto y crédito de quien la ejecuta, no es vanidad; es honra y es virtud.

El teatro que se formó en el gran templo de San Pedro, fué el más soberano y rico que supo idear el desvelo de los artífices y la opulencia de los interesados, que lo eran el Rey Católico, y el reino de Portugal, y aquel, en fin, en que pudiese quedar airosa una majestad empeñada por la Religión. *Hace de todo el ornato del templo una galante y menuda descripción el Ilmo. D. Fer-*

nando Correa, donde podrá lograr el tiempo con gusto la curiosidad. Al decir la oración que la Iglesia tiene dada á la Santa, el Sumo Pontífice apenas podía bien pronunciarla, impedido de lágrimas de devoción y ternura; y quedó tan devoto suyo, que en todo el tiempo de su vida tuvo siempre á la vista su imagen.

Agradecida Santa Isabel á tan majestuosas demostraciones hechas en aplauso de sus virtudes, no tuvo ociosa su piadosísima liberalidad, y confirmó la fe de todos con demostraciones admirables. Una de las más plausibles fué el haber dado salud entera á un tullido de ambas piernas, muy conocido, que vino á ser el corredor del comercio de los portentos, que desde aquel día fueron tan muchos, como se ven en pinturas y presentallas que hoy están pendientes ante su imagen el insigne Hospital de los portugueses de Roma.

La imagen de Santa Isabel se pinta ordinariamente así: Su hábito de monja de Santa Clara, cubierta la cabeza con el velo blanco; traje que usó en todo el tiempo de su

viudez. Otros la pintan con velo negro cómo se halló en el sepulcro, teniendo en la mano derecha una muleta ó bordón, en señal del que recibió del Arzobispo de Santiago en la peregrinación primera; y la mano izquierda ocupada en el escapulario enfaldado, en que se descubren unas rosas en que se convirtieron los dineros que llevaba para pagar á los oficiales; y en la cabeza, sobre el velo, la corona de Reina. Otra pintura suya es poco usada. Píntase con el mismo hábito de Santa Clara, coronada la cabeza con corona de espinas, y en la mano izquierda un Crucifijo, depuestos á sus pies la corona y el cetro, con este epígrafe latino: *Crux et Spinea Corona Domini mei, Sceptrum et Corona mea*. La Cruz y la Corona de espinas de mi Señor, son mi Cetro y mi Corona (1).

Que fuese hija del Seráfico Patriarca San Francisco en su venerable Orden Tercera, es punto que no admite duda; pero no sé qué linaje de ojeriza tienen con la luz de la ver-

---

(1) Por más que se parezca, no es la misma que ponemos al principio de este libro.

dad algunos ojos, que ponen todo su desvelo, ó en ignorarla, ó en contradecirla; y son como pájaros nocturnos que, bien hallados en la sombras, huyen del día, tropezando siempre con las dudas de la noche. Todos los que escriben su vida, así de los autores nuestros como de los extraños, aseguran que aun en su más tierna edad de recién casada, para desahogo de su devoción, se hizo Tercera de la Orden de Penitencia de San Francisco, y dió su nombre en la Hermandad ó Cofradía del famoso monasterio y hospital de Ronces Valles; y siendo esta verdad constante, y contestada por todas los autores, no faltó quien después de su muerte la pusiese pleito, porque la vió pintada con el hábito de Santa Clara. ¡Cómo si en el hábito de Santa Clara, no siendo religiosa de su Orden, no pudiese practicar los ejercicios de la Orden Tercera que había profesado antes que vistiese el hábito de Santa Clara! Vistió el hábito de Santa Clara sin ser Monja; anduvo con él, ceñida con el cordón de San Francisco diez años: ¡luego no es Tercera! Tan corto juicio como el de aquél que

sacó esta consecuencia, tuviera el que gastase el tiempo en dar solución á un disparate.

Es, empero, tan del humor del mundo el aplaudir un error sólo porque se viste de novedad, que le pareció á la Religión Seráfica que mano tan sagrada y tan poderosa como la de la Silla Apostólica debía tapar la boca á la ignorancia y á la emulación, y así lo hizo benígnamente Su Santidad (9).

Como ni la tiranía de los años, ni la incorregible violencia de los elementos, respetan Majestades, ni de su jurisdicción absoluta viven exentos los edificios que á nuestro humano juicio prometían perpetuidades en su duración, padeció las consecuencias del enfurecido elemento de las aguas el Real Convento de Santa Clara de Coimbra, á quien las inundaciones del río Mondego llegaron á poner casi en la última ruina, siendo una de las fábricas más sólidas y hermosas que había en aquel tiempo en Portugal. Mancomunado el elemento del agua con el curso de los años, ejecutaron en aquel edificio en varias ocasiones destrozos tan lastimosos, que,

desparecida y afeada su belleza, apenas conservaba rasgo alguno de lo que fué.

Esperaban las Monjas cada año la última destrucción, porque es muy raro el año que Mondego no inunde los campos con sus crecientes. Este mismo temor tenían los Reyes de Portugal, y para salir de una vez de susatos trataron de mudar á sitio seguro el convento, porque las corrientes rápidas del río no les arrebatase en el cuerpo de la Santa su más precioso tesoro. Eligióse sitio en el monte de Nuestra Señora de la Esperanza, que dista del arruinado convento como un tiro de mosquete. Comenzóse con mucho calor la construcción, poniendo la primera piedra el día 2 de Julio del año 1649, y en pocos años se puso en términos de poder realizar la traslación que tanto se deseaba.

Abrióse el sepulcro, y dos Obispos, el de Miranda y el de Pernambuco, pusieron por debajo del santo cuerpo unas toallas para sacarla del fondo de la urna; pero era tanto su peso, que no bastando sus fuerzas, pidieron favor y ayuda á otros cuatro Obispos *que se hallaban presentes, y destinados para*

llevar en hombros la caja en la solemne procesión que estaba determinada para el día de su Traslación. Fueron menester todos, haciendo el peso evidencia de la entereza é incorrupción. Estaba prevenida en el plano de la iglesia una tarima con dos gradas, ricamente adornada, donde pusieron el santo cuerpo envuelto en las ropas de lienzo y terciopelo carmesí, como había quedado la última vez que se registró y colocó en la urna. Sucedió que el Secretario de Estado que asistía para ir dando testimonio de todas las circunstancias, poco advertido y devotamente curioso, mientras registraba lo que se iba ejecutando, cayó de la tarima, dando con todo el cuerpo y cabeza sobre las losas del pavimento; caída de gran peligro, si al perder pie no hubiera solicitado su remedio, invocando á la Santa en su favor. Levantóse sin lesión alguna, y tan sin susto, que no quiso hacer más remedio que tomar unos cortos hilos de la colcha en que estuvo envuelto el santo cuerpo, en un vaso de agua que le dió el Obispo de Viseu, lo cual tomó más por devoción que por remedio ó necesidad.

En el fondo de la urna de piedra se hallaron algunas plumas que fueron desperdicios de la almohada en que tenía el cadáver reclinada la cabeza, de las cuales se valió la devoción ambiciosa para reliquias. Halláronse también dos mosquetas (1), tan blancas, tan olorosas y tan frescas, que más parecían recién cortadas de su tallo que halladas en aquel lugar. Habíanse conservado sesenta y seis años en su verdor, y pasaron de mosquetas á maravillas.

Una caja de cristales y plata de labor tan primorosa, que en ella el arte se adelantaba en preciosidad á la materia, era en la que se intentaba llevar el santo cuerpo en la procesión el día en que se trasladase; pero reconocida su grandeza y tanteado su peso, se halló no ser posible transportarla en hombros, y se sustituyó en su lugar una caja de madera forrada por dentro y fuera de tela carmesí con flores de oro, cortada á la medida del cuerpo con todo cuidado. Clamaba la devoción, porque ya que constaba hallar-

---

(1) *Especie de rosales.*

se el cuerpo entero. incorrupto y fragante, se diese el consuelo de que le viesen todos; pero habiendo consultado los Obispos y señores que habían de asistir á esta función célebre si convendría que se manifestase, resolvieron que no, porque por mucho que cautelase la prudencia, nunca se podía dar expediente bastante para moderar las indiscreciones de tan numeroso concurso, y fuera exponer esta joya á menos decorosas contingencias. Lo que se determinó fué, quitar una colcha blanca, que era la primera cubierta, y dejar el cuerpo envuelto en los lienzos y en el paño de terciopelo carmesí, que cubrían más inmediatamente el hábito.

Tomada esta resolución, trataron los Obispos de mover el sagrado cuerpo para colocarle en la nueva caja de madera; pero no fué posible, porque ésta había quedado corta por más de una cuarta. Causó esto notable enfado y confusión, y se culpaba en el oficial la enormidad del descuido; pero no fué sino efecto de superior providencia, que quiso *que de todos modos quedase manifiesta y palpable á todos la maravilla de aquella in-*

corrupción. Sucedió, pues, que porfiando uno de los Obispos en dar cabida al santo cuerpo en la caja, descompuso en parte el paño carmesí y los lienzos, y apareció toda la mano derecha, la muñeca y parte del antebrazo, todo tan fresco, tan tratable y al tacto tan suave, como si fuera carne de una persona viva, y cuando más de una recién difunta. Lo raro en este caso fué, que al punto que se descubrió en la forma dicha cupo todo el cuerpo con todas sus ropas en la caja, ajustadísimamente y sin violencia alguna.

Ninguno de cuantos se hallaron presentes pudo dudar de que este suceso no pudo ser acaso sino providencia para mayor crédito de la santidad de la Reina, y más vivo incentivo de la devoción de todos; y que los escrupulosos reparos que se habían hecho á favor de su decoro, los absolvía la indulgencia de este venturoso incidente. Consultaron de nuevo lo que se debía hacer, y salió de acuerdo que no se descubriese más que lo que se veía, pues así constaba con evidencia el estado y grado de incorrupción en que se hallaba el venerable cadáver.

Acordaron también que, teniendo la mano descubierta, era convidar á su respeto, para que no perdiesen la ocasión de besársela, pues en esta demostración veneraban á un tiempo mismo la majestad de su Reina, y adoraban la reliquia de una Santa. Besaron, pues, la mano los Obispos, y los Prelados eclesiásticos que se hallaban presentes, entre los cuales se contaba el Ministro Provincial de San Francisco, el Guardián de Coimbra, y el confesor de las monjas. Lograron esta misma fortuna los grandes del reino, los consejeros y otros personajes de alta su posición.

Sucedía todo esto en el plano de la iglesia, con vista de las monjas, que con devota envidia clamaban por que se les diese á ellas este favor, pues tenían tantos títulos para ser en esta dicha, no sólo iguales, sino privilegiadas y preferidas. Consultó el Obispo diocesano la materia con el Provincial de San Francisco, y de común acuerdo resolvieron ser justo hacerles esta gracia, pues para el efecto de salir en la procesión *evacuando* el convento al siguiente día, tenían

por el coro bajo una puerta. Abrióse esta puerta, y acompañadas de dos en dos por el Obispo y Provincial, lograron á satisfacción sus deseos.

Cuando volvieron á su clausura, fueron llamados los médicos más peritos de la Universidad, para que viesen, notasen y oliesen la mano, parte del brazo y cuello, y formasen juicio del estado de la incorrupción, y le diesen jurado ante cuatro Notarios apostólicos; y de común consentimiento juraron todos su sentir, diciendo que aquel linaje de incorrupción le tenían por sobrenatural y milagroso, y que en todas sus circunstancias no cabía en natural filosofía aquel efecto. Tomóse este dicho por los Notarios en toda forma de derecho para hacer fe.

La procesión fué en todos sus detalles tan devota como ostentosa: asistieron á ella los más de los Grandes y señores del reino; todo el Clero y Comunidades regulares; todo el claustro de la Universidad, con innumerable concurso. Llevaron el santo cadáver en hombros los seis Obispos. Entrando en la iglesia se colocó en el altar mayor, que esta-

ba prevenido con ricos y majestuosos adornos, y las Monjas, que quedaron antes en posesión de su nueva clausura, recibieron la procesión en su coro con alegre y armoniosa música.

El día siguiente celebróse Misa de pontifical, en que predicó el Obispo de Oporto, y se bajó del altar mayor la caja en que estaba el venerable cuerpo al plano de la capilla mayor, donde tenían prevenida la nueva caja de cristal y plata en que se había de colocar. Colocóse, y al subirla al altar colateral, ya de antemano prevenido, afanaron bien los Obispos y otros Prelados eclesiásticos, por ser grande el peso; pero tuvieron todos por bienaventurada esta fatiga.

En este altar, cercado de balaustres de plata, que viene á estar frente de la grada ó reja del coro de las Monjas, se guarda hasta el día de hoy este tesoro tan precioso, con esperanzas de verle presto colocado con mayor suntuosidad, aunque á la verdad está con majestuosa decencia.

Al distribuir los despojos que quedaron de esta traslación para consuelo de los devotos,

se notó que en la caja de madera en que llevaron á la nueva iglesia el santo cadáver, se halló éste estampado en ella como en un sudario, con esta diferencia; que por la parte de la cubierta estaba estampado sólo el medio cuerpo, desde la cabeza á la cintura; pero en el fondo del arca, todo entero de pies á cabeza. Esta arca se dió al Rey de Portugal como más singular reliquia, y las demás alhajas se repartieron entre los Obispos y los Grandes. Celebróse esta traslación última el año de 1677, en 30 de Octubre.





## APÉNDICES





## APÉNDICES

---

### I

#### El culto de Santa Isabel en los siglos XVIII y XIX

---

#### PRELIMINARES

**D**ESPUÉS de compulsar de las Crónicas de nuestra Orden las anteriores páginas, en las cuales se encierra la vida de Santa Isabel, según la dejó escrita en la última década del siglo XVII nuestro Ilmo. P. Cornejo, hemos recibido de Portugal una muy importante obra en dos tomos, impresa en 1894 en la lengua de aquella nación, cuyo título es: *Desenvolvimiento del culto de doña Isabel de Aragón, Reina de Portugal: por el doctor presbítero don Antonio García de Vasconcellos, Catedrático de Teología de la Universidad de Coim*

*bra*; con más un opúsculo de preces y loores en honor de aquella Santa, compuesto por el mismo autor.

De estas dos obras, sobre todo de la primera que nos ha sido especialmente recomendada por el Excmo. y Rmo. Sr. Obispo Conde de Coimbra, resulta: que después de la segunda traslación del cuerpo de Santa Isabel con que el P. Cornejo termina su biografía, tuvieron lugar los sucesos de que rápidamente vamos á dar cuenta, para instrucción y consuelo del devoto lector.

Primeramente, y refiriéndonos en un todo al expresado señor de Vasconcellos, autor tan verídico como docto, debemos consignar que la iglesia del nuevo convento de monjas de Santa Clara que se hallaba en vías de construcción cuando se trasladó á ella la segunda vez el cuerpo de la Reina, tuvo su feliz remate en 1696, habiendo sido consagrada por el Obispo Conde D. Juan de Mello, en 26 de Junio de aquel mismo año. Pues bien: el día tres del inmediato mes de Julio, víspera de la fiesta de la Santa, se hizo la tercera traslación de su venerado cuerpo, con pompa igual á la segunda descrita por el P. Cornejo; siendo la caja transportada en hombros por otros seis Obispos, con acompañamiento de las personas de la grandeza del reino y de un público numerosísimo.

El precioso tesoro fué colocado en una tribuna preparada al intento debajo de un trono, donde quedó recibiendo constantemente los piadosos cultos de los fieles que en sus aflicciones y trabajos recurren á implorar el patrocinio de tan poderosa Abogada y eficaz Protectora.

## II

### **Visitas de Soberanos y personas Reales al sepulcro de Santa Isabel.**

Nada que merezca llamar la atención ocurrió desde la referida traslación tercera del cuerpo de Santa Isabel, hasta los principios del siglo XVIII; la veneración á la Santa continuó sin interrupción y siempre con delirante entusiasmo, merced á los beneficios que con tanta frecuencia hubieron de experimentar singularmente los dichosos habitantes de Coimbra y pueblos comarcanos.

El 9 de Agosto de 1704, encontrándose en aquella ciudad el rey D. Pedro II, de paso para Almeida, á cuyo punto se dirigía para continuar la guerra que traía con el reino de Castilla, fué al monasterio de Santa Clara para visitar el cuerpo de su gloriosa ascendiente. Acompañado de la corte subió á la tribuna donde estaba el sepulcro, y abierto

éste, veneraron todos llenos de un religioso asombro á la Santa, besándole la mano con el mayor consuelo de su alma.

El 20 del mismo mes, el archiduque Carlos de Austria, de paso por Coimbra con sus tropas para ir á incorporarse con las del Rey de Portugal, tuvo igual dicha, juntamente con las personas de su Estado mayor. Posteriormente, todas cuantas veces ha llegado á Coimbra algún Rey, Príncipe ú otro miembro de familia Real, ha ido indispensablemente á visitar el sagrado cuerpo y besar con devoción y respeto aquella bendita mano, que en los días de su vida hubo de emplearla, con largueza verdaderamente soberana, en remediar públicas y privadas necesidades.

El culto de Santa Isabel tuvo, no obstante, sus alternativas, como las tiene todo aquello que está sujeto á la inconstancia de las cosas humanas; mas á partir desde el año 1860 ó 62, se renovó casi con el mismo esplendor y magnificencia que en los primitivos tiempos. El 29 de Noviembre de 1860, el rey D. Pedro V de Portugal y sus hermanos D. Luis y D. Juan, besaron la mano á Santa Isabel. El 21 de Octubre de 1862, el príncipe Humberto, hoy rey de Italia, hizo otro tanto.

Poco más de un año después, es decir, el 9 de Diciembre de 1863, la Real Cofradía de

Santa Isabel, que contaba ya tres siglos de existencia, fué honrada con la agregación á ella, en calidad de Hermanos, de los Reyes de aquella nación D. Luis I y doña María Pía, los cuales firmaron de su puño y letra el acta de su ingreso.

El 21 de Junio de 1865 visitaron el santo cuerpo la princesa imperial del Brasil doña Isabel Cristina, y su esposo el Conde de Eu-

El 5 de Julio de 1868 asistió á los festejos anuales el duque de Coimbra D. Augusto: era la vez primera que el Infante visitaba aquella ciudad desde que su hermano el rey D. Luis le había conferido el título de aquel ducado, con fecha 21 de Febrero de 1867. La Junta de la Real Cofradía de Santa Isabel le invitó á que aceptase el nombramiento de Juez perpetuo de aquella Corporación, lo cual agradeció Su Alteza, tomando desde aquel día la investidura de tal.

El 13 de Julio de 1872, SS. MM. los dichos D. Luis I y doña María Pía, acompañados del príncipe D. Carlos y de los infantes don Augusto y D. Alfonso, tomaron nuevamente parte en los cultos que se hicieron en Coimbra en honor de Santa Isabel.

El 23 de Julio de 1892, el actual rey D. Carlos, después de haber tomado bajo su protección la Real Cofradía de Santa Isabel, se *inscribió* en ella como Hermano, juntamente

con la reina doña María Amelia, su consorte. El siguiente día 24 afluyó tan gran número de forasteros á Coimbra, que en la calle que conduce á Santa Clara había de cuarenta á cincuenta mil personas, esperando su vez para poder penetrar en el templo á venerar á la Santa; mas como esto no era posible tratándose de hacerlo dentro del peyoratorio tiempo de las fiestas, á fin de que volvieran todos consolados á sus casas, prolongáronse aquéllas dos días más de los que se hallaban establecidos en el programa; de este modo todos quedaron contentos, y se pudieron evitar los atropellos y desagradables consecuencias tan comunes en semejantes concursos.

### III

#### **Ceremonias que se observan en los besamanos de Santa Isabel.**

Es una escena verdaderamente edificante, conmovedora y patética, cada una de las visitas que las personas Reales hacen al sepulcro de la Santa. Preside el Obispo diocesano, revestido de pontifical; el Rey ~~ó~~ <sup>la</sup> persona Real presente, es quien abre por sus *propias* manos la caja ó sepulcro en que se

encierra el sagrado tesoro; mientras tanto los cortesanos y demás personas asistentes al acto, oran en silencio puestas de rodillas. El Prelado bendice el incienso que se eleva formando espirales llenos de aromas, símbolo de las oraciones de los fieles que suben con olor más precioso que el nardo y que la mirra escogida á la presencia de Dios; apróximase al sepulcro abierto, é inciensa con tres ductos el santo cuerpo; entretanto canta el coro la Antífona que en nuestro romance dice así:

*¡Oh Isabel, medianera de paz y madre de la patria! Ahora que vives triunfante en el cielo, alcánsanos de Dios la deseada paz. Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel y la honra de este tu pueblo. Ruega por nosotros, Reina Santa Isabel, para que nos hagamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo Señor nuestro.*

A continuación el Pastor de la Iglesia Conimbricense suplica á Dios que, por la intercesión de la Santa Reina, cuyo cuerpo está presente, la cual mientras vivió en este mundo fué perfecto modelo de paz y ejemplar de caridad inagotable, conceda á los fieles de la grey cristiana, durante el tiempo de su vida terrena, la paz celestial, y después de ella la eterna bienaventuranza. En seguida descubre la sagrada mano, y la persona Real

se acerca, hinca las rodillas y la besa con respeto.

¡Sublime espectáculo! ¡Poder grande el de la virtud! exclama el señor de Vasconcellos; la realeza de la tierra se curva humildemente para besar la mano de un cuerpo inerte, difunto ha ya más de cinco siglos y medio; cuerpo, empero, perteneciente á un alma adornada de todas las virtudes cristianas, poseedora hoy de la gloriosa aureola de los Santos.

Después de las personas reales, son admitidos á besar la mano todos aquellos que forman parte de la corte, y los demás que por especial privilegio y autorización se hallan presentes.

No hay corazón tan duro que no se conmueva ante una escena tan edificante; ni ojos que no derramen lágrimas al presenciar una ceremonia tan simpática, majestuosa y tiernamente devota.

#### IV

##### **Devoción de los portugueses á su Reina Santa Isabel.**

Coimbra es seguramente el pueblo de Portugal que más beneficios ha recibido de la *Reina Santa Isabel*. Allí residió ella por es-

pacio de muchos años, y á la misma, como á madre cariñosa, recurrían los habitantes de aquella ciudad y de los pueblos vecinos, en todos sus apuros, angustias y escaseces. Después de su muerte, allí descansó su cuerpo, y éste es y ha sido siempre prenda de inestimable precio, y de protección asidua y valiosa que dispensa desde el cielo á los que junto á su sepulcro oran en momentos de amargura.

¡Cuántas súplicas fervorosas se han hecho al pie de aquel monumento piadoso que, cual afortunada concha, encierra la preciosa perla del cuerpo de la caritativa Reina! ¡Y cuántas veces se ha visto á muchos que imploraron llenos de pena y desconsuelo su intercesión, volver después de pocos días con los ojos arrasados en lágrimas de júbilo y alegría, á pagar el debido tributo de gratitud por los beneficios obtenidos! Escenas son éstas que, no obstante lo mucho que se repiten, continúan siempre impresionando vivamente los espíritus por las maravillas que en ellas se contienen. Díganlo, si no, los naturales y domiciliados en Coimbra, al par de otras poblaciones más favorecidas por visitar con mayor frecuencia el glorioso sepulcro.

Quando el cielo rehusa el común tributo de las lluvias, y durante muchos meses las

nubes, como si fueran de bronce, no destilan una sola gota de agua sobre la tierra, amenazando ésta una esterilidad precursora del hambre, los labradores corren en tropel á la iglesia de Santa Clara de Coimbra, y piden con lágrimas á su Abogada que se compadezca de ellos y de sus pobres é inocentes hijos. Resultado ordinario de estas súplicas es que las lluvias caen, la simiente depositada en la tierra germina, y los campos recobran su verdor; con cuyo cambio vuelven los favorecidos alegres y satisfechos, acompañados de la mujer é hijos, á agradecer á la piadosa Reina la abundancia que de tal favor se prometen.

Otras veces es la peste la que asuela los países vecinos: noticias aterradoras tienen en continuo sobresalto á los pacíficos habitantes de Coimbra; la terrible plaga parece llamar ya con estruendosos golpes á las puertas de la ciudad: ¿quién los socorrerá en tan inminente peligro? Coimbra entera corre á Santa Clara; coloca sobre las andas la imagen de la Santa Reina, y la transporta procesionalmente por las calles y plazas de la ciudad, haciendo resonar los aires con las preces y cánticos de penitencia. Con tales demostraciones de acendrada devoción á su *gran Protectora*, tutelados todos con este *paladión* y poniendo en ella toda su confian-

za, se retiran tranquilos á sus casas esperando firmemente el remedio.

Y esta tan loable fe, esta confianza tan digna de aplauso, no se ven desmentidas: la peste, que tan próxima veían poco antes, comienza desde luego á retirarse, hasta venir en breve á desaparecer del todo. Con tan fausto motivo mil hosannas se alzan en torno de la imagen, y nubes de incienso inundan su altar, sobre cuya ara se inmola en incruento sacrificio la adorable Víctima de la redención, el Cordero divino que dió por nuestro rescate el precio de su sangre.

Es cosa digna de verse, el religioso entusiasmo que anima á la ciudad de Coimbra luego que se aproxima la fiesta de su celestial Protectora. Todos á porfía concurren á las solemnidades de los obsequios reales que se hacen á la Santa, y que tanta fama y resonancia tienen en todo Portugal. Y después de todo, conmueve profundamente el ver cómo los fieles se postran en tierra y murmuran devotas plegarias al pasar la venerada imagen. adornan los balcones y ventanas de sus casas con vistosas colgaduras y levantan de trecho en trecho hermosos arcos triunfales, con otras demostraciones de su gratitud y devoción.

## V

**Devolución de los aragoneses á su paisana  
Santa Isabel.**

No se puede negar á los portugueses el haber sido los primeros en dar culto á su Reina Santa Isabel; primeramente culto privado, el cual tuvo su comienzo casi en el mismo día en que murió; y después público y solemne desde luego que llegó á su noticia la beatificación decretada en 15 de Abril de 1516.

En Aragón, en la misma capital de Zaragoza donde tuvo su cuna la Santa, hubo alguna mayor negligencia en ello, como lo afirma Carrillo en su *Historia y vida de Santa Isabel*, con estas palabras: "En este Reyno de Aragon estavamos muy descuidados de prenda tan cara, y de tener en el cielo nuestra ciudadana, protectora y patrona nuestra, en quanto á celebrar su fiesta y hazerle la veneración y solemnidad que en Portugal se haze, hasta que en estos tiempos a despertado la poderosa mano de Dios nuestra negligencia, y increpado aquella para que este Reyno la venerasse y honrassse como a hija dél, y con este motivo los diputados del año passado de 1615, suplicaron al

Rey nuestro Señor interpusiese su autoridad con nuestro Santísimo Padre Paulo Papa V, que concediese lo mismo á este Reyno.,

Pero si es verdad que los aragoneses no demostraron tan pronto como los del vecino reino su devoción á su Santa paisana, fué porque no vieron tan de cerca como ellos las maravillas que obraba Dios en su sepulcro. En un tiempo en que la falta de comunicaciones dificultaba el averiguar lo que sucedía fuera del horizonte del pueblo en que uno vivía, nada tiene de extraño que los aragoneses, y aun los más de los españoles, ignorasen lo que pasaba allá. Tras os Montes; mas tan luego como los diputados de que habla Carrillo, bien enterados de los extraordinarios, mejor dicho, de los sobrenaturales sucesos que tenían lugar en Portugal, supieron justificarse muy bien de su presunta apatía y flojedad.

Esto lo confiesan los mismos portugueses. El señor de Vasconcellos, en la citada obra *Doña Isabel de Aragón*, tomo I, página 316, dice así: "Si por ventura hubo en esto alguna negligencia ó ingratitud, también es cierto que el brioso pueblo aragonés supo más tarde redimirse de ese pecado. "Se houve porém nisto alguma negligencia é ingratidão, é certo que desse peccado soube

mais tarde remir-se ó brioso povo aragónés.,

Es muy cierto: á principios del siglo XVII los diputados de Aragón pidieron al Rey D. Felipe III que, interponiendo su valimiento con el Sumo Pontífice, obtuviese el privilegio de ampliación á todo el reino aragónés del culto eclesiástico que en Portugal se tributaba á la bienaventurada Reina Isabel. El rey de España no se hizo de rogar mucho: en 22 de Agosto de 1615 escribió á su Embajador de Roma, el duque de Taurisano, mandándole entregar al Papa la solicitud que le acompañaba, en virtud de la cual Paulo V ordenó la expedición del correspondiente Breve, que lleva la fecha del 1.º de junio de 1616.

Felipe IV por su parte demostró el mayor interés porque se llevase á efecto la canonización de la Santa Reina, habiendo entablado para ello frecuentes correspondencias con los Papas Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII, hasta que recibió con grandísimo placer la noticia de aquella declaración, hecha en 25 de Mayo de 1625.

En suma: los Reyes de España dejaron bien acreditada su mucha devoción á Santa Isabel, no economizando medio alguno conducente para promover su culto y canonización; así como el pueblo aragónés supo

sincerarse plenamente de la nota de indiferente ó apático, adoptando la devoción á aquélla su compatriota en el momento en que tuvo conocimiento de los prodigios que daban testimonio de sus heroicas virtudes. Lo reconoce igualmente el ilustre Vasconcellos en el lugar antes citado, página 317, diciendo: "Desde esta época — la de la autorización del culto en Aragón—hasta el día de hoy, ha sido allí venerada con extremos de amor, nuestra bienaventurada Reina, especialmente en la ciudad de Zaragoza, donde le fué erigido un templo." Y para dar más fe á su declaración, cita allí mismo á Lanuza en sus *Historias Eclesiásticas y seculares de Aragón*, tomo I, libro IV, cap. XXXIV, donde se lee: "y celebramos su fiesta—la de Santa Isabel— con gran regocijo y solemnidad, acudiendo los diputados á esta santa iglesia metropolitana, desde el año 1617."

## VI

### Renovación de las mortajas de Santa Isabel.

La vetusta vestimenta con que se hallaba amortajada la Santa, dió lugar á la siguiente escena. En la visita que la reina doña María II hizo en 1852 al convento de Santa Clara de Coimbra, extrañó mucho que el cuer-

po de Santa Isabel estuviese envuelto en paños tan ordinarios y tan feos. Las monjas, obtenida previamente la necesaria licencia, llevaron la caja con el santo cuerpo al coro, poniéndose sin levantar mano á confeccionar nuevas ropas, con las cuales sustituyeron las antiguas mortajas que le habían sido puestas en Estremoz más de quinientos años antes.

Entraron sigilosamente en el coro la Madre Abadesa, la Vicaria y pocas monjas más; cerraron la puerta por dentro, y abrieron la caja: con unas tijeras cortaron en línea recta, desde el pecho hasta los pies, las envolturas cosidas en Estremoz. El cuerpo se hallaba un poco ladeado ó torcido, lo cual fué motivo para que las religiosas se llenaran de recelo, temerosas de que se descoyuntase al moverlo. Dos de ellas cruzaron con gran cuidado, los brazos por debajo del cuerpo, lo levantaron sin novedad alguna como si hubiera estado vivo, y lo pusieron en una sábana extendida.

Desnudado el cuerpo, lo lavaron con agua de Colonia, vistiéronle un alba sacerdotal, y encima de ella el hábito de monja de Santa Clara. En la cabeza pusiéronle, no un velo blanco de lega como ella lo usó en vida y *había tenido hasta entonces, sino el negro y más autorizado velo de profesas de coro.*

Todo esto se sabe, por la tradición oral del convento de Santa Clara de Coimbra, en donde en el presente año de 1896 viven todavía personas, que conversaron muchas veces sobre este asunto con las mismas monjas que desnudaron y vistieron la momia de Santa Isabel. Y consta igualmente por la siguiente inscripción marcada en un lienzo que la Real Cofradía de la Santa conserva, juntamente con parte de las mortajas de que antes hemos hablado, en un cofre de palo santo y cristal, cerrado y sellado auténticamente.

La indicada inscripción, dispuesta con mucha economía de letras versalitas por las abreviaturas que contiene, trasladada íntegramente, reza como sigue :

"En el día 25 de Abril de 1852, en presencia de la Reina y de toda la familia Real fué abierta la caja en que está encerrado el santo cuerpo de la Reina Santa Isabel, notándose que sus hábitos, por lo desteñidos, manifestaban bien los 516 años que habían pasado por ellos. Tuvo á bien S. M. que se renovasen, lo cual se llevó á efecto en el día 17 de Junio del mismo año, hallándose presentes á este acto la M. Abadesa, Vicaria y las demás religiosas necesarias para este ministerio: y como fuese preciso extraer de la caja el santo cuerpo, no pudiendo soste-

nerlo menos de seis monjas, este número se empleó en ello. En este mismo lienzo estuvo depositado para que se sacaran de la caja los antiguos envoltorios, renovar las almohadas y el colchón, y vestir de nuevo el venerable y entero cuerpo de tan grande Santa.,,

## VII

### **Vicisitudes y estado actual del cuerpo de Santa Isabel.**

En Agosto de 1810 entró en Portugal por Almeida el ejército francés, mandado por el mariscal Masená. El 1.º de Octubre llegaron á Coimbra los invasores, furiosos por el revés que en el mes anterior habían sufrido en Busaco. Cuando las monjas Clarisas supieron que las tropas de Napoleón habían atravesado las fronteras del reino y caminaban en dirección á Coimbra, atropellándolo todo y saqueando cuanto hallaban al paso, trataron de poner en seguro los objetos más preciosos que poseían.

Y como lo más precioso era desde luego el cuerpo de Santa Isabel, que se hallaba en la tribuna del altar mayor, de prisa y corriendo se encaminaron allí, quebrantaron como Dios les dió á entender las cerraduras

de la caja de plata, y condujéronlo de noche y con el mayor silencio á una celda del dormitorio donde había un arco grande cavado en la pared maestra: allí fué donde lo pusieron, haciendo luego levantar un tabique que disimulaba enteramente la cavidad del arco; quedando con esto la celda en un todo igual á las demás del dormitorio.

Allí se conservó emparedado el cuerpo de la Santa Reina hasta después de la paz general de 1814. Entonces se derribó el tabique, y toda la Comunidad, con velas encendidas y cruz alzada, condujo nuevamente en solemne procesión el venerado cuerpo á su tribuna. Y aunque posteriormente, por causas más ó menos especiosas, fué llevado por otras tres veces al coro de las Monjas, pero ya desde el 1860 hasta el presente no se ha vuelto á tocar de la tribuna.

Por decreto de 28 de Mayo de 1834 quedaron extinguidas las Ordenes regulares en todo el reino de Portugal; y aunque las monjas Clarisas de Coimbra continuaron viviendo en su monasterio, desde aquella época ya no volvió á haber entre ellas ninguna nueva profesión. Con tal motivo fuéronse disminuyendo paulatinamente, hasta que en 1891 falleció la última, procedente del monasterio anejo de Sendelgas, que oportunamente se había trasladado al de Coimbra con el pia-

doso designio de que el cuidado del cuerpo de Santa Isabel no quedase á merced de manos extrañas.

La Junta de la Real Cofradía y la Cámara municipal de aquella ciudad elevó cada una de por sí una representación al Monarca solicitando se establezca en el suprimido convento de Santa Clara, un Colegio de enseñanza para niñas, ó bien un Asilo de mujeres desamparadas, viudas y solteras, que sean de conocida honradez, y que no se expulsen del edificio las personas que hoy le ocupan.

No sabemos que hasta la actual fecha se haya dictado providencia alguna sobre el particular, mas tampoco nos consta que el Gobierno de Lisboa se haya incautado del edificio, disponiendo de él para usos profanos, y mucho menos para empleos poco decorosos, que no son de esperar del Ministerio lusitano, y que habrían de herir los sentimientos religiosos de aquel pueblo. No; no lo permitirá el rey D. Carlos, que acaba de dar ante la Europa una prueba ostensible de catolicismo y de sumisión y respeto á la Santa Sede, dejando de visitar á su pariente el rey Humberto á su paso por Italia, por empeñarse éste que la entrevista había de tener lugar en Roma. No, dijo, á lo menos *con las obras* el rey de Portugal; en Roma *no puede* ningún católico visitar otro ni más.

Rey de aquella eterna ciudad, que al Papa.

Y no le visitó; acreditando con ello que es digno descendiente de sus fidelísimos augustos predecesores.

Pidamos al Señor, por la poderosa intercesión de Santa Isabel, que el cuerpo incorrupto y entero de esta bienaventurada Reina continúe siempre con la misma, y aun si cabe con mayor veneración que la que ha tenido por espacio de quinientos sesenta años, ó sea desde el 1336 en que murió, hasta el presente año de 1896.

Concedédmelo, Dios mío; concededme esta gracia que ansiosamente os pido: y si mis ruegos nada valen, porque nada merezco yo, ¡ah Señor! herid esta piedra de mi corazón, más dura que la de Horeb. Heridla con el cuchillo de vuestro amor, para que brote una fuente de lágrimas, en cuyos raudales se lave la negrura é inmundicia de mis culpas. Entonces seré dichoso, ciertamente; porque ya no me faltará el celestial patrocinio de aquella que nació Infanta de Aragón, y vivió y murió Reina de Portugal. Ella rogará por mí; y Vos, Señor, siempre indulgente, misericordioso siempre, me otorgaréis la merced que ahora os pido, y me daréis después, por los méritos de Jesucristo, la bienaventurada y sempiterna vida. *Fiat, fiat.* Así sea, así sea.





## NOTAS

(1) *Pág. 96.* —Esto debió suceder por los años de 1310-1320. La Reina Isabel fué contemporánea de nuestro venerable Escoto, portaestandarte y restaurador famosísimo de la piadosa sentencia de la Concepción Inmaculada de la Virgen Madre de Dios. Sabido es que, en 1304 de la Era cristiana, tuvo Escoto en París aquella admirable controversia, en la que, enarbolando el glorioso pendón de la Pureza original de María, triunfó de toda una brillantísima pléyade de doctores, los cuales profesaron hasta aquel día con verdadero entusiasmo la opinión contraria. Dueño absoluto del campo el Doctor Sutil, rectificaron muy de buena voluntad aquellos Maestros de la ciencia su antigua opinión, haciéndose desde entonces defensores y panegiristas de tan soberano misterio, ó sea de la Concepción de la Reina del cielo inmune de la mancha del pecado, y condenando á todo aquél que en adelante se atreviese á sostener la opinión contraria á la de Escoto.

Muy presto, pues, llegó á oídos de la Reina la noticia de tan insigne victoria; y como verdadera hija de Francisco y aprovechada discípula de su escuela, quiso secundar los designios de la Orden Seráfica, siendo la iniciadora en el reino de Portugal de la devoción á aquel que hoy felizmente veneramos como dogma de fe.

Advertir debemos, que después de trazar las anteriores líneas, una feliz casualidad ha puesto en nuestras manos una copia de la Constitución publicada en 1320 por

el Obispo de Coimbra D. Raimundo Evrad, por la cual ordena se celebre en su diócesis la festividad gloriosa de la Concepción Inmaculada de la Virgen María.

2, Pág. 95.—Léese en el Martirologio Romano, y más largamente y con expresión de sus particulares circunstancias en los Bolandos, así como en el Año Cristiano y otros Santorales publicados hasta el corriente año de 1886, al día 29 de Octubre, que Santa Irene, de nación portuguesa, fué martirizada en el año de 658, y milagrosamente sepultada en el cauce del río Tajo, en un bellissimo sepulcro labrado por ministerio de ángeles. Como la desaparición de Irene de su casa paterna fué tan misteriosa, Dios reveló lo sucedido á un tit. de la santa virgen, llamado Sello, abad de un monasterio vecino.

Acompañado de todos sus monjes y de una concurrencia numerosísima de pueblo, se encaminó Sello al lugar que le había sido designado, donde, retiradas las aguas del Tajo, vieron todos el cuerpo virginal de la Santa, pero por más esfuerzos que hicieron no fué posible moverlo; con lo que, persuadidos de que era voluntad de Dios que quedase en aquel lugar, tomaron parte de sus cabellos y de sus vestidos por reliquias, á cuyo contacto sanaron muchos ciegos, cojos, leprosos y otros tocados de diferentes enfermedades.

3, Pág. 103.—Los Bolandos, que tan justa autoridad gozan en la Iglesia de Dios, en la vida que escribieron de Santa Isabel, Reina de Portugal, al día 4 de Julio, refieren que el aludido ermitaño, al hablar á la Reina contándole cómo se le había aparecido algunas veces en sueños el alma de doña Constanza, *in somniis mihi apparuit aliquoties*, le había dicho que procurase que las Misas se celebrasen por un Sacerdote casto. *Nimirum, ut curares, pro ea Missam celebrari singulis diebus per anni spatium a presbytero casto*. Y en la relación hecha en el Consistorio secreto en presencia del Papa Urbano VIII, en el día 13 de Enero de 1625, se expresa que el repetido ermitaño dijo que las Misas se habían de celebrar por un

Sacerdote casto y de integridad de costumbres; *per integrum castumque sacerdotem*.

El Sacerdocio no da la castidad, pero la supone; así que esta virtud, salvo honrosas excepciones, puede decirse que es patrimonio del celibato eclesiástico. Tal es la naturaleza de la castidad, que el secular que la quebranta con desprecio de los miramientos que la moral y la civilización exigen, pierde el derecho al respeto y consideraciones sociales; y si por desgracia de algún pueblo el quebrantador fuere Sacerdote ó persona consagrada á Dios, en tal caso, así como es verdad aquello del Profeta: *Sicut populos, sic Sacerdos*, así también vendría éste, ó sea el Sacerdote, á hacerse tan detestable, que la conciencia pública, estallando de furor contra él, llegaría á escupirle en el rostro y á señalarlo como objeto de execración y de odio.

Prerrogativa tan excelente es la castidad, que las personas que gozan de ella, sobre todo si conservan la integridad virginal, más se pueden llamar ángeles que criaturas vestidas de carne humana. Y en cierto modo son superiores á los ángeles; porque el ángel posee la virginidad por naturaleza, y en el hombre es don de la gracia, que se da á aquél que dignamente se dispone; y esto, desde luego, es más noble que lo procedente de sólo naturaleza. Y sobre ser más noble, es más meritorio y plausible, toda vez que el ángel no tiene enemigos que combatir para mantener intacta su virginal pureza, al paso que el hombre se ve precisado á vivir arma al brazo, sin poder descansar un punto sobre el blando y perfumado lecho de sus laureles.

La castidad, por lo mismo que es una virtud celestial, dignifica y enaltece al hombre más de lo que se puede encarecer; por eso la castísima virgen y mártir Santa Lucía, dirigiéndose al tirano, le decía: Los que viven casta y piadosamente, son templo del Espíritu Santo. *Caste et pie viventes, templum sunt Spiritus sancti*. ¿Qué mayor dignidad que ser templo y morada del Espíritu Santo?

De tal suerte abomina el Señor al hombre sensual, que llegó á fulminar contra él esta temerosa sentencia: "No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carne." (Genes., VI, 3) Esto es: porque es carnal y lascivo. Por el contrario, tan amada de Dios es la castidad, que como en un raptó dulcísimo de su dilcección, dice por el Sabio: "¡Oh cuán hermosa es la generación casta con claridad! pues su memoria es inmortal, por cuanto es conocida delante de Dios y de los hombres." (Sap., IV, 1.) Sí; es conocida y agradable á Dios, que no la olvidará para remunerarla y coronarla; mientras que los hombres por su parte no podrán menos de aplaudirla y venerarla.

¡Qué mucho, pues, que el alma separada que con tanto despejo y claridad raciocina, alcance á comprender la diferencia que hay entre un sacerdote casto y otro que no lo es! Que aunque el fruto de la Misa no depende del que la celebra, puesto que va inherente al mismo Sacrificio, todavía respecto del fruto satisfactorio, que es precisamente el que se aplica á las benditas almas en alivio de sus penas, le cabe una grandísima parte al sacerdote celebrante, y ésta es sin duda alguna la que no quería se le defraudase el alma de doña Constanza, por la mala disposición del ministro del altar.

(4) *Pág. 104.*—El autor omite algunas circunstancias, las cuales, si bien de interés secundario, no estará de más demos razón de ellas. En el año de 1288, siendo la reina Isabel de diecisiete años de edad, dió á luz una infanta á quien pusieron por nombre Constanza, que casó en la juvenil edad de trece años con el rey D. Fernando de Castilla, y falleció siendo todavía muy joven, habiendo dejado dos hijos; Alfonso, que sucedió á su padre en el trono de Castilla, y Leonor, que casó con el rey Alfonso IV de Aragón. Pues bien; de la difunta doña Constanza, hija de Santa Isabel y Reina de Aragón, es de quien *se hace mérito en la relación del anacoreta ó ermitaño.*  
*En el año de 1291, esto es, á los veinte años de la edad de*

la reina Isabel, tuvo ésta un Príncipe á quien llamaron Alfonso, que contrajo matrimonio con doña Beatriz, hija del rey D. Sancho de Castilla; la cual, siendo todavía muy niña, llevaron á Portugal en garantía de la paz, y fué educada por los reyes D. Dionisio y doña Isabel, con tanto esmero y cariño como pudieran serlo sus propios hijos. El referido príncipe D. Alfonso fué el que tantas amarguras y sinsabores hubo de causar con su malhadada ambición á los autores de sus días; habiendo al fin sucedido á su padre D. Dionisio en la corona de Portugal.

(5) *Pág. 139.*—Algunos han impugnado la costumbre de reiterar el Viático á los enfermos: en nuestros días, que alcanzan ya á los postreros años del siglo XIX, pocos serán los que la combaten. La práctica hoy corriente se reduce á que, aun cuando sea dentro de una misma enfermedad, siempre que continúe el peligro de muerte, puede administrarse á los enfermos la santa Comunión sin estar en ayuno natural. Así lo enseñan, entre otros, Benedicto XIV, *De Synod. dioceses*, lib. VII, cap. XII; y San Ligorio, lib. VI, núm. 285. Solo hay discrepancia de pareceres en lo relativo á la frecuencia con que puede repetirse el Viático, ó sea la Comunión sin estar en ayunas; los unos dicen que cada semana, los otros que cada seis días, y otros que cada tercer día; añadiendo muchos que si el enfermo en peligro de muerte tenía costumbre de comulgar más á menudo, podrá hacerlo con más frecuencia, sobre todo tratándose de las Comunidades religiosas, donde es esto más fácil y no se llama la atención.

Los Salmaticenses, con Lugo, dicen que se atienda en ello á la costumbre, porque ésta introdujo la práctica de administrar el Viático sin estar el enfermo en ayunas cada siete ú ocho días, mientras dura el peligro de muerte.

6) *Pág. 144.*—Esta peregrinación á Santiago la emprendió la Reina dentro del mismo año en que murió el Rey Don Dionisio. *Antequam annus ex die obitus compleretur*, dicen los Bolandos. Por consiguiente, desde el

día 7 de Enero de 1255 en que tuvo lugar aquella muerte, hasta el 22 de Julio dos días antes de la festividad del Apóstol, es que la Reina Regi a Compostella. Duraba asilo este suceso y días de viudedad, habiendo empezado aquel tiempo, en dar cumplimiento á las principales cláusulas del testamento del finado, y en hacer toda clase de sacrificios y otras satisfactorias en sufragio de su alma (Alma verdaderamente dichosa! Oh, si todos los que pasan de esta á la otra vida dejaran en el mundo herederos, cumplidores y amigos que se parecieran, á lo menos en algo, á esta gran mujer, idea de esposas, ejemplar de casadas y modelo de viudas!

7, Pág. 145 — Entre muchos ornamentos y objetos de peregrino mérito y valor es de suponer que ofrecería la religiosísima Soberana de Portugal al Apóstol Santiago toda vez que el *Acta Sanctorum*, ó sea los Boiandos, entre otros, hacen mención de un magnífico pontifical, así como de lujosas telas entretejidas con hilos de oro, hermoseadas por las perlas que brillaban en ellas con armoniosa y deslumbradora profusión, destacándose en su fondo las armas de Portugal y de Aragón. Además de esto, dió también la augusta peregrina una mula de oro y plata, con su correspondiente freno, toda ella cuajada de pedrería, con más los preciosísimos vasos en que solia beber en vida de su esposo, etc., etc. En una palabra: todos los escritores que hablan de su venida á Santiago se hacen lenguas ponderando su esplendor sin ejemplar.

He aquí por qué la Iglesia ha querido perpetuar este suceso, haciendo honrosísima conmemoración de él en las Lecciones del Breviario, al 8 de Julio, que es el día asignado para la celebración de la fiesta de la Santa, y en cuyas lecciones se leen estas palabras: *Compostellam proficiens, multa, ex holoserico, argento, auro gemmaque donaria pro Regis anima obtulit*. "Partiendo para Compostela ofreció allí muchos dones de seda, plata, oro y piedras preciosas, por el eterno descanso del alma del Rey."

Según la tradición, todavía se conservan ocho capas pluviales de raro y exquisito mérito, con un cojín riquísimo, color de púrpura, todo lo que nosotros hemos visto el año próximo anterior de 1895, en la catedral de Santiago. En esta misma ocasión nos fué enseñada, en la capilla de las Reliquias, una imagen de plata de la Santísima Virgen, si no lo recordamos mal, como de medio metro ó más de alta, obra del siglo XIV; y como nos consta que en la catedral de Coimbra se venera otra imagen igual ó muy parecida á ésta por la antigüedad, materia, grandor y estructura que, según dicen los portugueses, la regaló allí Santa Isabel, sospechamos que ambas á dos serán de la misma procedencia.

Tantas mercedes de parte de la munificentísima Soberana de Portugal no hemos de creer que cayeran en tierra estéril, pues así como es proverbial la religiosidad de los hijos de Santiago, así es también notoria su gratitud y nobleza. No nos consta, es cierto, las demostraciones de agrado que hicieron á tan insigne bienhechora; así, que perderíamos el tiempo en echarnos á discurrir sobre un punto tan oscuro; pero bien seguro es que no habían de mostrarse ingratos ni mezquinos en su afectuoso reconocimiento. Lo que podemos decir es que, examinando nosotros el archivo de la Catedral de Santiago, alargamos la mano al tumbo ó libro antiguo de pergamino destinado á compulsar documentos y registrar hechos notables, y leyendo en él las propiedades urbanas que posee aquel Cabildo, nos llamó la atención una nota escrita con caracteres del siglo XV, en la cual se lee: *Rua da Fonte da Rayna*. Calle de la Fuente de la Reina; la misma que hoy se titula: *Calle de la Raina*. Calle de la Reina.

Pues bien: una tradición constante en la ciudad de Santiago enseña que este nombre de calle de la Reina se le pusieron en memoria de doña Isabel, Reina de Portugal. Y esta versión parece tanto más verídica, cuanto que dando por cierto, como lo afirma el Padre Cornejo, con otros, que aquella señora hizo una segunda visita á

Santiago, de incógnito y cual si fuese una vulgar y pobre peregrina, no es difícil se hospedase, como quieren algunos, en un hospitalillo que, según parece, existía en aquella época en la referida calle. De este hospedaje debió surgir la idea, luego que de él se tuvo noticia, de dedicarle aquella vía, con el nombre de *Rua da Fonte da Rayna*, siendo igualmente verdad lo de la fuente, que aún hoy existe, y por cierto muy abundante, aunque ladeada hacia la inmediata calle del Franco, paralela á la de la Reina, y contiguas ambas á la Catedral.

(8) *Pág. 150.*—Como no todos estarán al corriente de lo que significa la palabra *quinas*, usada por el autor, decimos que quinas procede de la voz latina *quinarius*, *ii*, moneda antigua romana que valía la mitad de un denario, igual á cinco; ó de *quinarius*, *a*, *um*, lo que contiene cinco unidades. Quinas, pues, llaman en Portugal á las armas del Estado, que consisten en cinco escudos azules puestos en cruz, y en cada escudo cinco dineros en aspa.

(9) *Pág. 222.*— Con sobrada razón duelese el Ilmo. Padre Cornejo de que haya habido quien negase á Santa Isabel su título de Terciaria Franciscana. Debiera bastar, como él mismo dice, el testimonio de todos los autores de la Orden Seráfica para dar asenso á este extremo; mas ya que por lo visto no á todos satisface aquel unánime consentimiento, aquella multitud de deposiciones conformes, lean en los Bularios lo que sobre este particular dejó ordenado el Papa Urbano VIII en las Letras que, á instancia del P. Procurador general de la Regular Observancia dió en 22 de Abril de 1626, en las cuales dice de un modo explícito y terminante que, usando de la autoridad Apostólica, declara y decreta que Santa Isabel, Reina de Portugal, fué verdaderamente Terciaria de la Venerable Orden de Penitencia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, mandando en consecuencia á todos sea perpetuamente tenida y respetada por tal. ¿Lo entienden ahora los críticos trasnochados?

---

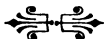


## EXPLICACIÓN DE LAS DOS ESTAMPAS

La imagen colocada al principio de este libro, representa á Santa Isabel, Infanta de Aragón y Reina de Portugal, vestida con el hábito de Santa Clara que, por espíritu de penitencia, y duelo por la muerte de su esposo el rey D. Dionisio, usó durante los once años y medio de su viudez, hasta su feliz tránsito á la bienaventurada Patria. Esta bellísima imagen la hemos tomado de una estampa iluminada en pergamino, que se conserva en la ciudad de Coimbra, cuya ejecución data del 1592. Existe en un hermoso libro escrito con caracteres góticos que, además de la referida imagen de Santa Isabel, contiene la copia perfecta de una biografía de esta Santa Reina, escrita por un autor contemporáneo de la misma, que tuvo la dicha de conocerla y tratarla de cerca.

La segunda estampa, de la página 200, representa el sepulcro de Santa Isabel. Como

se ve, es un precioso ejemplar de escultura gótica en piedra, construido en la iglesia del Real Monasterio de Santa Clara de Coimbra, por los años de 1329; cuyo sepulcro fué labrado en vida de la Santa Reina, y de su orden. En él hubo de ser sepultado su bendito cuerpo el 12 de Julio de 1336, ocho días después de su muerte, ocurrida en la villa de Estremoz; y en el mismo estuvo depositado 341 años, ó sea hasta el 27 de Octubre de 1677, en que, con motivo de los desperfectos causados en el edificio por los desbordamientos del río Mondego, se trasladó con solemnidad y magnificencia verdaderamente regia al nuevo monasterio de la misma Comunidad de Santa Clara, emplazado en una pequeña eminencia vecina. En este segundo local se conserva maravillosamente íntegro é incorrupto. encerrado en un rico sepulcro de plata, hasta el presente año de 1896. El antiguo sepulcro, que es el que representa la estampa, se guarda hoy en el nuevo Monasterio: sobre el mismo destácase la estatua yacente de Santa Isabel, cuya beldad se transparenta en las bien perfiladas líneas de su angelical rostro.





## INDICE

---

|                                                                                                                                                   | <i>Págs.</i> |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| Prólogo . . . . .                                                                                                                                 | vii          |
| Capítulo I.—Vida de Santa Isabel.—De su nacimiento y su niñez . . . . .                                                                           | 1            |
| Cap. II.—Casa doña Isabel con don Dionisio, rey de Portugal . . . . .                                                                             | 17           |
| Cap. III.—Refiérense las virtudes de Santa Isabel en el estado conyugal . . . . .                                                                 | 27           |
| Cap. IV.—Trabajos de Santa Isabel en el estado del matrimonio . . . . .                                                                           | 39           |
| Cap. V.—Mayores trabajos de Santa Isabel en el estado del matrimonio . . . . .                                                                    | 51           |
| Cap. VI.—Oración, humildades y limosnas de Santa Isabel . . . . .                                                                                 | 65           |
| Cap. VII.—Misericordia de Santa Isabel con los pobres, y largueza liberal en obras pías y fundaciones de conventos . . . . .                      | 79           |
| Cap. VIII.—Fundación admirable del templo del Espíritu Santo que la reina Isabel hizo en Alenquer . . . . .                                       | 93           |
| Cap. IX.—Establécese la fiesta de la Concepción de María, Señora Nuestra, en el reino de Portugal, á instancias de la fervorosa devoción de Santa |              |

|                                                                                                                                                                                         |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Isabel.—La primera capilla que se erigió á este dulcísimo misterio fué á expensas suyas.— Visita el cuerpo de la gloriosa virgen y mártir Santa Irene, con estupendas maravillas.....   | 109 |
| Cap. X.—Dase breve noticia del cúmulo de virtudes que pusieron á Santa Isabel en la eminencia de la virtud.....                                                                         | 123 |
| Cap. XI.—Del incansable y fervoroso celo que tuvo Santa Isabel en pacificar discordias, y de los felices sucesos que logró su santo celo.....                                           | 139 |
| Cap. XII.—Muere el rey don Dionisio y refiérese la constancia, piedad y valor cristiano con que se portó en este gran trabajo Santa Isabel.—Su peregrinación á Santiago de Galicia..... | 159 |
| Cap. XIII.—Refiérese el ejercicio de virtudes que tuvo Santa Isabel en el estado de su viudez, y la segunda romería que hizo á Santiago de Galicia.                                     | 177 |
| Cap. XIV.—Dichosa muerte de la Reina Santa Isabel y maravillosas circunstancias de sus reales exequias. ....                                                                            | 191 |
| Cap. XV.—Milagros que obró el Señor por intercesión de Santa Isabel.....                                                                                                                | 215 |
| Cap. XVI.—Descúbrese después de más de doscientos años el venerable cadáver de Santa Isabel incorrupto y con maravillosa fragancia.....                                                 | 237 |
| Cap. XVII.—Canonización de Santa Isabel y traslación de su sagrado cuerpo á nuestro convento y sepulcro.. ....                                                                          | 249 |
| Apéndices.. ..                                                                                                                                                                          | 269 |
| Notas.....                                                                                                                                                                              | 293 |
| Explicación de las dos estampas.....                                                                                                                                                    | 301 |
| Indice.....                                                                                                                                                                             | 303 |



1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

